

PUCK

CONTRA LOS LADRONES

Lisbeth Werner



de

Puck, la joven danesa que sabe divertirse con sus amigas y amigos..., y también sabe ayudarles cuando están en apuros. Puck, estudiante, deportista, capitana... y detective. Puck, cabecita loca... pero gran corazón.



Lisbeth Werner

Puck contra los ladrones

Puck - 7

ePub r1.0

algarri 14.06.14

Título original: *Puks store oplevelse - Puck vinder igen*

Lisbeth Werner, 1955

Traducción: Josefina Dalmau Casademont

Ilustraciones: R. Cortiella

Editor digital: algarri

ePub base r1.1





I



El profesor de geografía Frederiksen —llamado «Frederik» por sus alumnos, quienes le querían mucho— se inclinó contra el respaldo de su silla y miró sonriente a la clase. Luego hizo una señal a Puck:

—Bente, ¿podrías nombrarme los Estados de América del Sur?

Puck se levantó y comenzó a recitar con voz insegura:

—Chile..., Argentina..., Bolivia...

Como fuera que Puck se había interrumpido, «Frederik» acentuó su sonrisa:

—Comprendo muy bien que te sientas atraída por Chile en

primer lugar, y luego por los estados vecinos. ¿Tu padre sigue en Valparaíso?

—Sí —murmuró Puck.

—¡Hum! ¿Sabes algunos estados sudamericanos más?

—Guatemala —aventuró Puck prudentemente.

El profesor sacudió la cabeza.

—Sería mejor colocar Guatemala en América Central, ¿no te parece? ¿Qué más?

Pero Puck apenas prestaba atención al profesor. Pensaba en su padre, a quien no había visto desde hacía un año. La casa para la cual trabajaba le había enviado a Valparaíso, gran puerto chileno, a dirigir una empresa de ingeniería, razón por la que había tenido que poner interna en Egeborg a su hijita. Además, había estado gravemente enfermo durante algún tiempo. Pero en la última carta que Puck había recibido de él aseguraba estar totalmente restablecido y anunciaba su propósito de ir a pasar las Navidades a Dinamarca... Mas... ¡faltaban aún seis largos meses para Navidad! Puck se acordaba aún de los tristes detalles del día en que se había separado de su padre.

—Gracias, Bente —dijo el profesor amablemente—. Sigue tú, Inger. Nómbranos otros estados sudamericanos.

Aquello resultaba muy fácil para Inger.

—Brasil, Venezuela, Las Guayanas...

—Bien, Inger...

El profesor Frederiksen tenía habitualmente muy buen humor, pero aquel día mejor que nunca. Algún tiempo atrás, había obtenido una beca de estudios para un viaje de varios meses por América del Sur. Naturalmente, había incluido sus vacaciones en aquel largo viaje y aquella clase de geografía era la última antes de su partida.

Miró de nuevo a Puck, quién bajó la cabeza, y le dijo:

—Cuando pase por Valparaíso, ¿quieres que visite a tu padre, Bente?

—Sí, gracias —respondió a media voz Puck, que sentía formársele un nudo en la garganta.

«Frederik» comprendió inmediatamente el estado de ánimo de la chiquilla y procuró llevar la conversación por otros derroteros. Miró a sus alumnos. Alboroto murmuró a su vecino:

—¡Encógete, Cavador!

—¿Qué?

—Me parece que «Frederik» está a punto de descubrírnos.

Alboroto y Cavador, los dos alumnos más traviesos del pensionado, trataron de encogerse tras sus pupitres, pero en aquel instante sonó alegremente la voz del profesor:

—Veamos, Hugo, demuéstranos tus conocimientos geográficos. ¿Cuál es el puerto más importante de Bolivia?

Alboroto se levantó, un poco turbado, porque todo el mundo reía por lo bajo a su alrededor. ¿Y por qué demonios se reían? Paseó en torno suyo una mirada desolada y repitió titubeante:

—El puerto más importante de Bolivia... Pues... ¡Lo he olvidado! Pero lo sabía esta mañana.

Los compañeros no pudieron ocultar su regocijo y también el profesor rió con todo su corazón.

—¿De verdad lo sabías esta mañana, Hugo? En tal caso, eres más sabio que todo el mundo, ya que Bolivia, siendo un país del interior, no puede tener puerto alguno. ¿Podrías quizá nombrarme un puerto del Uruguay?

Alboroto, temiéndose una nueva trampa, sonrió astutamente y respondió:

—No, imposible... ¡Tampoco el Uruguay tiene mar!

—En tal caso, debe de haber cambiado de lugar últimamente...

—observó Frederiksen, igualmente de buen humor—. ¿No estarás confundiendo el Uruguay con el Paraguay?

Sí... Pues, sí...

El profesor consultó su reloj.

—Bien..., basta por hoy. No voy a confesar que vuestros conocimientos geográficos me hayan impresionado precisamente, y será mejor evitarme nuevas decepciones. Me pregunto si no podríamos emplear la última media hora en...

—¡Sí, sí, gracias!

Fue una general explosión de alegría.

«Frederik», el tan popular profesor, no pudo siquiera concluir su frase, ya que los alumnos sabían bien lo que les esperaba. El «profe» les contaría alguna cosa interesante y divertida. Lo hacía a menudo y lo hacía muy bien. ¡Sus historias eran siempre apasionantes!

Alboroto se irguió en su asiento y dijo a Cavador:

—¡Qué suerte, Cavador! «Frederik» está de tan buen humor que no se acuerda de poner notas. ¡Seguramente me habría puesto un dos o un tres!

—¡Menos aún! —respondió Cavador.

Entonces el profesor comenzó a hablar de Simón Bolívar, el héroe que había liberado los estados sudamericanos. Pertenecía a una antigua familia venezolana y había estudiado derecho en Madrid; luego había viajado por Europa y América del Norte, donde la personalidad de George Washington, evocada por doquier, le entusiasmó hasta el extremo de hacerle desear realizar una empresa semejante en Sudamérica. Cuando estalló la rebelión contra España, tomó parte ardientemente en la lucha y, al cabo de unos años, se hallaba ya en cabeza del ejército. Uno tras otro, los Estados Sudamericanos fueron liberados, de tal modo que Simón Bolívar recibió el nombre de El Libertador. Entonces se hizo elegir presidente por toda su vida del Perú —hoy le habrían llamado un dictador— y, como quiera que empezó a limitar la libertad de la prensa, empezó a murmurarse que el poder le había trastornado. Sin embargo, esta opinión era totalmente injusta, ya que Simón Bolívar sacrificó toda su fortuna personal al bien de la patria. Se retiró del poder por propia voluntad y, un año más tarde, contando sólo con cuarenta y siete, murió. Hoy en día su recuerdo es venerado en toda América del Sur y, en su ciudad natal, Caracas, levantaron un arco triunfal en su memoria...

Al término de la clase, los alumnos bajaron riendo y dándose empujones hasta la gran extensión de césped que crecía ante la entrada del pensionado. Alboroto murmuró a su amigo, con expresión pensativa:

—Cavador, ¿no te parece un tipo formidable, a pesar de todo?

—¿Quién?

—Frederiksen... ¡Naturalmente! Ahora se irá y no volveremos a verle hasta el final del otoño... A mí me parece que podríamos organizar una fiestecilla en su honor...

—¿Una fiesta de despedida? —exclamó Cavador, con una mueca significativa—. ¡No veo en qué podría esto divertirnos a ti y a mí, querido amigo!

—Ah, no lo ves... —rió socarronamente Alboroto—. ¿Es que me crees tonto?

—No, tonto no, pero... ¿Cuál es tu proyecto?

—Si organizamos una fiesta de despedida para «Frederik», será conveniente intercalar algunas sorpresitas para divertirnos un poco, ¿no te parece? Es preciso que nuestro «profe» se lleve a América un recuerdo divertido de su colegio...

—¡En tal caso, estoy de acuerdo, chico! —dijo Cavador, con el rostro iluminado por una amplia sonrisa—. Eres genial, Alboroto, simplemente genial...

—Ya lo sé —reconoció modestamente Alboroto—. La cuestión está en saber qué clase de sorpresas debemos inventar.

—¡Algo sensacional! —respondió Cavador—. ¿Qué te parece unos cuantos cañonazos bajo la tarima de «Frederik»?

Alboroto sacudió la cabeza.

—¿No se te ocurre algo más factible, loco? Ven, vayamos a reflexionar a orillas del lago. ¡Ya daremos con algo bueno!

Cinco minutos más tarde, los dos traviesos muchachos se habían instalado en su lugar favorito, un estrecho banco instalado junto al embarcadero. Si los dos íntimos amigos hubieran echado una ojeada detrás de la encina que protegía el banco, hubieran sin duda escogido otro refugio cualquiera, ya que allí se encontraba Puck tomando un baño de sol.

Finalizada la clase de geografía, la chiquilla había sentido la necesidad de estar a solas con sus pensamientos. ¡Había deseado tan ardientemente ver a su padre durante las vacaciones de verano! Pero a causa de su enfermedad, que le había retrasado en su trabajo, no podría abandonar Valparaíso hasta Navidad...

Puck estaba reflexionando en todo aquello cuando oyó acercarse a Alboroto y Cavador. Por un momento, estuvo tentada de dejarse ver, pero en cuanto hubo escuchado las primeras frases de su conversación, cambió de parecer.

No estaba muy bien, desde luego, escuchar a escondidas... pero aquella regla no tenía mucho valor cuando se trataba de Alboroto y Cavador.

Puck olvidó pronto sus pensamientos melancólicos. ¡Según parecía, Alboroto no se había sentido bastante bien servido el día en

que la policía les había detenido y ella tuvo que salvarles!

Al cabo de media hora, los dos muchachos se fueron a remar por el lago. Puck sonrió con aire triunfal. ¡Qué suerte que Alboroto y Cavador no se hubieran tomado la molestia de averiguar si alguien les estaba escuchando!

Súbitamente, oyó una voz procedente del edificio principal del pensionado:

—¡Bente Winther...! ¿Alguien ha visto a Bente?

Era la voz del director Frank.

Sin comprender por qué, Puck se sintió inquieta. Si el director la llamaba de aquel modo era que había ocurrido algo importante. Pero ¿qué?

Corrió rápidamente hacia la entrada, donde el señor Frank la acogió sonriendo.

—Toma, Bente. Una carta por avión para ti.

—¿Una carta por avión? —repitió Puck, emocionada—. ¿De Valparaíso?

—Sí —dijo el director, alargándole el sobre.

Puck rasgó el papel con mano temblorosa y leyó:

«Mi querida hija:

Te voy a dar una gran sorpresa. Cuando leas esto, ¡ya estaré en camino para Dinamarca! ¡Por avión! Los trabajos en Valparaíso van a ser considerablemente ampliados, y yo debo regresar a Copenhague para someter los planos a mis superiores. Como sea que otra empresa americana trata también de obtener la concesión de estos trabajos, comprenderás que cada hora es preciosa. Según el programa previsto, llegaré a Copenhague el sábado por la tarde y, puesto que no podré ponerme en contacto con mis jefes hasta el lunes por la mañana, desde el aeropuerto tomaré un coche y marcharé directamente al pensionado de Egeborg, donde llegaré el sábado por la tarde. ¿Quieres telefonar al tío Anders en Sundkoebing, para anunciarle mi llegada?

No dispongo de tiempo para escribirte más, pero estoy loco de alegría ante la idea de volver a verte y estrecharte entre mis

brazos.

Te besa muy fuerte,

Papá».

Por unos instantes, Puck permaneció aturdida. Debió releer la carta varias veces antes de acabar de creerlo. ¡Ah, qué maravilla!

Súbitamente, se metió la carta en el bolsillo, dio un grito de alegría y salió disparada, dando vueltas como una peonza por el césped.



—¡Eh, Bente! A juzgar por tus volteretas, debo pensar que has recibido buenas noticias... —le gritó el director.

—¡Las más maravillosas del mundo! —respondió Puck casi sin aliento—. ¡Papá estará aquí el sábado por la tarde! ¿No es esto maravilloso?

—Sí, indiscutiblemente, Bente —reconoció el señor Frank sonriendo.

La señora Frank apareció en aquel instante y fue debidamente

informada. Acarició los cabellos de Puck.

—Será algo maravilloso, desde luego —dijo sonriendo—. El mejor acontecimiento del verano.

—¡Del año, señora! —dijo Puck sacando de nuevo la carta del bolsillo.

¡Bien podía leerse tres veces por lo menos una noticia tan estupenda!

Un estado de ánimo extraordinariamente alegre reinaba aquella tarde en el «Trébol de Cuatro Hojas». Inger, Karen y Navio eran tan buenas amigas que compartían del todo la felicidad de Puck.

Naturalmente era preciso celebrar la buena nueva, y las chiquillas buscaron golosinas en sus «reservas», en los fondos de los armarios. Navio declaró con entusiasmo que aquello era «formidablemente palpitante» y que reservaba para el señor Winther, padre de Puck, un recibimiento de los mejores en la tradición del pensionado de Egeborg.

Los ojos de Puck brillaron de alegría.

—Ah, no sé si podré resistir hasta el sábado. Si pudiera dormirme y despertar el sábado por la tarde...

—Es mejor disfrutar del placer de la espera —dijo Inger, sonriendo—. ¿Tu padre se hospedaré en casa del veterinario Moeller, en Sundkoebing?

—Ésa es su intención —respondió Puck—. Pero el director dice que papá puede ocupar aquí una habitación... cosa que yo preferiría, claro está. Papá tiene que regresar a Copenhague el lunes por la mañana, de modo que disponemos de poco tiempo para estar juntos.

—¿Y luego tu padre volverá aquí? —preguntó Karen.

La expresión alegre de Puck se disipó de repente.

—Me temo que deberá regresar a Valparaíso rápidamente para realizar los planos que ha venido a someter a la decisión de sus jefes. Se trata de un asunto muy importante, que una empresa americana trata también de obtener... Deberé consolarme pensando

en que papá volverá a pasar conmigo las Navidades...

De pronto se acordó de algo y dijo en un tono más animado:

—Tengo una noticia que comunicaros. El sábado, Alboroto y Cavador tienen intención de organizar una fiesta en honor de «Frederik»... Lo he sabido esta tarde por azar... y he comprendido que tienen la intención de gastar bromas en esa fiesta...

—¿Cómo? —preguntó Karen.

Puck sonrió:

—Ese par de enérgicos muchachotes tienen más de un as en la manga, según creo. Por ejemplo, he oído que quieren organizar una corrida para chicos...

—¿Una corrida?

—Sí. «Frederik» va a partir para América del Sur... y nuestros dos amigos piensan que han de iniciarle antes en los secretos de las corridas, que son deporte nacional allí...

—¿Y no es cierto?

—No... No se dan corridas más que en algunos países, así que no es una cosa general como ellos creen.

De común acuerdo, las muchachitas decidieron tratar de poner cortapisas a las bromas de los dos chicos.

—Echaremos mucho de menos a «Frederik» —dijo Karen.

Navio saltó en su silla.

—Bah... Nos consolaremos pronto, puesto que será la señorita Brinck quien le sustituirá. ¡Jamás pudimos soñar con tener una profesora más encantadora, es formidablemente encantadora! ¿Os acordáis del día en que la conocimos, el pasado invierno?

Sí, las tres chiquillas se acordaban perfectamente de ello. En su breve existencia las había visto ya de todos colores, pero el largo camino a Jylland había batido todos los récords... Y en su mitad había surgido en sus vidas la encantadora señorita Brinck como una especie de compensación en la adversidad.

—La señorita Brinck es casi tan deliciosa y linda como la señora Frank —añadió Navio, haciendo una comparación que hablaba ampliamente de lo mucho que las alumnas apreciaban a la gentil esposa del director.

—Soy enteramente de tu misma opinión —aprobó Karen—. Sólo temo que la señorita Brinck tenga serios problemas con los señores

Alboroto y Cavador.

—¡Ya trataremos de eso si se presenta la ocasión! —exclamó Puck, riendo—. Quizá a la vuelta de las vacaciones, Alboroto y Cavador hayan mejorado un poco.

—¡Hum! —exclamó Navio, escéptica.

Las demás comprendieron bien lo que quería decir aquella exclamación de Navio y estallaron en risas. En aquel instante, se abrió la puerta y la «capitana de corredor», señorita Holm apareció en el umbral. Emanaba de su pequeña figura gordezuela una gran energía, y sus ojos azules despedían severidad cuando dijo:

—¿Qué es eso, señoritas? ¿No sabéis acaso la hora que es? Deberíais estar acostadas.

Las cuatro amiguitas se asustaron un poco, y Navio trató de dar una larga explicación, pero la señorita Holm la interrumpió secamente:

—¡Basta, Lise! Acostaos en seguida. Volveré dentro de diez minutos... y no me agradaría encontrar la luz encendida ni escuchar charlas...

La puerta se cerró ruidosamente, y las chiquillas se apresuraron a desvestirse y lavarse los dientes. Cuando la puerta se abrió de nuevo, pasados los diez minutos, un gran silencio reinaba en el «Trébol de Cuatro Hojas».

—¿Dormís, hijitas? —preguntó la señorita Holm.

—Sí, —respondió Navio.

La voz de la capitana de corredor se dulcificó:

—Pues bien, ya estoy contenta... Comprendo que hayáis tenido necesidad de comentar la gran noticia recibida por Puck. Pero... ¿te dormirás feliz, Bente?

—¡Oh, sí, señorita, soy la más feliz del mundo! —respondió Puck con convicción.

—Lo comprendo. Buenas noches, hijitas.

—Buenas noches, señorita.

Mientras Puck y sus tres amigas dormían a pierna suelta, el ingeniero Winther viajaba cómodamente instalado en un magnífico avión que hacía la ruta del Atlántico. Era de día.

El aparato había partido de Río de Janeiro y debía hacer escala en Lisboa, Madrid, Ginebra y Amsterdam antes de llegar a

Copenhague. ¡Qué pequeño se había vuelto el mundo desde que se habían inventado los aviones!

El señor Winther echó una mirada distraída por el ojo de buey. La vista desde allí era apasionante. El aparato volaba entre nubes, que parecían un campo de algodón. El reflejo del sol casi hería la vista. Para el ingeniero aquel espectáculo era casi familiar —¡había viajado tanto en avión!—, pero, no obstante, cada vez le dejaba maravillado.



La sonriente azafata le entregó un billetito en el que él pudo leer: «Posición: por encima de Trinidad; altura: 2650 metros; velocidad: 570 km/h».

Se inclinó contra el respaldo de su asiento y dio varias chupadas a su cigarrillo. Los demás pasajeros dormitaban o leían revistas. La azafata servía refrescos a algunos. El ruido de los motores no era del todo molesto, pero a la larga conseguía aturdir un poco.

El ingeniero Winther pasó la mano por unos documentos que había dejado en el asiento de al lado. Su contenido era casi tan

valioso como el oro y no tenía intención de perderlos de vista ni un solo instante hasta depositarlos en manos de sus jefes, en Copenhague. Su maleta, por el contrario, estaba en la red de los equipajes.

Sonrió un poco. Sí, en aquellos momentos, Bente había debido recibir ya su carta, y sería la alumna más feliz de todo el pensionado. ¡Un año es una eternidad para dos seres que se aman y están separados!

—*Any drink or tobacco, sir?* —le preguntó la azafata presentándole una bandeja llena de cigarrillos.

—No, gracias —respondió distraídamente él en danés. Pero rectificó en seguida—: «*No, thank you!*».

Ella sonrió y continuó su camino por el estrecho pasillo entre los asientos. Un caballero alto y moreno, sentado al bies con respecto a Winther, se levantó de pronto y se le acercó. Mostró su bella dentadura en una amplia sonrisa.

—Perdone que le interpele así, pero por casualidad le he oído hablar en danés con la azafata. Yo nací en Santiago de Chile, pero mi padre es danés. Nació en Aarhus. ¿Conoce esta ciudad?

—Sí, desde luego —respondió el ingeniero—. Es muy conocida en Dinamarca. ¿Quiere sentarse?

—Gracias —respondió el desconocido, instalándose en el asiento de al lado de Winther, que estaba vacío.

Los dos hombres se presentaron mutuamente y entablaron animada conversación. Winther no se sentía demasiado contento con aquella interrupción, pero hubiera sido difícil comportarse de otro modo. El desconocido prosiguió en un dificultoso danés:

—Yo también voy a Dinamarca a pasar las vacaciones. Es la primera vez que voy, pero he oído hablar de ella tanto a mi padre que me siento muy interesado. ¿Hará ahora mucho frío?

—En esta estación, no —respondió Winther sonriendo amablemente—. La diferencia de clima entre Santiago y Dinamarca es tan escasa que apenas la notará usted.

—Eso me tranquiliza —dijo el desconocido.

Después se puso a hablar de las maravillosas vacaciones que pensaba disfrutar, pero Winther le escuchaba sólo a medias. Visitaría Aarhus, naturalmente... Y Odense, donde había nacido

Andersen... Y Copenhague, que según tenía entendido era una ciudad tan linda, alegre y limpia... Y tal vez Estocolmo, si le quedaba tiempo...

—Estocolmo no es una ciudad danesa —dijo el ingeniero riendo—. Es la capital de Suecia.

—Sí, sí, claro —repuso con viveza el desconocido—. Yo quise decir... Oslo...

—Bien —se contentó con responder Winther.

Y se asombró de la ignorancia de que hacían gala tantas personas —daneses incluidos— en materia de geografía.

—¿Su trabajo le retiene en Chile, señor? —preguntó el desconocido.

Winther afirmó con la cabeza.

—Sí. Me ocupo del acondicionamiento del puerto de Valparaíso, pero ahora debo hacer una corta visita a Dinamarca para... pasar unas vacaciones.

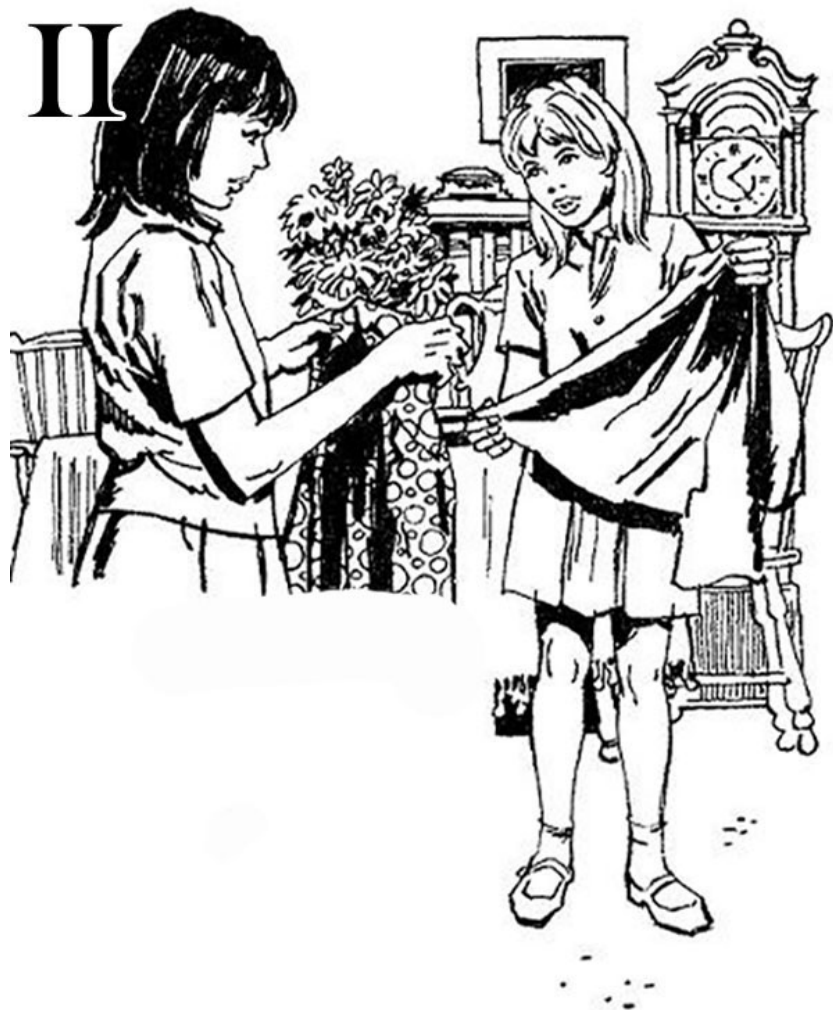
Un presentimiento que no sabía explicarse le impidió revelar toda la verdad. Añadió que tenía una hijita en un pensionado de Egeborg, donde iría al aterrizar. Al hablar, instintivamente, estrechaba contra sí la cartera con los documentos. Sin aparentemente darse cuenta de ello, el desconocido bostezó con discreción y dijo:

—Nada en el mundo es más aburrido que volar por encima del mar, ¿no le parece?

—Sí, sería de desear algo más palpitante...

Pocos días después, el ingeniero tendría ocasión de vivir cosas mucho más palpitantes de lo que jamás hubiera podido esperar...

II



Annelise había invitado a sus amigas Puck y Lone a tomar el té en La Gran Granja. Quería mostrarles los nuevos vestidos comprados con ocasión de su viaje en coche —seis semanas a través de Europa— que haría con sus padres durante las vacaciones. Su gusto por dominar había desaparecido casi del todo y sólo de tarde en tarde aparecía en ella la chiquilla mimada por sus papás. Sus relaciones con Lone también habían cambiado mucho. El penoso incidente ocurrido durante las maniobras militares del pasado otoño la había hecho reflexionar.

Seguía tan gentil y atenta con la amiga que sufría por un triste secreto familiar, pero lo hacía de un modo más sereno, más natural.

Las dos chiquillas se habían convertido en íntimas amigas y Lone ya no se sentía incómoda por demostrar reconocimiento a los favores de la hija del rico propietario.

Pero había un punto en el cual Annelise no había cambiado nada. Sus palabras y sus pensamientos eran siempre tan deshilvanados que sus compañeras tenían grandes dificultades en seguir el curso de sus conversaciones. Y lo probó una vez más al mostrar su «trousseau» de viaje con una volubilidad vertiginosa.

—Sí, papá se ha gastado generosamente el dinero con mis trajes... Y tengo también un precioso equipo de montar... Pero no sé por qué, ya que no puedo meter el caballo en el coche cuando partamos de viaje, para Francia e Italia. ¿Habéis visitado España alguna vez?

—No...

—Yo tampoco... Pero no quiero ir a ver ninguna corrida, con esas pieles de vaca y todo eso...

—¿Piel de vaca? —exclamó Puck, asombrada.

Annelise bostezó:

—Sí, algo deben de tener que ver las pieles de vaca con las corridas, ya que Alboroto, para la fiesta de «Frederik» le ha pedido prestada a papá la piel de vaca curtida... Pero estoy segura de que no tienen nada que ver con las auténticas corridas de Sevilla y Venecia...

—¡No creo que tengas ocasión de ver muchas corridas en Venecia, Annelise! —dijo Puck riendo—. Venecia se encuentra en Italia.

—Sí, claro, tienes razón... Pero allí hay canales y palomas y en la plaza de una iglesia... ¡No está mal! ¿Qué pensáis de mis vestidos?

—¡Maravillosos! —exclamaron al unísono Puck y Lone, que acariciaban las delicadas telas.

—¿Te gusta mi vestido gris, Puck?

—Creo que es el más bonito —respondió Puck, y miró el traje en cuestión con ojos enamorados—. Pero, escucha, Annelise, estábamos hablando de pieles de vaca...

—¿Piel de vaca? —exclamó Annelise—. ¿Qué piel de vaca?

—Acabas de decir que Alboroto ha pedido prestada una...

—Ah, sí —dijo Annelise, poco interesada en el asunto—. ¿De qué se trataba exactamente, papá?

El señor Dreyer, que estaba tomando el té con su esposa, se volvió sonriente en su sillón y explicó:

—Hugo... Alboroto, como le llamáis... Vino ayer a verme para preguntarme si podía prestarle la piel de vaca curtida.

—¿Para una corrida? —preguntó Puck.

—Sí, ése creo que es su proyecto. Hugo meterá a dos amigos dentro de la piel y él hará de toreador. Pero como la piel conserva los cuernos, pequeños como corresponde a una ternera, le será difícil hacer creer al público que se trata de un toro verdadero.

—Oh, Alboroto no se detiene jamás por menudencias —dijo Puck riendo.

Mientras tanto, Annelise había estado reflexionando mordiéndose el labio inferior, y al cabo dijo, titubeando un poco:

—Oye, Lone... Tengo algunos vestidos que... quisiera vender a buen precio, unas pocas coronas... Y tú podrás pagármelas cuando te vaya bien, cuando seas mayor, por ejemplo... Ven.

Puck no pudo evitar sonreír pensando en que unos meses atrás Annelise no hubiera propuesto sus obsequios de aquel modo tan delicado. ¡Qué excelente muchachita era en el fondo!

Una media hora más tarde, cuando las tres jovencitas regresaron al pensionado, se llevaban consigo tantos zapatos y vestidos que Lone apenas pudo colocarlos en su armario. Annelise había decretado que todo en conjunto le costaría diecisiete coronas. Y le había concedido un crédito ilimitado.

Inger, Karen y Navio se estaban peinando antes de bajar al comedor cuando Puck entró en el «Trébol de Cuatro Hojas». Dispusieron apenas de unos minutos para trazarse un plan de ataque. Puck les contó los proyectos taurinos de Alboroto y decidieron de común acuerdo que sería una buena ocasión para divertirse un poco a costa de Alboroto y Cavadór. Y Puck concluyó sonriendo:

—Reflexionemos. ¡Ya daremos con alguna buena idea!

Después de cenar, cuando los alumnos jugaban en el césped, Alboroto, Cavadór y Kaj Schultz, llamado Caoba, adoptaron aires muy misteriosos. Acababan de ensayar la corrida en los sótanos,

cerca de la caldera de la calefacción central. Alboroto representaba el papel de gran toreador que mataba el toro, y había pensado al principio que Cavador y Caoba representarían la parte anterior y posterior de la víctima, pero la conclusión había sido distinta. Con su piel morena, sus cabellos lisos y sus ojos hundidos, Caoba era, según Cavador, el tipo ideal del español. En cambio el aspecto físico de quienes actuaran desde el interior de la piel de vaca tenía poca importancia. A regañadientes, Alboroto se vio obligado a ceder...

Navio se acercó a ellos y les dijo irónicamente:

—¿Estáis tramando algo, amigos?

—¿Tramando? —rió Alboroto—. No, pequeña Navio..., simplemente preparamos algunas sorpresas para la fiesta de despedida de «Frederik».

—¿De verdad? ¿Y no podrías contármelo? Tengo gran curiosidad...

—No, por nada del mundo... —dijo Caoba.

—Eres demasiado joven —precisó Cavador.

—Y poco inteligente —concluyó Alboroto.

Los aires de superioridad de los tres chicos molestaron a Navio, pero no lo dejó ver. Por el contrario, sonrió con aires de gatita:

—Resultará muy divertido todo lo que estáis preparando, estoy segura... Pero también nosotras podemos estar preparando algo, ¿no os parece?

Tras lo cual giró sobre sus talones y desapareció, con la naricita apuntando al cielo.

Alboroto dijo, inquieto:

—¿Habéis oído, chicos? No me extrañaría, en efecto, que Puck estuviera tramando algo.

—Pero ella no puede saber nada de nuestros proyectos...

—¡Hum! —murmuró Alboroto—. Puck mete la nariz por todas partes...

—¡Y casi siempre vence! —rió Caoba—. ¿Os acordáis del día en que os encerró en el invernadero del jardinero Piil?

Alboroto y Cavador no respondieron, contentándose con adoptar un aire mohíno. Sin embargo, no tardaron en recuperar su optimismo. Alboroto dijo:

—No nos atormentemos de antemano. A cada día su malicia.

—De acuerdo —contestaron los otros dos.

Y prosiguieron sus secretos conciliábulos.

Puck fue un poco menos entusiasta cuando Navio le contó su encuentro con los muchachos. Dijo:

—Ahora estarán prevenidos...

—Bah, de todos modos les venceremos —repuso Navio—. Sólo les he insinuado que también nosotras podíamos preparar algo...

—Y has hecho mal, Navio —suspiró Puck—. Alboroto y Cavador son inteligentes...

Y añadió más alegremente:

—Bien, no pensemos más en ello. Hoy me siento tan feliz que os invito a helados en casa del pastelero Bose.

—¡Hurra! —gritó alegremente Navio—. ¿De vainilla?

—¡Sí!

—¿Y limonada?

—Todo lo que quieras, Navio...

—Eres una chica estupenda, Puck.

Algunos instantes más tarde, las cuatro amigas se encaminaban a la pastelería de Oesterby...

Bose era un hombre corpulento y bonachón, que gozaba de gran popularidad entre los alumnos de Egeborg, a quienes a menudo concedía créditos... Su esposa era pequeña y delgada y tan malhumorada como jovial su esposo. Cuando se hallaba sola en la tienda, no concedía crédito a nadie, al contrario, exigía ser pagada ante todo.

El pastelero las acogió alegremente. Sabía por experiencia que Puck y sus amigas pagaban puntualmente y eso le evitaba serias discusiones con su mujer...

El pastelero se apresuró a preparar a las cuatro chiquillas una mesa en la estancia llena de sol. Un olor a vainilla y pasteles llenaba el aire.

—¡Qué buen olor! —dijo Navio.

—Sí, para quien no vive aquí siempre se nota mucho. En especial en un día como hoy —explicó Bose.

—¿Por qué? —preguntó Puck intrigada.

—A causa del calor. Cuanto más calor hace, más perfume despiden las especias y los aromas.

En aquel instante otros clientes entraron en la pastelería, y Bose se apresuró a atenderles. Puck se había quedado silenciosa unos momentos y entonces casi gritó:

—¡Oh, cielo santo!

Las demás la miraron asombradas, y Karen preguntó:

—¿Qué te ocurre?

Puck rió.

—¿No habéis oído lo que ha dicho Bose? Cuando hace calor, las especias despiden más perfume, producen más efecto...

—Sí, ¿y qué?

—Esto me ha dado la mejor de las ideas, hijitas... ¡Ya sé qué broma vamos a gastarles a Alboroto y Cavor!



Cavor se había sentado al borde de su cama, con las piernas colgantes. Su voz parecía melancólica cuando dijo:

—Oye, Alboroto... Está bien eso de la corrida, pero no podemos llenar toda la fiesta sólo con eso.

—No... Naturalmente...

—Entonces, ¿tienes otras ideas para distraer a «Frederik» y los espectadores?

Alboroto dudó un poco:

—Pues... Yo... No lo he pensado bien todavía...

—Pues ya es tiempo... Debemos hacer algo... Ofrecer refrescos, decorar la sala...

—Eso cuesta caro —dijo Alboroto, suspirando—. ¿Tienes dinero?

—Diez coronas y diez ores. Lo he contado esta mañana.

—Yo tengo menos aún... Y no me parece que podamos hacer gran cosa con ese dinero en materia de decoración...

Un sombrío silencio invadió la habitación de los muchachos. Durante largo rato, sólo se oyó el tic-tac

del reloj colocado en la repisa de la ventana. De pronto, Alboroto gritó con entusiasmo:

—¡Lo tengo, Cavador!

—¿El qué?

—¡Los fondos del pensionado de Egeborg!

—¿Cómo?

—Sí, qué demonio... Tenemos casi tres mil coronas en caja...

El rostro de Cavador se iluminó. Sí, era cierto, en los fondos del pensionado de Egeborg había dinero, el dinero que los alumnos habían ganado haciendo cine.

—¡Bravo, Alboroto! Pero ¿cómo podemos sacarlo de allí?

—Pues..., en realidad sólo necesitamos cien coronas... y como ambos formamos parte del consejo de administración, con Caoba y Svend, podemos fácilmente conseguir que nos sean adjudicadas...

—Tal vez... Aunque ¿qué harán las hienas del «Trébol de Cuatro Hojas»? —suspiró Cavador—. No olvidéis además, que el director ha sido nombrado consejero en el empleo del dinero...

—... Eso es una ventaja.

—¿Una ventaja? Por mí parte tengo el siniestro presentimiento de que el director no nos tiene gran confianza ni a ti ni a mí...

Alboroto protestó:

—Bobadas, Cavador. El director nos aprecia mucho... y además pedir cien coronas para una fiesta para «Frederik» antes de su partida no es nada malo. Sólo Puck y sus amigas pueden poner dificultades, ya que yo mismo me ocuparé de Svend.

La suerte fue favorable a los dos conspiradores, ya que una hora más tarde, no sólo les había sido acordada la cantidad de ciento cincuenta coronas, sino que había sido constituido un comité de fiestas, compuesto por Alboroto, Cavador, Caoba y el gordo Svend, presidente del consejo de alumnos.

Cuando Alboroto y Cavador hablaron de la corrida proyectada,

Svend les miró con desconfianza y dijo:

—Espero que no estéis preparando una broma del mal gusto, ¿eh, bandidos?

Los dos «angelitos» no hubieran podido poner una expresión más inocente que la que adoptaron y Svend estuvo a punto de creerles.

En todo caso, no profundizando en la cuestión, se contentó con decir:

—Sí, querer organizar una corrida en honor de «Frederik» es algo que habla en vuestro favor, pero supongo que no pensáis que se celebran corridas de toros en toda América del Sur.

—¡Claro que sí! Lo hemos visto en el cine...

—¿De veras?

—Sí, puedes estar seguro —dijo Alboroto con convicción—. Por eso he pedido prestada una piel de vaca al señor Dreyer... ¡Me disgustaría mucho que todos estos preparativos fueran inútiles!

Svend se inclinó ante tales argumentos y el comité de fiestas prosiguió su trabajo. Caoba propuso que se compusiera un canto de adiós en honor de «Frederik», pero esto suscitó una viva discusión. Alboroto, que con Cavador eran considerados en general como los dos grandes poetas del pensionado, opinaba que aquel cántico requería por lo menos una semana de trabajo.

—¡Bobadas! —declaró Cavador con soberbia—. Por mi parte me encargo de hacerla en una noche...

—De acuerdo —dijo Svend—. Tu oferta es aceptada, ¿no es cierto, Alboroto?

—¡Desde luego!

Cavador pareció lamentar por unos instantes su oferta. Perplejo, se volvió hacia Alboroto.

—Sí... Claro que cuento contigo para ayudarme a conseguir buenas rimas...

—¿Cuánto me darás?

—Cincuenta ores.

—¡Poco!

—Sesenta...

—¡Más!

—¡Una corona, usurero!

Alboroto inclinó gentilmente la cabeza.

—Bien, aceptaré una corona a causa de nuestra vieja amistad. Esta noche trabajaremos en eso, en lugar de estudiar.

Dejar de estudiar era algo muy agradable para Cavador, lo que le puso de buen humor. Acabada la reunión, Alboroto y Cavador se encaminaron al encuentro del jardinero. Era preciso decorar la sala de fiestas lo mejor posible... pero sin gastar demasiado. Era preciso guardar el máximo de las ciento cincuenta coronas obtenidas, para refrescos y pasteles...

Al acercarse al invernadero, Cavador dijo:

—Alboroto, no me parece muy probable que consigamos precios de favor con Piil...

—¿Por qué?

—Ya sabes que no somos precisamente sus favoritos.

Alboroto se rascó detrás de la oreja. El jardinero Piil, según opinaban los muchachos, tenía la cabeza llena de «flores». Era amigo de los alumnos, pero a menudo los chicos le hacían rabiar.

—Haremos lo que podamos —dijo Alboroto, tratando de permanecer optimista.



La acogida de Piil fue más bien glacial. Preguntó, mirándoles con desconfianza:

—¿Qué queréis vosotros dos?

Alboroto tomó su aire más inocente y habló del profesor Frederiksen que iba a partir para América, y de la fiesta proyectada en su honor. Para adornar la sala, ¿qué mejor que las flores de Piil, que eran sin duda las mejores de Dinamarca?

El rostro de Piil se iluminó, y acabó por decir:

—Está bien, muchachos... Os enviaré a dos hombres que os decorarán la sala... No me daréis nada por las flores, sólo deberéis pagarme el trabajo...

—Mil gracias, señor Piil... —gritaron al unísono los dos chicos.

Después, Alboroto añadió por su cuenta:

—Ah, señor Piil... ¡Qué entusiasmo habrá en la escuela! Todos le consideramos como el mejor horticultor de todo el país...

—¿De veras? —exclamó Piil, muy halagado—. Y pensándolo bien, no será necesario ni siquiera que me paguéis el trabajo. ¡Todo será gratuito! Gracias por vuestra visita.

Los muchachos se deshicieron en palabras de agradecimiento. De regreso al pensionado, Alboroto estaba hueco como una clueca.

—¿No te lo había dicho, Cavador? Todo ha ido sobre ruedas...

Cavador contestó, admirado:

—Desde luego eres un genio, Alboroto. Incluso nos ha dado las gracias por la visita, cosa verdaderamente inimaginable.

—Desde luego —reconoció Alboroto—. Deberemos recompensarle de alguna manera...

—¿Cómo?

—No molestándole más... Es decir, al menos, hasta el próximo curso...

—De acuerdo —dijo Cavador.

Más tarde ambos se dirigieron en bicicleta a Oesterby para encargar pasteles y refrescos a Bose. ¡Varios pots de helados de vainilla y tres cajas de las mejores pastas! Su triunfo con Piil le había animado de tal modo a Alboroto, que empleó la misma táctica con el pastelero, y los resultados no se hicieron esperar, ya que prometió regalar además del pedido pasteles de crema.

—¡Pero de esto nada a mi mujer! —advirtió.

—Será un secreto entre nosotros —prometió solemnemente Alboroto—. Permítame darle las gracias de parte del comité de fiestas, señor Bose.

Cuando hubieron pagado al pastelero y al frutero, a quien compraron frutas varias, no les quedaba nada de las ciento cincuenta coronas obtenidas. Pero la corrida no representaba ningún gasto. Para convertir a Caoba en un apuesto torero, la señora Frank se prestó a darles telas coloreadas y brillantes y un sombrero de un baile de disfraces. Ella misma les confeccionó con tela roja la muleta con que debían citar al toro.

Cuando todo estuvo arreglado, Alboroto suspiró:

—¡Ya está todo listo, Cavador!

—No —dijo éste—, queda lo peor: ¡la canción!

III



La noche del sábado Puck no pudo pegar ojo... Cuando descendía a desayunar, la puerta del despacho se abrió y el señor Frank salió al vestíbulo. Puck le hizo una reverencia.

El director miró a la chiquilla y dijo amablemente:

—Pareces un poco pálida, Bente. ¿No has dormido bien esta noche?

—No mucho —reconoció Puck en voz baja.

El director sonrió.

—Te comprendo, Bente. Es un gran día para ti, puesto que tu

padre llega hoy. Me parece que no conseguirás estar muy atenta en clase...

—Tal vez...

—Bien, te daré permiso para no asistir. Da un buen paseo por el bosque, respira aire fresco... o ve a ayudar a mi esposa... que está en el huerto. Trabajar al aire libre te sentará bien.

—Muchas gracias, señor —dijo Puck con una nueva reverencia.

Cuando Navio escuchó la noticia, gritó:

—Oh, qué suerte... Te librarás de la clase de canto de la señorita Fagerlund... Y de la historia natural...

—Es muy amable nuestro director —comentó Inger.

—¡Sí es formidable! —concordó Karen, que añadió—: ¿Dónde irás, Puck?

—Daré un paseo por los alrededores del lago Ege —respondió Puck—. Es un paseo tan bonito...

—Diviértete —le desearon sus amigas.

Mientras sus amigas se encaminaban a clase, Puck subió a su cuarto a cambiarse los zapatos por unas buenas sandalias. Un instante después, emprendía el sendero que pasaba por delante de la casa del guardabosques en dirección al lago.

El tiempo era bello y tranquilo, y Puck disfrutaba mucho de su paseo. El bosque del Oeste se componía especialmente de viejas encinas, que eran los árboles favoritos de la muchachita. El sol que penetraba por sus copas formaba pequeñas manchas brillantes. Puck atravesó el pantano que rodeaba el lago por el lado oeste e iba ya a adentrarse por el bosque del Norte, cuando un bonito coche americano se paró junto a ella.

—Hola, jovencita —dijo una alegre voz—. ¡Qué sorpresa encontrarte aquí!

Puck, que se había sobresaltado un poco, al ver quién era el conductor contestó:

—Buenos días, señor Holm.

El señor Holm era el propietario de la grande y hermosa Granja del Este, cuyos campos lindaban con el lago. Era un hombre alto y delgado, a quien Puck había conocido en unas dramáticas circunstancias que no podría olvidar.

—Pareces contenta, Bente —dijo el caballero.

Puck respondió, sonriendo:

—Lo estoy, señor Holm... Mi padre regresa de América del Sur esta tarde.

Holm, que había hecho su servicio militar con Winther, exclamó alegremente:

—¡No! ¿De veras, Bente? ¿Joergen permanecerá aquí algún tiempo?

El buen humor de Puck se atenuó un poco cuando contó que la estancia de su padre en Dinamarca sería de breve duración y que el lunes tenía una cita importante con sus jefes.

—De todos modos tendrá tiempo de ir a La Granja del Este —insistió el señor Holm—. No dejes de decírselo. ¡Tenemos que evocar viejos tiempos militares él y yo!

—Se lo diré a papá —dijo Puck—. Y gracias por la invitación.

—¿Quieres subir al coche, Bente?

—No, prefiero caminar...

—Bien, pues, cada cual con sus gustos. Adiós, amiguita...

—Adiós, señor Holm.

Cuando regresaba ya al pensionado, Puck se encontró con la señora Frank.

La joven dama llevaba un cesto lleno de legumbres y le sonrió amablemente:

—¿Has dado un buen paseo, Bente?

—Sí, gracias... He dado una vuelta por la orilla del lago.

—Una buena excursión. ¿Estás demasiado cansada para ayudarme?

—Al contrario, señora —dijo Puck—. ¡He recuperado fuerzas durante el paseo!

Pero trabajaron poco ya que la señora Frank en realidad tenía deseos de hablar.

—Bien, Bente —le dijo—. Se acerca el gran momento. ¿Le gustan a tu padre los espárragos?

—Oh sí, le encantan...

—También tú comerás con mi esposo y conmigo, al lado de tu padre; sois nuestros invitados. Cenaremos temprano para poder asistir a la fiesta organizada en honor del señor Frederiksen. Ya han decorado la sala...

Puck sonrió:

—Sí, cuando Alboroto y Cavador hacen algo, lo hacen a fondo.

—Desde luego —afirmó la señora—. Ambos casi han vaciado mi granero para su corrida. El delantal rojo de la mujer de la limpieza ha sucumbido bajo tijeretazos.

—Oh... —exclamó Puck, casi ahogándose.

La señora Frank la miró:

—¿Qué te ocurre, Bente?

—Es una idea que me ha venido de pronto, señora... Y debo ir inmediatamente a Oesterby para comprar algo.

—¿Para la fiesta?

—Sí, en cierto modo... ¿Le molesta que no la siga ayudando?

—No, claro que no... Además, sólo hemos estado hablando... Puedes irte.

—Gracias...

Puck partió en bicicleta, bajo la divertida mirada de la esposa del director. ¿Qué estaría tramando Bente? ¿Una broma? En tal caso era fácil suponer que las víctimas serían Alboroto y Cavador. Y a decir verdad ambos se merecían una buena lección. A pesar de que el pensionado debían gran agradecimiento a ambos chicos, ya que gracias a ellos no había sido devastado por un incendio...

La señora Frank dejó de pensar en aquello y reanudó su tarea.

Cuando Puck regresó de su misteriosa ida a Oesterby, se dedicó durante media hora a un arduo trabajo y estaba bastante cansada al entrar en el «Trébol de Cuatro Hojas». Sus amigas la acogieron con ojos redondos de curiosidad.

—¿Qué has estado haciendo todo el día?

Puck sonrió enigmáticamente...

—Ya lo sabréis esta noche.

—¿Esta noche?

—Sí... Es divertido reservarse alguna sorpresita... y ahora disculpadme. Quiero arreglarme un poco antes de que venga papá.

Puck se hizo una cuidadosa «toilette» y permaneció por lo menos veinte minutos cepillándose el pelo. Se puso un elegante vestido y zapatos a tono. Cuando Navío la miró exclamó con admiración:

—Oh, Puck... ¡Estás bellísima!

—¿Quieres que te preste esmalte para las uñas? —dijo Karen—.

Es casi incoloro.

Por unos instantes, Puck se sintió tentada. El esmalte, polvos, rojo de labios... todo esto estaba prohibido en el pensionado de Egeborg, y el director se mostraba inflexible en aquel punto.

—No, gracias —respondió Puck—. ¿Y vosotros no os preparáis para la fiesta?

Navio se echó en su cama, pedaleando al aire con las piernas levantadas.

—¡Bah! En un minuto me pondrá otro vestido. No tengo motivos para ponerme guapa.

—Claro que los tienes —dijo Inger—. Debemos causar buena impresión al padre de Puck.

—Ciertamente... —exclamó Karen.

—Está bien —respondió Navio incorporándose.

Poco después, las tres muchachitas se hallaban ante el espejo acicalándose. Karen sonrió a la imagen de Puck:

—Puck, ¿te acuerdas del día en que, el año pasado, nos preparábamos para la fiesta de La Gran Granja... y de lo que me dijiste?

—No...

—Me dijiste: «Oh, estás encantadora, Karen...». Y creo que jamás olvidaré tus palabras.

—Estabas encantadora de veras, Karen. Tu pelo rojizo iba bien con tu vestido verde y el ancho cinturón negro...

Un silencio profundo se había hecho en el «Trébol de Cuatro Hojas». Todas se acordaban de aquel día. ¡Cuántas cosas habían sucedido desde entonces!

De pronto el silencio fue roto por una voz procedente del vestíbulo:

—Puck, Puck... Tu padre ha llegado.

Puck salió del cuarto como un torbellino. Karen la siguió con la vista y suspiró en voz baja:

—Quién estuviera en su lugar...

Cuando padre e hija se encontraron, la alegría de Puck fue desbordante. El director, que llegaba también, saludó sonriente al ingeniero.

—¿No sería buena idea que les dejara el despacho para los dos solos durante un rato? —dijo.

—Muchas gracias, señor —respondió el señor Winther, muy feliz.

Es fácil comprender que la conversación fue muy animada. Puck preguntaba y respondía a un tiempo, y al cabo su padre se dejó caer en un sillón, agotado:

—Escucha, hijita... Sólo puedo responderte a una pregunta a la vez...

—Oh, papá, me siento tan locamente feliz de volver a verte... ¡Te he añorado tanto!

—Pero has sido feliz aquí, ¿verdad?

—¡Todos somos felices aquí, papá! No hubiera podido estar mejor en otro lugar..., pero esto no quita que te haya añorado muchísimo.

Puck se interrumpió, para proseguir luego:

—¿Por qué estrechas tan fuerte esta cartera, papá?

—Lo hago casi sin darme cuenta —respondió él riendo; y la dejó a un lado—. Contiene cosas de gran valor.

—¿Oro y diamantes?

—No, papeles... Papeles de gran valor, hijita. Perderlos sería una catástrofe.

—¿Quieres meterlos en la caja fuerte del director? —preguntó Puck.

El ingeniero sacudió la cabeza:



—Bastará con no perderla de vista... Por la noche me la pondré bajo la almohada.

La última frase había sido dicha en broma, y Puck continuó bombardeando a su padre con preguntas. Quería saberlo todo... sobre su estancia, su enfermedad, el día en que volvería a irse...

Sin duda habría continuado preguntando toda la noche, si alguien no hubiera llamado discretamente a la puerta.

—¿Se puede entrar?

—Sí, lo peor ya ha pasado —respondió Winther, riendo—. Permítame agradecerle el excelente recibimiento.

—No merece la pena. Bente y usted están invitados a cenar con nosotros. Además, se prepara una gran fiesta.

—¿Una fiesta?

—Sí, uno de nuestros profesores parte para América..., Chile exactamente..., y los alumnos han preparado una fiesta de despedida en su honor.

—Será muy divertido.

—Mientras no lo sea demasiado... ¡Hay gentes muy traviesas en el comité de fiestas!

La señora Frank entró a saludar al ingeniero, y poco después estaban sentados ante una mesa muy bien puesta. Winther conservaba la cartera bajo el brazo y el director se dio cuenta de ello:

—Parece usted tener en gran estima su portafolios, señor Winther.

El ingeniero asintió con la cabeza.

—Tanto que, si lo perdiera, mi viaje sería inútil.

—Papá, eres muy antipático —dijo Puck.

Él la miró un instante, sorprendido. Después rió y la besó en la frente:

—Quiero decir desde el punto de vista de los negocios, hijita... Ya que volver a verte ha sido magnífico. ¡Has crecido mucho en mi ausencia!

—Es lo que generalmente suele suceder a mi edad, papá...

El clima reinante en la cena fue muy animado. Cuando se dirigieron al salón a tomar el café, el señor Winther preguntó si podía hablar por teléfono. Llamó al veterinario Moeller y al propietario Holm. No podía prometer nada, pero confiaba en tener tiempo para visitarles al día siguiente.

Cuando hubo colgado, Puck le dijo con insistencia:

—Es absolutamente preciso ir a ver al tío Anders y a la tía Henny... ¡Han sido tan gentiles conmigo! Además, debes ver a Plet...

—Sí, sí, todo se arreglará —dijo su padre—. Pero dispongo de poco tiempo. Lo más seguro es que el lunes deba regresar de nuevo... y tal vez haga el viaje con vuestro profesor, que va a Valparaíso.

Se volvió hacia el director:

—¿El señor Frederiksen tomará el avión?

—Sí, desde luego. Resulta más caro, pero se gana tiempo... Y el tiempo también es dinero. Sería divertido que viajaran ustedes en el mismo avión...

—Yo ya he reservado una plaza, puesto que es de la máxima importancia que las autoridades de Valparaíso sepan a qué atenerse cuanto antes. Seguramente, como digo, regresaré allá el lunes... Pero volveré por Navidad, Bente.

Puck había inclinado la cabeza para ocultar la lágrima que le brillaba en un rincón de un ojo. Levantó la cabeza y sonrió valerosamente.

—¡Eso me consuela, papaíto!

Su padre se golpeó la frente:

—Había olvidado los regalos que te he traído, Bente. Están en mi maleta... Pero será mejor que ahora saboreemos el café de la señora Frank.

Y la conversación se animó de nuevo.

La señora Frank observó a Puck y se volvió luego hacia el ingeniero.

—¿Sabe qué pienso, señor Winther?

—No...

—Que Bente está impaciente por ver sus regalos.

El señor Winther se levantó y fue al vestíbulo a buscar su maleta. Puck abrió cuanto podía los ojos mientras él sacaba paquetes y más paquetes, y pronto estalló en gritos de entusiasmo.



¡Su padre le traía obsequios soberbios! Dos lindos trajes de verano, muy originales, zapatillas bordadas artísticamente, un bolso de cuero rojo con las iniciales B. W. en plata, un brazalete, un collar y un broche. Puck, ante las joyas sobre todo, se quedó extasiada, y su padre dijo riendo:

—En los puertos chilenos, se suele contar a los turistas que estas

joyas han sido hechas por los propios indios... pero no es cierto. De todos modos, indios o no, son auténticas filigranas...

—Son maravillosas... —dijo Puck.

La señora Frank sacudió la cabeza:

—¡Todas las mujeres somos iguales a cualquier edad delante de semejantes cosas!

Puck saltó al cuello de su padre y le estrechó tan fuerte que por poco le asfixia.

—¡Ay! —gimió el ingeniero—. Si lo tomas así, será mejor no correr el riesgo de traerte nada por Navidad.

—¡Nada de eso, papá! —exclamó Puck, contemplando sus regalos—. Como ha dicho la señora Frank, las mujeres somos mujeres...

—Sí —rió el padre—, ya me estoy dando cuenta.

La voz de Puck se volvió grave al decir:

—¿Cuándo acabes tu trabajo en Valparaíso, tu empresa te enviará a otros sitios lejanos? ¿A Australia, la China o Japón?

—No es del todo imposible. Pero para entonces ya habrás acabado tus estudios y podré llevarte conmigo... A menos que no tengas ya novio.

—¡Nunca tendré novio! —declaró Puck firmemente.

La señora Frank sonrió. ¡Qué propia era de su edad aquella reacción! Y ¡cómo cambiaría más adelante!

—¿Hay alguna razón particular que lleve al señor Frederiksen a Valparaíso? —preguntó el ingeniero.

El señor Frank hizo un gesto afirmativo:

—Desde luego. Chile es un país joven en todos los aspectos, particularmente en el de la enseñanza. El señor Frederiksen va a estudiar los esfuerzos del gobierno en materia pedagógica. Luego irá a La Argentina, al Brasil, Venezuela y El Ecuador. Volverá a mediados de otoño. Lo necesitamos... y además los alumnos lo echarán mucho de menos. ¿No es cierto, Bente?

—Sí, señor —dijo ella convencida.

La señora Frank interrumpió la conversación en aquel momento:

—Me parece que aumenta el ruido al otro lado de la puerta. Sin duda va a dar comienzo la fiesta...

—Sí, seguramente.

El director miró su reloj y dijo:

—Su habitación estará arriba, la primera puerta a la izquierda... Ordenaré que suban la maleta inmediatamente, señor Winther.

—Muchas gracias... Espero no estar abusando de su hospitalidad.

—De ninguna manera ¡Es un placer tenerle entre nosotros!... Y Bente estará encantada de tener a su padre cerca.

Puck sonrió divertida:

—¡Ya lo creo, así podré despertarle mañana temprano!

Se levantaron todos. El señor Winther tomó su cartera y dijo:

—Subiré al cuarto un momento. Supongo que no habrá peligro de que entren allí inoportunos.

—No hay temor alguno —respondió el director—. Allí su cartera estará tan segura como en la caja fuerte de un banco.

Si en aquel momento, el señor Frank hubiera echado una ojeada a la ventana, no hubiese estado tan seguro de lo que afirmaba, ya que dos ojos negros brillantes miraban al interior del salón. ¡Y no pertenecían a nadie del pensionado!



La gran sala del pensionado de Egeborg no había estado nunca tan bien decorada. El jardinero Piil y sus hábiles obreros habían puesto el corazón en su trabajo y el resultado era sorprendente. En un extremo de la pieza, un cartón pintado en azul decía: «¡Buen viaje “Frederik” y hasta pronto!».

Flemming, el autor de aquella obra maestra, se sentía muy orgulloso de ella.

Hileras larguísimas de bancos habían sido dispuestas para los

espectadores, y en primera fila había un asiento de honor para el señor Frederiksen. El gran piano de cola, perteneciente al director, había sido llevado a la sala y la señorita Fagerlund había aceptado encargarse de la música.

Los profesores y los alumnos afluían de todas partes entonces, y la sala se iba llenando. Se reía y se hablaba animadamente. La espera era casi febril. Se murmuraba que Alboroto, Cavador y Caoba darían una corrida... ¡y todo el mundo esperaba divertirse en grande!

Abajo, en los sótanos, los tres actores de la corrida efectuaban los últimos preparativos. Con la ayuda de un cordel y trapos de color marrón atados en las piernas de Alboroto y Cavador, simularían un toro bastante aceptable. ¡Lástima que la cornamenta fuera la perteneciente a una vaca lechera!

Mientras Caoba se vestía un tanto estrafalariamente de torero, Alboroto se secó el sudor de la frente.

—Uf... —dijo—. Jamás pensé que la organización de una fiesta fuera tan cansada...

—Yo tampoco —dijo Cavador, que, agotado, se instaló al lado de su amigo.

A las dos de la madrugada ambos habían finalizado la canción en honor de «Frederik»; luego habían adaptado las palabras a una música conocida y con la máquina multicopista de la escuela habían sacado doscientas copias.

—Cavador —dijo de pronto Alboroto—. Me estoy acordando de las palabras de Navio. ¿Crees que Puck y sus secuaces habrán preparado algo?

—¡Nada de nada!

—No estaré tranquilo hasta que la fiesta termine.

Caoba adoptó aires arrogantes:

—¿Qué tal estoy como torero?

—¡Estupendo! —exclamaron los dos—. No olvides el palo y el delantal rojo.

—¿Delantal? —dijo Caoba indignado—. ¿Esta seda roja labrada en Sevilla que va a animar al toro estupendamente?

Alboroto dijo:

—Llámalo como quieras, pero no lo olvides. Y ahora metámonos

dentro de la piel... O, no. De momento, dejémosla en el vestíbulo.

Tomaron pues la piel de vaca y el resto del equipo. Según los planes, deberían empezar la función al cabo de un cuarto de hora. Por el momento, otros alumnos, dirigidos por Svend, ejecutaban algunos números.

Cuando los tres actores abrieron la puerta del vestíbulo, chocaron casi con un hombre esbelto, moreno, de pelo brillante. De momento pareció sorprendido, después se paró y sonrió amablemente. Puck pasó en aquel momento, miró al desconocido y dijo a los muchachos:

—¡Buena suerte con la corrida!

Después subió rápidamente al primer piso. El desconocido, por su parte, desapareció al otro extremo del corredor. Alboroto se rascó detrás de la oreja.

—¿Quién será ese tipo?

—¿No lo adivinas? —preguntó Cavadore.

—No...

—Sin duda forma parte de la sorpresa que nos prepara Puck. Tenía todo el aire de un auténtico torero. Y Puck le ha sonreído al verle.

Puck volvió a bajar descendiendo los peldaños de cuatro en cuatro. Llevaba chocolate y se lo mostró sonriendo:

—¡Es preciso alimentarse bien... cuando se prepara una corrida!

Alboroto quiso decir algo, pero Cavadore le apretó el brazo, y dos segundos después Puck había desaparecido. Fue a sentarse en el mismo banco de sus amigas, a quienes dijo en voz baja:

—Creo, amigas mías, que Alboroto y Cavadore han contratado a un auténtico torero...

—¿Cómo? ¿Un torero?

—Acabo de verle en el corredor, donde estaba conspirando con ellos... ¡Tomad, chocolate!

Acompañadas por la señorita Fagerlund, Else, Joan y Harriet cantaron una canción que fue generosamente aplaudida.

—Señoras y señores, queridos amigos... Llegamos ahora al punto culminante de la fiesta... Al acontecimiento que todos aguardábamos...

Un silencio profundo reinó en la sala, y el gordo presentador

prosiguió:

—Tal vez desconocemos muchas de las costumbres y usos de los países sudamericanos, pero nuestros queridos Alboroto, Cavador y Caoba lo han estudiado a fondo, sin duda, ya que van a ofrecerles una corrida como no se ha visto nunca...

Se volvió hacia la señorita Fagerlund y le dijo:

—Querida señorita, ¿podría usted proporcionarnos una música adecuada?

El público aplaudió y la señorita Fagerlund puso todas sus energías y corazón en la tarea solicitada. En aquel instante se abrió la puerta, y Caoba con su disfraz, entró majestuosamente y saludó quitándose el sombrero negro. En su mano izquierda llevaba un bastón y la tela roja. Los aplausos crepitaron, pero se acentuaron aún más a la vista del «toro» más sensacional que habían visto nunca. Los alumnos más pequeños reían hasta desternillarse. El director se volvió al señor Winther:

—¡Esos chicos son de miedo! Sin duda asistiremos a una representación de grandes vuelos...

Y no se equivocaba.

Caoba se detuvo delante de la silla del señor Frederiksen y le saludó tan profundamente que su sombrero negro barrió el suelo. Iba a comenzar un discurso cuando el toro le tocó por detrás, con uno de sus cuernos.

—Vamos, vamos, cálmate...

El público gritó de alegría, y Caoba volvió a inclinarse ante el homenajeador. Pero apenas tuvo tiempo de decir:

—Noble señor, por lo general acostumbro a matar al toro en honor de la más linda dama presente, pero esta vez...

En aquel momento el toro levantó una pata y dio un fuerte puntapié al «posterior» del torero. Éste gritó y cayó en brazos de «Frederik», mientras el toro, con aire satisfecho, galopaba cómicamente hacia el centro del estrado.



Caoba se acercó al toro y le golpeó entre los cuernos, diciendo severamente:

—¡Compórtate bien!

Y entonces comenzó el verdadero espectáculo, en el transcurso del cual toro y torero realizaron la corrida más graciosa que imaginarse pueda. Una vez el toro embistió el trapo rojo de Caoba, pero el torero le gritó, enojado:

—¡Deja en paz mi delantal!

Joergen gritó:

—¡Eh, torero! ¿Dónde está tu espada?

Caoba no se dejó impresionar, sino que se volvió a Joergen y le dijo dignamente:

—¡Yo mato los toros con mis propias manos!

Súbitamente la parte posterior del toro botó en el aire y un estornudo ahogado salió de la piel de vaca. Dos segundos después ocurrió lo mismo con la parte delantera.

El público reía a mandíbula batiente.

Caoba se quedó petrificado. ¿Qué les ocurría a Cavador y Alboroto? Aquello no estaba previsto en el programa.

Inger se volvió hacia Puck:

—Me parece, Puck, que estoy sospechando algo...

—¿De veras? —exclamó Puck, riendo—. ¿Qué sospechas, Inger?

—Que tú tienes algo que ver en esto. ¿Qué les has puesto?

—Pimienta en polvo... He frotado el interior de la piel con pimienta —dijo Puck, riendo.

—¿Y cómo se te ha ocurrido esa idea?

—Fue en la pastelería de Bose, cuando él nos dijo que con el calor las especias producían más efecto, ¿recuerdas?

Puck se interrumpió de pronto, repentinamente pálida.

—Ah, Inger... ¡Tengo un presentimiento terrible!

—¿Qué ocurre? —preguntó extrañada su amiga.

Puck no perdió el tiempo ni en responderle. Se levantó y salió disparada como una flecha.

La muchachita se abrió camino entre los bancos y sillas y fue al encuentro de su padre.

—Oh, papá... Es preciso que vengas inmediatamente.

Su padre la miró asombrado:

—¿Qué te ocurre, Bente?

Ella le tiró de la manga.

—Date prisa, papá, corre... Sígueme...

A pesar de la animación reinante, el director se dio cuenta de la escena entre padre e hija, se inclinó adelante y preguntó:

—¿Qué sucede, Bente?

Puck respondió, tartamudeando nerviosamente:

—Lo explicaré luego... Pero es preciso que papá venga conmigo, ¡rápido!

El señor Winther comprendió que se trataba de algo grave, se levantó y siguió a su hijita fuera de la sala. En el vestíbulo, ella le dijo:

—Tal vez estoy loca, papá, pero creo que debes ir a tu cuarto a ver si tu cartera está allí todavía...

—¿Mi cartera? —exclamó el padre, asustado—. ¿Por qué crees que no está?

—Vayamos a verlo, rápido...

Subieron la escalera de cuatro en cuatro. Puck abrió la puerta y

preguntó:

—¿Habías cerrado con llave al salir?

—Sí, desde luego... Y tengo la llave en el bolsillo.

—Ah, es espantoso... Mira si la cartera está en su sitio...

El ingeniero se precipitó a la estantería donde la había colocado y suspiró con alivio.

—Sí, aquí está, Bente.

—¿Estás seguro?

—Sí, claro, mírala —exclamó el padre riendo.

Puck la tomó y abrió, dando un grito. ¡Estaba vacía!

El padre palideció y, durante unos segundos, fue incapaz de pronunciar palabra.

Puck le dijo:

—Espérame aquí, papá, vuelvo en seguida.

Bajó la escalera como una exhalación y salió al jardín. Miró a derecha e izquierda pero no vio a nadie. Los alumnos y el personal estaban en la fiesta.

En un banco del jardín, los dos ayudantes del señor Piil estaban hablando y fumando en pipa. Puck se les acercó y dijo:

—¿No habrán visto a un señor desconocido pasar por aquí?

—¿Desconocido?

—Sí, alguien que salía de la escuela... Un señor moreno y delgado...

—Sí —dijo uno de ellos—. Yo le he visto pasar hará cosa de unos veinte minutos. Parecía tener prisa. Iba en dirección a Oesterby...

—Muchas gracias.

A su regreso, halló a su padre en el vestíbulo y le dijo, casi sin aliento:

—Papá, tus documentos han volado y yo puedo describirte al ladrón.

—Habla, hija mía —dijo el señor Winther, aturdido.

Puck describió con detalle al desconocido visto en el vestíbulo junto a Alboroto, Caoba y Cavadador.

—¿Le conoces, papá? —preguntó con impaciencia.

El ingeniero permaneció unos segundos perplejo. Después un pensamiento acudió a su mente. ¡El danés chileno del avión! La

descripción de Bente coincidía...

—Creo que sí, Bente...

Puck le cortó la palabra:

—Debemos actuar con rapidez, papá. No podemos perder un minuto. Si nos lanzamos tras su pista, tal vez podamos atraparlo...

—Sí, sí, claro...

Puck se precipitó a la sala, donde el entusiasmo parecía haberse calmado un tanto. Alboroto y Cavadore se habían quitado la piel de vaca, con los ojos llenos de lágrimas a fuerza de estornudar. Pero Puck no podía ocuparse de ellos en aquel momento. Les preguntó:

—Alboroto, ¿conocíais vosotros al señor delgado y moreno con quien hablasteis en el vestíbulo hace un rato?

—No. Nosotros suponíamos que le conocías tú...

—¡Era un ladrón, Alboroto! Ha robado los documentos de mi padre... Y con toda seguridad tomará el tren de las 19,28 horas en Oesterby...

Alboroto tenía reflejos rápidos y pronto tuvo una idea.

—¿Un ladrón? —exclamó con entusiasmo—. Es formidable, Puck... Hay que detenerle... —Miró su reloj y prosiguió:

—No podemos perder un instante. Vamos... sí, a las 19,28 hay un tren de mercancías... Creo que llegaremos a tiempo si partimos ahora mismo...

Muchos curiosos se habían agrupado en torno a Puck y los chicos. El director avanzó hacia ellos y dijo:

—¿Qué es lo que está ocurriendo?

Alboroto se excusó:

—Disculpe, señor director, pero ahora no tenemos tiempo de contárselo con detalle...

Le dio una breve explicación de su idea y el señor Frank la aprobó. Entonces Alboroto se puso las manos en la boca a modo de bocina y dijo:

—Amigos, han robado unos documentos valiosos al padre de Puck y el ladrón se va en el tren de las 19,28 horas... Hay que detenerle... Vamos...

Los chicos mayores gritaron de alegría... Aquella situación les encantaba. Y todos se precipitaron a sus bicicletas. Alboroto estaba ya en la puerta cuando retrocedió para recoger el trapo rojo que

Caoba había dejado caer al suelo.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó Cavador, mientras ambos corrían hacia la salida.

—Lo necesitaremos sin duda —respondió Alboroto.

Poco después una larga hilera de bicicletas franqueaba la puerta cochera, con Alboroto y Cavador en cabeza. Pero inmediatamente tuvieron a Puck a su lado.

—¿Llegaremos a tiempo? —preguntó ella angustiada.

—Sólo si el tren ha salido con retraso —dijo Alboroto—. Pero eso sucede a menudo...

—Y si no, ¿qué haremos?

Sin responder a la pregunta, Alboroto estiró el cuello hacia delante y dijo:

—¡Mira el humo! El tren está a punto de entrar en la estación... La batalla no está perdida todavía. Si llegamos cuando el tren no está en marcha, subiremos en tropel a detener al ladrón...

—Pero ¿y si está en marcha?

—Entonces, dejaréis todos las bicicletas y os pondréis en la vía...

Alboroto apretó las mandíbulas y miró a Puck decidido:

—No tienes más que dejar actuar a tus buenos amigos Alboroto y Cavador, hermanita... Tú y Caoba, que conocéis al hombre, debéis ir en cabeza...

Los ciclistas llegaban ya a las primeras casas de Oesterby, y en el grupo iban también las tres restantes chiquillas del «Trébol de Cuatro Hojas», deseosas de ayudar al saber que el padre de Puck estaba en dificultades.

—¡Escuchad, el tren ha silbado! —exclamó Cavador.

En el primer cruce del pueblo, vieron el tren pasar lentamente por un paso a nivel.

—Haz ahora lo que te he dicho, Puck... —dijo Alboroto vivamente—. Y tú, Cavador, sígueme.

—O. K.

Los dos muchachos giraron a la izquierda para ir a tomar el camino que conducía a la Granja del Este, por donde la vía y la carretera corrían paralelamente.

—¡Rápido, Cavador! —gritaba Alboroto, que pedaleaba como un alocado.

—¡Ya estamos a la altura del tren! —gritó su amigo.

—Sí, pero debemos adelantarlo...

El tren de vapor tardaba bastante en adquirir velocidad, de modo que los dos amigos consiguieron adelantarlo unos cien metros. Entonces Alboroto saltó de la bicicleta y se precipitó hacia la vía agitando el trapo colorado. ¡Bien...! Ya era tiempo...

—¡Detengan el tren! —gritaba el animoso muchacho, agitando sin cesar el trapo.

La locomotora hacía un ruido infernal y parecía ir tomando velocidad. Era imposible que el maquinista oyera los gritos del muchacho, quien ya estaba a punto de perder toda esperanza, cuando vio al conductor asomar la rubicunda cabeza por la ventanilla.

Alboroto agitó el trapo con más energía aún. El maquinista levantó la mano con un gesto que el muchacho no entendió. ¿Tal vez no le había entendido y simplemente le saludaba?

Un crujido estruendoso retumbó en los oídos de Alboroto y el tren fue deteniéndose.



—¡Hurraaa! —gritó el muchacho—. Se detiene...

Se precipitó hacia la locomotora, seguido por Cavadór.

El conductor bajó y preguntó severamente:

—¿Se puede saber por qué detenéis el tren, chicos?

Alboroto, casi sin aliento, le contestó:

—Perdóneme, señor, pero... hay un ladrón en el tren... y necesitamos decirle cuatro palabras...

—¿Un ladrón? —repitió el conductor, más enojado cada vez—.

Esto os costará caro...

—No se trata de ninguna broma, señor, se lo aseguro —dijo Alboroto—. ¡Mire usted a toda la pandilla que le persigue!

Y mostró a la muchedumbre ruidosa que, con Puck a la cabeza, perseguía al ladrón.

El pobre hombre se levantó la gorra y se secó la frente. Después dijo, titubeante:

—¿No estaréis acaso todos locos de atar? Pasearse así por la vía, sin permiso, cuesta una multa de doscientas coronas...

Alboroto sonrió:

—Pues será una buena suma para la compañía, si todos mis compañeros deben pagarla...

—Mira —gritó entonces Cavador—. ¡Un hombre huye campo a traviesa!

Era el misterioso hombre del pensionado. Ligero como una gacela, se dirigía corriendo hacia La Granja del Este.

—¡Es él! —gritó Alboroto.

—¡Atrapémosle!

Y ambos salieron disparados.

—¡Eh! —gritó el conductor—. Exijo una explicación...

Pero Alboroto, sin hacerle caso, gritó:

—Puck, y todos vosotros... ¡Ya le tenemos! No hay más que seguirle...

Pero el hombre les llevaba una buena ventaja, y continuaba su huida desesperada por los ondulantes campos de trigo.

—Se dirige a la Granja. Sin duda quiere ocultarse allí —gritó Cavador.

—Peor para él —repuso Alboroto—. ¿Te apuestas algo a que le atrapamos?

—¡Una corona!

—De acuerdo...

Y los dos amigos corrieron más rápidamente todavía.

V



Los amigos se detuvieron casi sin respiración delante del jardín de la Granja del Este, y Cavador dijo, desencantado:

—¡Ha desaparecido!

—¿Cómo? ¿Y esto te alegra?

—Claro... Así ganaré la apuesta.

Conociendo a su amigo, Alboroto no pudo menos que sonreír.

—No has ganado todavía. Cavador... Con seguridad el hombre está escondido por aquí. Empieza a buscar mientras yo espero a los otros.

—O. K.

Cavador desapareció, y unos minutos más tarde los muchachos mayores, seguidos de Puck y Karen, llegaron a donde estaba Alboroto. Y toda la pandilla no tardó en estar reunida. Alboroto explicó:

—El individuo está oculto en alguna parte de la finca, y fácilmente le rodearemos. Dispersaos y, si veis algo sospechoso, gritáis lo más fuerte posible...

Se volvió hacía Puck.

—Tú conoces al propietario de la Granja, Puck. Así que haríamos bien en ir los dos a explicarle la razón de nuestra presencia.

—Soy de tu misma opinión —dijo Puck.

Mientras sus compañeros se apresuraban a rodear la finca, Puck y Alboroto se encaminaron hacia la entrada principal.

El señor Holm les acogió con gran sorpresa y su asombro fue mayúsculo al enterarse de toda la historia. Finalmente su rostro se iluminó con una gran sonrisa y declaró:

—¡Por fortuna, habéis actuado rápidamente, hijos míos! Así que toda la propiedad está rodeada, ¿eh?

—Sí...

El señor Holm aprobó con la cabeza.

—En tal caso, le atraparemos, no cabe duda. A partir de ahora, yo dirigiré la búsqueda... Pero antes debemos poner algo en claro.

Tocó el timbre y apareció una joven criada.

—¿El señor ha llamado?

—Sí, Clara. Tenemos a una treintena de alumnos del pensionado de Egeborg aquí, de visita. Están rodeando el edificio. Ayudada por Sofía y Else, servid limonada fresca a todos, sin saltarse uno.

Cuando Clara desapareció, el señor Holm dijo sonriendo:

—Y también os cuento a vosotros dos. Servíos de aquella bandeja que hay allí, os lo ruego... Después os haré servir limonada... Esperad, mientras voy a dar órdenes a mi personal...

—Sí, pero... —comenzó Alboroto.

El señor Holm le detuvo con un gesto.

—No, amigo mío, tú permanece aquí tranquilo... con Bente. ¡No tardaremos mucho en atrapar al ladrón!

El propietario rural salió sonriendo. Alboroto suspiró:

—¿Por qué diablos nos obliga permanecer aquí, cruzados de brazos? ¿Lo comprendes, Puck?

—Sí, creo que sí —respondió Puck con una sonrisa—. Es por mi culpa que el señor Holm está inquieto.

—¿Por qué?

—Debe pensar que el ladrón es una persona peligrosa y ha querido que tú te quedaras a mi lado, protegiéndome.

Alboroto volvió a suspirar y tomó un ramo de uvas de la bien provista bandeja.

—¡Qué enojosos se hacen los asuntos cuando hay mujeres de por medio!

—Sí —reconoció Puck, sirviéndose una pera—. Y esto sucede a menudo, querido Alboroto. ¿Cómo van tus ojos?

—¿Mis ojos?

—Me pareció ver que tú y Cavador llorabais como Magdalenas al salir de la piel de vaca...

Alboroto sonrió:

—Es algo incomprensible, Puck. En el cuero debía de haber algún producto que nos hacía estornudar. Esto lo ha estropeado todo.

—¿Todo? —preguntó Puck, cándidamente.

—Queríamos gastarles una broma a «Frederik». Habíamos pintado el hocico del toro de rojo y queríamos estampar un fuerte beso en la mejilla del «profe», como despedida.

Alboroto se detuvo súbitamente y miró a Puck con aire inquieto:

—Dime, amiguita... ¿Tú y tus geniales amigas del «Trébol de Cuatro Hojas» no tendréis por casualidad algo que ver con nuestros estornudos y lágrimas?

Puck iba a responder cuando una joven sirvienta entró con limonadas y pastelillos.

Alboroto contempló la bandeja y, cuando la criada se hubo ido de nuevo, dijo:

—Se tiene verdaderamente hambre después de una carrera en bicicleta...

Bebió limonada y se sirvió pasteles. Pero un minuto después empezó a deambular por la estancia como fiera enjaulada.

—¿Qué te ocurre ahora? —preguntó Puck.

Alboroto se detuvo frente a ella con aire entristecido.

—¡Ya no puedo más, Puck!

—¿Más de qué, querido Alboroto?

—De permanecer inactivo. ¿No podía salir de aquí y tomar parte en la persecución?

—Recuerda que debes cuidar de mí...

—Bah... Puedes cuidarte solita —dijo Alboroto—. ¿Te importaría que me fuera?

—Acepto, con una condición —dijo Puck—. Te doy mi permiso para irte de aquí, si tú me... perdonas por «algo».

—O. K. —respondió Alboroto—. No me importa de qué se trata... ¡te perdono!

—¡Buena suerte!

—¿Y tú no te irás de este salón?

—No...

—¿Prometido?

—¡Prometido!

—Eres formidable, Puck... Hasta luego.

—Hasta luego...

Alboroto franqueó la puerta como un cohete y estuvo a punto de caerse por los peldaños de la entrada que daba a la explanada. Rodeó el muro y, en una esquina de la casa, chocó con Cavador.

—¡Hola, Alboroto! —gritó su amigo, muy contento—. Puol me está reemplazando en la carretera, y yo te buscaba desesperadamente...

—¿Habéis encontrado el rastro del ladrón?

—Un obrero de la granja cree haber visto a un hombre deslizarse al interior del granero. El señor Holm y todo su personal lo están buscando allí.

—¡Formidable! Precipitémonos a su encuentro para echarles una mano...

El granero de la Granja del Este era impresionante, de setenta metros de largo poco más o menos y más alto que una casa de dos pisos. Como la recolección no había comenzado todavía, sólo una parte estaba llena de heno. Pero de todos modos localizar al ladrón era ardua tarea. Había múltiples escondites en el edificio.

El propietario dirigía a sus hombres como un general a sus tropas. Cuando vio a Alboroto le dijo severamente:

—Creí haber ordenado que tú y Bente permanecierais en el salón...

—Ella sigue allí —se apresuró a responder Alboroto—. Y me ha prometido no moverse.

El señor Holm pareció tranquilizado:

—Bien... No quiero que esa chiquilla se exponga a peligro alguno... Vosotros dos podéis ayudarnos a buscar al ladrón. ¿Sabéis trepar?

—Como monos —respondió Alboroto, que carecía de toda modestia.

—En tal caso, registrad los altillos...

Apenas los dos amigos habían comenzado a trepar cuando vieron agitarse el heno ante sus ojos. Sonó un grito de persona que se asfixia y alguien cayó en medio de una nube de polvo y heno.

—¡Ya tenemos al bandido! —gritó Alboroto con entusiasmo.

De todas partes acudieron hombres para atrapar al fugitivo. Éste apenas podía levantarse, pero adoptó en seguida una expresión de desafío. El dueño ordenó:

—Registrarle, amigos míos. ¡Lleva encima documentos muy importantes!

Furioso, el hombre protestó en su mal danés:

—¡No tengo documentos de ninguna clase!... No sé de qué hablan...

—¡Bobadas! —gritó Holm, bruscamente—. Registrarle...

De nada le sirvió al hombre protestar, ya que unos cuantos robustos mocetones empezaron a registrarle. Pero, en efecto, no llevaba nada encima.

—Debe haberlos ocultado en el heno —dijo Alboroto—. Ven, Cavador, tratemos de encontrarlos.

Pero quedaron decepcionados. A pesar de sus enérgicas búsquedas, los valiosos papeles no aparecieron. El desconocido reía con malicia, y el señor Holm, por un momento, pareció sentirse incómodo... El hombre, desde luego, había entrado en la propiedad sin permiso de nadie, pero, según la ley, aquello no era suficiente para arrestarle, ya que no le habían encontrado ninguna prueba

encima.

Entonces Alboroto se fijó en dos sólidas cuerdas que pendían de una columna maestra. A sus extremos había sendas argollas, y los niños del vecindario solían acudir a balancearse en ellas.

Alboroto rogó al señor Holm, llevándole aparte:

—Este bandido ha tenido que ocultarlos en alguna parte, señor Holm, y debemos «obligarle» a confesar.

—¿Obligarle? —repitió el señor Holm, inseguro—. No tenemos ningún derecho a ejercer sobre él violencia alguna...

—Pero sí tenemos derecho a asustarle un poco...

Y resueltamente, se acercó a la cuerda y el extranjero, al verla, se puso a gritar:

—¿Queréis colgarme? ¿Estáis locos? ¿Realmente queréis colgarme?

—No mereces otra cosa, canalla —exclamó Alboroto—. Metedle en el columpio, amigos.

El extranjero aulló como una fiera a quien estuvieran degollando, cuando se sintió levantado del suelo por sólidos brazos y cada una de sus piernas que pasaba por una argolla. Alboroto le preguntó amablemente:



—Bien, ¿dónde están los papeles?

—No sé de qué papeles me hablas —respondió el ladrón, con las

manos crispadas en las cuerdas.

Todo el mundo le rodeó haciendo coro y riéndose de él. Al cabo de unos minutos, el hombre no pudo más y declaró:

—Está bien, les diré dónde los he escondido.

Era un ladrón muy deprimido y dócil el que les mostró el lugar donde había ocultado los documentos robados. Un oscuro rincón del granero.

El señor Holm dio a Alboroto un golpecito amistoso en un hombro.

—¡Asunto resuelto, muchacho! Os doy las gracias a todos, hijos... Ahora debemos dejar que la policía se ocupe de lo demás.

—Voy a decírselo a Puck —dijo Alboroto—. Estará muerta de impaciencia.

Y desapareció al galope.

En efecto, Puck esperaba con impaciencia, ya que su primera pregunta fue:

—¿Habéis atrapado al ladrón?

—Sí, hijita mía, sí.

—¿Y los papeles?

—También...

Puck dio un salto y depositó un sonoro beso en la mejilla de Alboroto. Le dijo:

—Ah, Alboroto, eres un granuja de primer orden, como no hay otro en toda la faz de la tierra.

Completamente emocionado, Alboroto enrojeció como una amapola.

—Calma, calma, hermanita... Te embalas demasiado. Sería mejor que me pasaras un premio en efectivo.

—Lo tendrás en cuanto lleguemos al pensionado.

—¡Formidable! Servirá para celebrarlo en la pastelería de Bose.



En aquel momento, llegaron el señor Holm y Cavador. El propietario telefoneó a la policía de Sundkoebing y dijo luego:

—Bien... Todo ha concluido. ¿Qué haréis ahora?

Alboroto titubeó un poco.

—La fiesta de despedida a «Frederik» ha sido bruscamente interrumpida... Tal vez si volvemos al pensionado, podremos continuarla...

—Oh, no... —dijo el señor Holm—. Lo que haremos es continuarla aquí. Dejad que yo me ocupe de esto.

¡Y sabía ocuparse bien, desde luego! Reunió a todos los jóvenes en el jardín; después telefoneó al director Frank y le contó lo sucedido. Convinieron que el director, su esposa y los demás profesores, así como los alumnos que se habían quedado en la escuela, acudirían a la Granja para proseguir la fiesta.

En medio de aquel bullicio, apareció la señora Holm que regresaba de Sundkoebing, de compras. De momento no comprendió nada de lo que estaba viendo. Pero su marido la puso al corriente de lo sucedido y tuvo una particular acogida amable para Puck quien, en cierta ocasión, la había ayudado a recuperar una joya muy valiosa. El jardín parecía un hormiguero, y la atmósfera que era extraordinariamente alegre se animó aún más cuando se sirvieron pasteles y refrescos.

Alboroto se llevó aparte a Cavador y murmuró:

—Después de todo ha sido una lástima...

Cavador le miró con asombro.

—¿Una lástima?

—El que no hayamos podido besar a «Frederik» ni cantarle nuestra soberbia canción...

—¿No podemos guardarla para otra ocasión?

—¡Cómo si cada día se fueran profesores a América del Sur!

Alboroto tendió la mano:

—Ah, es cierto... Devuélveme el dinero.

—¿Qué dinero?

—Hemos atrapado al ladrón, por lo tanto has perdido.

Y Puck me debe también varias coronas, por lo tanto podré pagaros una ronda de helados en la pastelería de Bose.

Se golpeó la frente:

—Oh, cielos... ¿Qué pasará con todas las cosas que habíamos comprado?

—Los que se han quedado tienen suficiente apetito para habérselo comido todo —respondió tristemente Cavadador—. En realidad nuestra fiesta ha sido un fracaso, y me pregunto si Puck no ha tenido parte en ello.

—¿Puck? —exclamó Alboroto, pensativo—. Sí, puedes tener la seguridad de que ella es la culpable. Pero la he perdonado.

—¿Por qué?

—Pues... Hemos hecho un trato.

—Vaya... Pero ¿y yo qué? No he hecho trato alguno.

Alboroto reflexionó unos instantes.

—Oye —dijo al cabo, sonriendo—. Yo le he dado la absolución a Puck por esta vez..., pero no hemos hablado de la duración de este perdón.

—¡Bravo!

—¡Como ves, querido amigo, todo se andará con el tiempo! Claro que las vacaciones se acercan... y será mucho esperar al próximo curso para devolverle la pelota... Pero así tendremos tiempo para planearlo bien.

—¡Sensacional! ¡Alboroto, eres un genio!

Alboroto aprobó con dignidad:

—Ya lo sé, querido Cavadador... No lo dudes jamás, y por si alguna vez lo dudas ya te lo iré repitiendo con frecuencia.

Cuando el ingeniero Winther llegó a la Granja, Puck se le echó literalmente al cuello, para contarle el palpitante relato de la detención del tren y la captura del ladrón. Lo que más le impresionó fue precisamente el procedimiento usado por Alboroto para

recuperar los documentos. Pero no se sintió tranquilo hasta que los tuvo de nuevo en su poder.

El señor Holm se acercó al director Frank y le dijo:

—Espero que no le enoje, pero he mandado venir a una orquestina de Oesterby para que esa gente joven pueda bailar un poco.

—¡Hum! —murmuró el director—. Dentro de una hora todo el mundo debería estar acostado en el pensionado.

—Sí, lo sé, pero mañana es domingo y los chicos merecen una recompensa. Por una vez puede infringirse el reglamento. Nosotros, los «viejos», tomaremos café y coñac.

Cuando los alumnos se enteraron de la noticia dieron gritos de júbilo. ¡Qué despedida más fantástica para «Frederik»!

VI



Aquella noche en la Granja del Este sería memorable. Jamás una cincuentena de chicos y chicas se habían divertido tanto. Los tres músicos del pueblo les parecieron superiores a la orquesta de jazz más costosa de Copenhague...

¡Y los pasteles, bombones y refrescos parecían ser inagotables!

Cavador, agotado, se reclinó en su asiento y Alboroto le preguntó:

—Bien, querido amigo, ¿quieres tal vez más limonada?

Cavador gimió:

—Si pronuncias una vez más la palabra limonada te ahogo... Y no me hables tampoco de pasteles, chocolate, manzanas, peras, naranjas o uvas...

Puck se les acercó diciendo:

—¿Estáis cansados, amigos?

—Un poco —reconoció Alboroto.

—Sin embargo, no habéis bailado aún...

—Somos menos fuertes bailando que pedaleando en la bicicleta...

—De todos modos, ¿quieres bailar, Alboroto?

—¿Lo deseas mucho?

—Pues, no.

—En tal caso, permaneceré sentado.

—¿Y tú, Cavador?

—¿Puedo tomar la misma decisión que Alboroto?

—Naturalmente.

—Entonces permaneceré sentado como él.

Puck rió y se instaló a su lado.

—¡Vaya un par de caballeros andantes me he buscado! Cuando una dama quiere bailar, los hombres se han de apresurar a complacerla.

—Sin duda tienes razón, pequeña Puck —dijo Alboroto—. Pero, en las dos últimas noches, Cavador y yo apenas hemos pegado ojo. Y todo por una canción que no hemos llegado a cantar.

—Tengo una idea —dijo Puck—. Imprimiremos la canción en el próximo número de «La Hoja de Encina» y se la enviaremos a «Frederik» a Valparaíso.

—¡Genial, Puck! —gritó Alboroto, animado—. ¿No te parece, Cavador?

—Fenomenalmente genial... Pero, por otro lado...

—¿Qué?

—Pues que, cuando yo te he apostado una corona era por la canción cantada, no impresa...

—Yo no podía prever que surgiría un ladrón en la fiesta... ¡No estaba en el programa!

Puck intervino amablemente:

—¡Basta, amigos! Papá me ha prometido darme dinero para mis

gastitos..., de modo que no hay por qué inquietarse por pagar lo de la pastelería de Bose.

En aquel momento, el director, en medio del jardín, dio unas palmadas para obtener silencio.

Puck dijo:

—Chicos, preparémonos para irnos... Es tarde ya...

Cuando los coches abandonaron la Granja del Este, iban tan llenos de pasajeros que algunos debieron permanecer de pie. Por fortuna el pensionado de Egeborg estaba cerca.

Al día siguiente, el ingeniero Winther se levantó temprano y las chiquillas del «Trébol de Cuatro Hojas» le imitaron. ¡Puck, en sus prisas por reunirse con su padre, las había despertado a todas!

—¡Eh! ¿No sabes que es domingo y podemos dormir hasta las diez?

—A papá le gustaría veros, ya que ayer, con todo el bullicio, apenas pudo hablaros —explicó Puck—. Además tiene un regalito para vosotras.

—¡Oh! —exclamó Navio—. ¡Qué amable es tu padre!

Inger ya estaba de pie y hacía ejercicios respiratorios ante la ventana abierta.

Karen no tardó en imitarla.

Media hora después, ninguna lamentaba haber despertado tan pronto, ya que los regalos del señor Winther las entusiasmaron. ¡Tuvieron un par de zapatillas y un collar cada una!

—Estoy contento de que Bente comparta con vosotras la habitación. ¡Me ha hablado tanto de vosotras en sus cartas!

Cuando estuvieron solas, Navio dijo:

—Tu padre es tan maravilloso, Puck, que si yo tuviera diez años más le pediría que se casara conmigo.

—¡No! —rió Puck—. Sería horrible el tenerte por madrastra...

El ingeniero, además, quiso testimoniar su agradecimiento entregando quinientas coronas al Fondo de Reserva, y Alboroto y Cavador recibieron doscientas coronas cada uno.

Media hora más tarde, Puck y su padre se dirigían a casa del veterinario Moeller, en Sundkoebing, en un coche de alquiler. Tuvieron que pasar antes por la policía para hacer unas declaraciones con respecto al ladrón. Allí el ingeniero se enteró, como suponía, de que el ladrón había sido enviado por un competidor chileno. El hombre conocido en el avión le había seguido hasta Egeborg y esperado la ocasión de apoderarse de los documentos.

Cuando el comisario hubo terminado su relato, el señor Winther dijo:

—Tengo algo que pedirle, señor. Los alumnos están un poco inquietos por temor a tener que pagar una multa por detener el tren... Sin duda usted podría hablar de eso con la compañía...

—Se lo prometo —contestó el policía riendo—. En mi opinión, esos chicos hicieron un trabajo excelente.



Se despidieron del policía y unos minutos después eran recibidos con los brazos abiertos por el veterinario Moeller y su esposa. Plet, el *cocker* de Puck, acogió a su amita con alegres ladridos. Saltaba y bailaba alrededor de la chiquilla con alegría delirante.

La señora Moeller había preparado una mesa suntuosa, pero Puck tenía poco apetito y obtuvo permiso para ir a jugar con Plet.

Mientras los dos hombres hablaban, Puck fue a ayudar a la

cocina con su tía Henny y estuvieron hablando animadamente. La esposa del veterinario suspiró:

—¡Ah, qué triste es la suerte de las mujeres...! Ya ves, mientras los hombres fuman y hablan, nosotras en la cocina...

—No estarás hablando en serio, ¿verdad, tía Henny?

—Claro que no, Bente, hijita... Para un ama de casa concienzuda, las tareas domésticas son un auténtico placer.

Puck sonrió entonces y se alejó corriendo hacia el jardín, de nuevo con Plet.

Al día siguiente, Puck estuvo levantada a las seis, pero aquella vez procuró no hacer ruido para no despertar a sus amigas. Una hora más tarde, su querido papaíta estaría de nuevo ausente, ¡y ella no volvería a verle hasta seis meses después!

Acabado su arreglo personal, salió silenciosamente de la habitación y bajó la escalera. El director la había invitado a tomar el desayuno, con su padre, antes de irse. Las personas mayores estaban ya en la mesa cuando Puck entró y saludó con educación.

Besó a su padre, y la señora Frank le preguntó:

—¿Estás bien despierta, Bente? —Y comprendiendo la tristeza de Puck, añadió—: Vamos, seamos alegres, Puck... Navidad no está tan lejos...

Puck levantó la cabeza y trató de sonreír...

El director y su esposa se apartaron discretamente cuando, un cuarto de hora más tarde, Puck se despidió de su padre. Después descendieron juntos hasta la entrada donde aguardaba un coche, y allí hallaron a dos chicos esperándoles. Alboroto y Cavador. El señor Frank dijo, bromeando:

—Vaya... Estáis madrugadores esta mañana...

—Quisiéramos... Ejem... Quisiéramos agradecer al señor Winther...

Éste les interrumpió:

—No hablemos de ello, amiguitos... Soy yo quien os debe agradecimiento. ¡Usad el dinero sensatamente en vuestro viaje a

Inglaterra!

Puck estuvo haciendo signos de adiós hasta que el coche se perdió de vista. Después se pasó la mano por los ojos y quiso dirigirse hacia la escalera. El director y su esposa habían desaparecido, pero los dos muchachos estaban allí.

—Hola, Puck —dijo Alboroto.

—Hola, Alboroto.

—Ejem... Puck, dime, ¿hay algo que nosotros podamos hacer?

—Sí... Dejarme tranquila por... cinco minutos.

—¡Concedido!

—Gracias...



Puck lloró un poquito mientras los dos muchachos daban un paseo antes de los oficios religiosos.

Mientras tanto el señor Winther, camino de Copenhague, suspiraba pensando en su hijita. Egeborg era un pensionado espléndido donde todo el mundo era feliz..., pero de todos modos debía de ser duro para una chiquilla estar separada así de su familia. ¡Y ahora no volverían a verse hasta Navidad!

Volvió a suspirar al entrar en las calles de Copenhague.

Fue acogido con gran cordialidad por la dirección de la empresa para la cual trabajaba. El jefe supremo, director general Screiber, estaba presente en el elegante despacho, así como los sub-directores Hansen y Wilser, y el ingeniero en jefe Bang.

Winther les expuso brevemente el estado de las obras de Valparaíso, y a continuación el director tomó la palabra:

—Ante todo, quiero decirle, señor Winther, que hemos apreciado enormemente su forma de dirigir las obras de Valparaíso. Se ha ganado un mes del plazo previsto, lo que es mucho en un sólo

año. Estamos casi convencidos de que las autoridades de Valparaíso nos confiaran otros trabajos.

Prosiguió sonriendo:

—¡Sabemos que nuestros competidores estarían dispuestos a cualquier cosa para obtenerlos! Hemos sido informados del ladrón que viajó en el avión con usted, y de lo demás.

Winther repuso:

—Precisamente iba a informarles de este pequeño incidente, y estoy sorprendido, señor, de que usted esté ya al corriente.

—Hablaremos de esto más adelante. Por el momento, estudiaremos los documentos que nos ha traído.

Durante tres largas horas estuvieron absortos trabajando en el despacho de la dirección. Planos y dibujos fueron sometidos a toda clase de cálculos y consideraciones.

Al cabo, el director, un señor ya de edad, se reclinó fatigado en el sillón y dijo:

—Según nuestro contrato, Winther, usted debía permanecer en Valparaíso sólo para este trabajo y luego regresar a Dinamarca. Sin embargo, si nos decidimos a someter a las autoridades chilenas estos planos, ¿podría pedirle en nombre de la empresa que permaneciera en Valparaíso aún unos cuantos años más?

Winther se sintió honrado por la confianza depositada en él, pero, al mismo tiempo, su corazón se angustió. ¡Si aceptaba, debería estar tres o cuatro años más separado de su hijita!

—Dispone usted de tiempo para reflexionar, claro. Por ahora lo importante es hacer llegar estos documentos a las autoridades chilenas. Supongo que tiene usted reservada plaza en el avión de esta noche, señor Winther.

—Sí, desde luego —repuso el ingeniero, sin mucha alegría.

—Claro que, si alguien pudiera encargarse de llevar los documentos en su lugar —añadió el director, sonriendo—, tal vez a usted le gustaría tomarse ahora las seis semanas de vacaciones en lugar de hacerlo por Navidad... Y he pensado que quizás el profesor Frederiksen, del pensionado de Egeborg, que tiene que salir también esta noche...

—Pero ¿cómo sabe usted todo esto, señor director?

En aquel momento se abrió la puerta y apareció el señor Holm,

de la Granja del Este.

El asombro de Winther no tenía límites.

—¿Qué, Joergen, estás sorprendido? Pues será por poco tiempo. Has de saber que yo soy accionista de esta empresa y amigo personal del señor Screiber.

El propietario Holm puso una mano en el hombro de Winther y sonrió ampliamente.

—Ayer noche, después de nuestra pequeña fiesta, se me ocurrió sostener con él una larga conversación telefónica... Le conté lo del robo, y también lo triste que estaba Bente al ver cómo su padre tenía que irse de nuevo inmediatamente... Y bien, el resultado es que el señor Frederiksen ha aceptado el encargo de llevar él los documentos a Valparaíso y que tú podrás permanecer con nosotros durante seis semanas.

Pasada la sorpresa, el ingeniero dijo:

—¿Puedo telefonar a mi hija?

—Claro, tome el teléfono de mi despacho —dijo uno de los subdirectores.

Winther salió casi corriendo. El ingeniero en jefe Bang comentó entonces:

—Recuerdo ahora lo muy preocupado que estaba por separarse de su hijita, cuando se le encomendó lo de Chile.

Cuando el señor Winther regresó, sonriente, el señor Holm le preguntó:

—Bien, ¿qué ha dicho Bente?

—¡Está en las propias nubes de pura felicidad!

VII



Se acercaban las vacaciones y la animación, entre los alumnos del pensionado de Egeborg, crecía día a día.

Llegó a tener proporciones tales que la atención en las clases se resintió considerablemente. Pero aquello no era nada nuevo para los profesores, ya que cada año pasaba lo mismo al llegar aquellas fechas.

En el transcurso de las clases, los alumnos parecían trabajar afanosamente, desde luego, pero lo único que hacían era llenar los cuadernos de olas espumosas, de ninfas rientes bañándose en el mar

azul, de casitas de baño, de alegres grupos de muchachos jugando a pelota en una playa ancha y dorada...

La mayoría de los alumnos sabían desde hacía tiempo cómo pasarían las vacaciones. Alboroto y Cavador irían a Inglaterra... Annelise viajaría en coche con sus padres por la mayor parte de Europa, y había obtenido permiso para invitar a Lone... Caoba iría a Skagel para reunirse con su familia...; Flemming iría a Faone...; Svend a París, a casa de un tío riquísimo...; Georg tomaría parte en un viaje organizado al Tirol y a Italia del Norte. Casi todos, pues, tenían motivos para estar alegres.

Puck también sabía a qué atenerse respecto a sus vacaciones. Las pasaría con su padre, cosa que la volvía loca de felicidad. Por el momento, el señor Winther era huésped del veterinario Anders Moeller, en Sundkoebing; en cuanto finalizaran las clases, Puck iría a reunirse con él, y podría ver a diario a su querido perrito Plet. El señor Winther tenía además otros proyectos para el verano, pero Puck apenas se interesaba por ellos. A sus ojos, lo único que contaba era poder pasar varias semanas con su papaíto adorado, antes de que éste tuviera que regresar a América del Sur, donde permanecería hasta las Navidades...

Una de aquellas tardes, el «Trébol de Cuatro Hojas» se reunió en consejo y sólo se habló de un tema: las vacaciones. En cuanto a Puck, no había mucho que hablar. Inger, por su parte, pasaría las vacaciones con sus padres. Pero el problema estaba en Navio y Karen: sus proyectos para las vacaciones eran muy vagos.

El padre de Navio, capitán de la marina mercante, navegaba en aquellos momentos por las costas de Australia y Nueva Zelanda en su «Margrethe III». Su barco había sido adoptado por los alumnos del pensionado de Egeborg, lo que les proporcionaba recíprocas y grandes alegrías, no sólo cuando el navío atracaba en Copenhague, sino también por el hecho de que se carteaban continuamente alumnos y tripulación.

Navio dijo, un tanto triste:

—¡Ay! No puedo ir a reunirme con papá a Sidney, claro... sin embargo, sería maravilloso poder tenderme en una playa a dormirme al sol, junto a mi querido papaíto...

Puck la interrumpió:

—¡No digas barbaridades, Navio! No creo que pudieras dorarte al sol en este tiempo...

—¿Por qué? ¿Acaso no está haciendo un verano soberbio?

—Sí, aquí, en Dinamarca, sí. Pero no en Australia...

—¿Cómo lo sabes? ¿Tal vez has recibido un parte meteorológico?

—No es preciso. ¿Verdad, Inger?

—Desde luego que no —dijo Inger.

—Bien... En tal caso, ya me resulta menos doloroso no poder ir. Tendré que contentarme con pasar las vacaciones con mi tía Nelly o mi tío Charles, o cualquier otro miembro de la familia, a pesar de que ninguno de ellos es demasiado divertido, a decir verdad...

Durante aquella conversación, Karen había permanecido tumbada en su litera en silencio, con la mirada fija en el techo. Puck acabó por preguntarle:

—¿Qué te ocurre, Karen?

—No sé...

—Acaso tu madre... —empezó Puck, un tanto temerosa.

Pero Karen le cortó rápidamente la palabra.

—Sí, mi madre está ausente, Puck. En su última carta, que recibí hace más de un mes, se hallaba en Montecarlo y, según me decía, lo estaba pasando muy bien. Quizás ahora se encuentre en Egipto... o en Italia... o... sí, puede estar en cualquier parte...

La voz de Karen era tan dura, tan amarga, que Puck e Inger intercambiaron una rápida mirada. Ambas conocían bien aquella situación. Los padres de Karen vivían separados y, desde su separación, la madre viajaba constantemente. La jovencita no carecía de nada en lo referente a dinero y vestidos, pero no podía decirse lo mismo de afecto maternal.

Karen se levantó y permaneció sentada al borde de la cama. Rió un poco, pero en su risa no había alegría alguna.

—Mamá ha autorizado al señor Frank para que pueda sacar del banco el dinero necesario para mis vacaciones... ¡Seis semanas en un hotel de primera categoría o junto al mar! Ah, ¿habéis oído hablar de algo más alocado? ¡Sólo a mi madre podía habersele ocurrido enviar a su hija sola a un balneario!

—Entonces, ¿qué harás, Karen? —preguntó con dulzura Inger.

—Como nadie de mi familia me ha invitado, pasaré las vacaciones aquí, en el pensionado. Hay otros seis o siete alumnos en mi mismo caso, así que no nos moriremos de aburrimiento.

Puck reflexionó con rapidez. Sería muy triste para Karen aquello... Por muy agradable que resultara la vida en aquel colegio, debía de resultar duro, de todos modos, no salir de él durante las vacaciones. Si ella pudiera organizar algo para Navio y Karen... Pero ¿qué?

«Bien —pensó Puck—. Algo se me ocurrirá».

En la esperanza de alegrar un poco el ambiente, dijo:

—Según tengo entendido, Karen, hiciste un examen magnífico de danés. Seguramente tendrás un nueve o un diez...

—¡No, todo lo contrario! —exclamó Karen—. Precisamente he hecho muy mal examen. Pero es muy amable de tu parte, Puck, querer levantarme un poco el ánimo.

—Seguramente no hiciste el examen peor que yo —comentó Navio.

Y se echó en su cama y comenzó a efectuar su ejercicio favorito: agitar las piernas como si estuviera pedaleando. Añadió, riendo:

—Me pregunto, con cierta inquietud, si no seré suspendida... Pero no me atormento demasiado, ya que de todos modos nosotras cuatro seguiremos juntas en el «Trébol de Cuatro Hojas» el próximo curso. Sería divertido que pudiéramos intercambiarnos las notas, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Estaba pensando en que Inger, que siempre tiene las mejores notas, podría pasarme unos cuantos puntos... como buenas amigas que somos.

—Si de mí dependiera, Navio, te los daría de buen grado... Pero seguramente tu pesimismo no está justificado. ¡No tendrás que repetir el curso, ya lo verás! Incluso estoy dispuesta a hacer una apuesta: ¡dos helados contra uno! ¿Aceptas?

—De acuerdo... Correré el riesgo... Si me suspenden, tendré por lo menos el consuelo de haber ganado dos helados. Lo que siempre es algo...

Los alumnos de Egeborg se hallaban en pleno período de exámenes. Para Puck y sus amigos, los peores momentos ya habían

pasado: todos los exámenes escritos y la mayor parte de las pruebas orales. No obstante, algunos temían aún las pruebas de geografía e historia... Además, y eso era lo más inquietante, un profesor ajeno al colegio y al cual llamaban «el censor» asistía a los exámenes. El último lugar, pasarían las pruebas deportivas, pero éstas no inquietaban a nadie, ya que resultaban siempre divertidas y animadas...

En el «Trébol de Cuatro Hojas», la conversación languidecía y carecía de la alegría acostumbrada.

En especial Karen se sentía muy desanimada, deprimida, y sus tres amigas la comprendían. Podía decirse que, en cierto modo, carecía de padre y de madre. Era magnífico tener una madre bonita, elegante, rica, pero saber que esta madre se pasaba el tiempo viajando, lejos de su hija, ya no lo era tanto. A la edad de Karen, el afecto y la comprensión son más preciosos que el dinero y los lindos vestidos.

El desánimo de Navio tenía caracteres menos estables. Claro, le hubiera gustado poder pasar las vacaciones junto a su padre, pero, ya que aquello no resultaba factible, se contentaba con recibir de él largas cartas cada semana.

Inger permanecía silenciosa. Pensaba en las vacaciones de sus dos amigas. Si ella se lo pedía a sus padres, seguramente dirían que sí a su idea de invitarlas a pasar el verano en su chalet de Asserbo... Pero ¿serían unas buenas vacaciones para Karen y Navio? Inger conocía bien a sus padres; eran los seres más amables y afectuosos que imaginarse pueda, pero «palpitantes» no lo eran mucho, a decir verdad... Su padre era un científico que trabajaba mucho y parecía no tener nunca los pies sobre la tierra; y su madre, muy devota, se entregaba en cuerpo y alma a obras humanitarias y sociales... No, Karen y Navio se aburrirían mucho en Asserbo...

Y tampoco Puck se hallaba en condiciones de hacer gran cosa por ellas. De vez en cuando una ráfaga de optimismo le hacía pensar que acabaría por dar con «algo» bueno para resolver el problema. Sin embargo, las vacaciones comenzarían dentro de una semana, y pocas cosas pueden ocurrir en ocho días.

—Bien, amigas mías —suspiró Puck—. ¿Qué os parece si, para alejar los pensamientos tristes, nos dedicamos a preparar el examen

de geografía?

—Yo no tengo ganas —refunfuñó Karen—. Si mi madre estuviera aquí, sin duda podría darnos lecciones en esta materia, ya que debe de haber recorrido ya gran parte del mundo...

—No tendremos tiempo de leer todo el libro —dijo Navio—. Por lo tanto yo me contentaré con repasar Australia y Nueva Zelanda... No porque piense que me van a tocar esas lecciones, sino sólo porque mi papá está por allá en estos momentos. Y así, mañana, cuando le escriba, ¡podré dejarle asombrado con mis conocimientos geográficos!

—Excelente idea —dijo Puck sonriendo.

Unos instantes más tarde, las tres chiquillas se hallaban inclinadas sobre sus respectivos libros de geografía. Karen permanecía acostada, con aire indiferente.

En la clase, Inger fue llamada en primer lugar. Se acercó a la mesa con tapete verde que servía de tribunal. El «censor», sentado a la izquierda, era un hombrecillo lleno de arrugas, con gafas sin montura colocadas sobre una puntiaguda nariz. Con voz estridente dijo:

—Tome una ficha, jovencita.

—Sí, señor.

Inger escogió un papel blanco de los que había en la mesa, al azar, le dio la vuelta y leyó: «La flora de Asia».

Los dos profesores echaron una ojeada al papel e indicaron a Inger, que había conservado toda su calma, que ya podía comenzar.

—Adelante, señorita.

—A causa de su enorme extensión, la flora de Asia es extraordinariamente variada —dijo la chiquilla—. Lo abarca casi todo, desde la más lujuriente flora de los trópicos hasta la de los países de nieves eternas. En las grandes estepas y en los desiertos del oeste y del norte, no hay, por así decir, casi vegetación alguna. Asia es el lugar de origen de la mayor parte de las plantas cultivadas, las cuales han acabado por extenderse por el mundo

entero. En Asia crecen en estado salvaje...

—¿Puedes nombrarnos algunas plantas de ornamentación oriundas de Asia? —preguntó el señor Josiassen con toda amabilidad.

Inger asintió.

—Sí... El tulipán, el jacinto, la hortensia...

Hubiera podido seguir enumerando.

—Gracias —dijo el «censor»—. ¡Basta! Es evidente la buena preparación de la alumna.

Aage Joerersen —llamado Uva Seca como apodo— fue el siguiente candidato. Le tocó en suerte Indonesia, y se necesitaría muy buena voluntad para afirmar que hizo un buen examen.

—¡Oh! —exclamó Navio, mirando a Puck—. Ya estoy temblando de pies a cabeza. El señor Josiassen, cuando te mira, parece un cuervo.

—¡Valor, Navio! —le respondió Puck en voz baja—. Quizás tengas suerte y te toque Australia...

A Georg le tocó hablar de los Estados de América Central y lo hizo bastante bien, y contra lo que cabía esperar Karen hizo una brillante disertación sobre los océanos. Después la voz del señor Josiassen se dejó oír de nuevo para anunciar:

—Lise Sommer... La siguiente...



La pobre Navio se levantó y se acercó al tribunal vacilando como una sonámbula. A la invitación del censor, adelantó una

mano..., titubeó, retiró la mano..., la avanzó de nuevo y la volvió a retirar.

—Vamos —rió la voz del «censor»—. No tema que estos papelitos le quemen los dedos, señorita...

Y se reclinó en su asiento, seguro de asistir al peor examen del día. Llevaba muchos años realizando aquella tarea y había aprendido a leer en el nerviosismo de los estudiantes su buena o mala preparación. Tampoco el señor Josiassen se esperaba un examen demasiado brillante por parte de Navio, pero en conjunto los resultados de aquellas pruebas no le interesaban mucho. Estaba reemplazando temporalmente al profesor Frederiksen, el cual había partido de viaje hacia Sudamérica, con una beca de estudios, en espera de ser reemplazado a su vez por la señorita Brinck, quien se encontraba enferma en aquellos días.

Navio se encogió y retorció nerviosamente antes de atreverse a escoger uno de aquellos papelitos colocados en la mesa. Finalmente lo hizo, le dio media vuelta suspirando y creyó ver el cielo abierto cuando leyó: «Las ciudades de Australia, los mares que la rodean y sus islas».

Bien —dijo el señor Josiassen, más bien pesimista—. ¿Puedes decirnos algo sobre este tema, Lise? ¿Cómo se llama la capital de Australia?

El profesor pareció tener un sobresalto y se irguió en su asiento. Navio acababa de darle la sorpresa del día.

—¡Camberra!

—Muy bien, Lise. ¿Puedes nombrarme otras ciudades de Australia?

—Sidney... Melbourne... Brisbane... Kingston...

Josiassen estuvo en un tris de exclamar: «¡Milagro!». Pero se contentó con hacer un pequeño signo de aprobación con la cabeza; luego hizo otra pregunta:

—¿Conoces algunos mares, estrechos e islas?

—Australia está situada entre el Pacífico y el Índico... Al norte se halla el estrecho Torres, que la separa de Nueva Guinea... y al sur, el estrecho de Bass, que la separa...

—Ya basta —dijo entonces el «censor», impresionado.

Y anotó un 10 en su libro de notas, tan turbado que su frente se

llenó de arrugas. ¿Cómo había podido él equivocarse tanto con el nerviosismo de aquella alumna? ¡Sin duda era muy inteligente y estudiosa! En su larga carrera, nunca había visto nada semejante...

—¡Bente Winther! —dijo el señor Josiassen.

El «censor» dio una ojeada a su reloj y comprobó con gusto que sólo faltaban diez minutos para el recreo y el almuerzo. Feliz ante la perspectiva, mostró los tres papeles que quedaban en la mesa, los volvió y dijo a Bente:

—Jovencita, puede usted escoger entre «Alaska, Los Estados de la costa oeste de América del Sur y Las colonias francesas».

Puck suspiró con un alivio, que provocó una sonrisa comprensiva en el rostro del señor Josiassen. Después ella dijo:

—Muchas gracias. Prefiero hablar de los Estados Sudamericanos.

—Bien, te escuchamos, Bente.

—Al norte, está Colombia... A continuación vienen el Ecuador..., Perú, Chile...

—Perfecto. ¿Y cuál es la capital de Chile?

—Valpa... No, perdón. Santiago.

—¿Y el puerto más importante? —preguntó el señor Josiassen, sonriendo.

—Valparaíso —dijo Puck, respondiendo a su sonrisa.

—¿Y la capital del Ecuador?

—Quito.

—¿Cuál es la particularidad de esta ciudad?

—Es la única ciudad del mundo que está atravesada por el ecuador.

—¿Cómo se llama la parte sur de Chile?

—Tierra de fuego.

—¿Y el estrecho que separa Tierra de fuego de Chile?

—Estrecho de Magallanes.

—Gracias —dijo el «censor» que de nuevo miró su reloj. ¡Era verdaderamente curioso!

E interrumpieron los exámenes para el almuerzo.

Cuando Puck y sus amigas se reunieron en la extensa explanada ante el edificio principal, Navio estalló en carcajadas.

—¡Desde hoy afirmaré en todas partes que un examen es la cosa más graciosa del mundo! Si me hubieran preguntado sobre

cualquier parte del mundo que no fuera Australia hubiera tenido un dos o un tres... ¡Pero he tenido un 10! Ah, me desmayaría de risa...

Puck se reía también:

—Pues no os digo nada de lo que me ha sucedido a mí... Si hubiera tenido que hablar de Alaska o las colonias francesas, hubiese pasado mis apuros. ¿Os habéis dado cuenta de cómo se reía el señor Josiassen cuando yo he escogido los estados de América del Sur?

Sí, naturalmente, sus amigas se habían dado cuenta de ello. ¡Josiassen era un «profe» muy «simpa», había que admitirlo!



Como todo el mundo en Egeborg, Josiassen sabía que el padre de Puck se encontraba en Chile desde hacía tiempo, y que por esta razón su hija se sentía interesada por todo lo referente a aquel país.

—Ha sido un examen con suerte para todas —dijo Navio.

—Ah, sí... —suspiró Karen.

—Apostaría a que tú tendrás por lo menos un ocho.

—¡Tres dieces y un ocho!... Está bastante bien para el «Trébol de Cuatro Hojas».

—Esperemos a ver las notas —dijo Karen, no muy segura todavía.

—No hay duda alguna.

—Ahora ya somos libres —dijo Navio—. ¿Qué haremos esta tarde?

Para Puck no había problema. Ella tomaría el tren de las 13 horas 30 para ir a ver a su padre a Sundkoebing. Así lo habían convenido aquella mañana por teléfono.

En casa del veterinario Moeller, Puck fue recibida con gran alegría y, como siempre, fue su perrito Plet quien se la demostró más efusivamente. La chiquilla levantó un dedo amenazador hacia el alegre *cocker* y le dijo:

—Escucha Plet, me demuestras tanto afecto que me pregunto si no habrás cometido alguna de tus travesuras. Supongo que no te habrás dedicado a perseguir a los polluelos, ¿eh?

Plet, de repente, pareció afectado, y bajó las orejas. La palabra «polluelo» despertaba en él remordimientos eternos.

—¡Malo! —dijo Puck—. Con la de veces que te he ordenado que les dejes tranquilos...

—¿Cómo te ha ido el examen de geografía, hijita? —le preguntó el ingeniero Winther.

—¡Un diez, papá!

—¡Hum! —exclamó el padre, un tanto escéptico—: ¿Sobre qué tema te han preguntado?

—¡Chile!

—Vaya... Chile, ¿eh? —repitió su padre, sonriendo—. Ahora comprendo tu buena nota. ¡Felicidades, Bente!

—Gracias, papá...

El veterinario rió sonoramente.

—¡Qué suerte, Bente, que la empresa de tu padre no le enviará a Yokohama o a Tahití...! En tal caso esa mocosuela no hubiera sabido gran cosa de Chile en su examen de hoy...

Puck se sentía siempre feliz en casa del veterinario Moeller. Éste era un gran amigo de su padre desde hacía muchísimos años y, a pesar de que en realidad no le unía ningún parentesco con Bente, la chiquilla le llamaba «tío Anders» y a su esposa la llamaba «tía Henny». Y había acabado por tener la impresión de que realmente eran tíos suyos. Además, Plet no hubiera podido tener mejores padres adoptivos. Y Puck preguntó, un tanto inquieta:

—Dime, tío Anders... ¿Plet te causa problemas con los polluelos?

—¿Problemas, hijita? —respondió, riendo, el veterinario—. Ésta no es la palabra adecuada. ¡Digamos que ya casi no nos queda polluelo alguno!

—Pero esto es espantoso... —Puck se había quedado casi sin respiración—. ¿Plet les ha matado de un mordisco?

—No..., pero ellos se han muerto de una crisis cardíaca ante sus persecuciones.

—Oh, no...

La señora Moeller intervino entonces en la conversación:

—¡No te dejes enloquecer, Bente! Tú conoces de sobras a tu tío Anders y sus exageraciones. Plet no ha mordido a uno solo de nuestros polluelos. Les ha perseguido un poco, eso sí... Pero es en broma...

—Sí, sí —dijo el veterinario—. Que Dios nos libre de semejantes bromas.

Luego añadió para consolar a Puck:

—Sí, sí... Yo sólo sé que comemos pollo todos los días...

—No le hagas caso, Puck —respondió la señora Moeller, riendo.

Entonces Puck se dio cuenta de que el veterinario reía por lo bajo y se sintió del todo tranquilizada.

Y pasó una tarde muy feliz...

VIII



¡Por fin llegó el día de las pruebas deportivas!

Los alumnos no tenían examen alguno hasta el día siguiente, de modo que todo el interés se concentró en las competiciones que tendrían lugar en el terreno de los deportes. La prueba femenina tendría lugar por la mañana y la de los chicos por la tarde.

Alboroto parecía muy misterioso ya durante el desayuno y cuando abandonaron la mesa Cavadore le preguntó:

—¿Qué te preocupa, amigo mío? Tu cara traiciona un siniestro secreto, que deberías confiarme.

Alboroto sonrió ampliamente.

—Verás... Por excepción, prefiero guardar el secreto... por lo menos hasta la hora del almuerzo.

—¿Cómo? —Cavador le cortó la palabra—. ¿Tienes secretos para tu mejor amigo?... ¿Acaso tienes una idea genial... con respecto a Puck?

—¡Diana!

—¿Qué?

—Digo que has dado en la diana, lo que demuestra que tienes una materia gris casi tan brillante como la mía. Sí, amigo del alma... Se trata de algo referente a Puck. ¿No recuerdas que le debemos aún lo de habernos metido pimienta en la piel de vaca?

—¡Pero si tú la absolviste por completo!

Alboroto se encogió de hombros.

—El perdón no es eterno... y ya hace más de una semana de aquello.

—Hablas como un libro abierto, amigo... ¿Qué te parece si reunimos la fuerza de nuestros dos cerebros para maquinar algo grande y sonado?

—No, muchas gracias... No es necesario... Cada vez que colaboramos juntos fracasamos rotundamente, querido Cavador. Así que prefiero actuar solo.

—En tal caso, el fracaso será mayor todavía.

—Espera y verás.

La animación era grande en las pistas deportivas. A lo largo de uno de los lados habían instalado bancos para los numerosos espectadores: las personas mayores y los alumnos más pequeños que no participaban en las pruebas.

Los profesores, con el director en cabeza, habían llegado junios, y entre los demás espectadores podían verse los padres de Annelise, el padre de Puck, el terrateniente Holm, el inspector de aguas y bosques Bang, el horticultor Piil, el granjero Iversen y otras personas del vecindario...

El tiempo era excepcionalmente bueno y tranquilo —sin ser

demasiado caluroso— y se preveían nuevos favoritos y nuevos records. Puck, Karen, Inger y Lone se hallaban entre las favoritas, mientras que Else, Joan y Harriet eran consideradas «outsiders». La mayor parte de los espectadores suponían que las luchas finales tendrían lugar entre Puck y Karen. Dado que los muchachos no debían participar hasta la tarde, disponían de mucho tiempo. Se dedicaban a aconsejar a las chicas y entre ellos se cruzaban múltiples apuestas que tenían como premio helados.

Pero Alboroto, ligeramente escéptico, decía:

—Tal vez Puck gane los saltos de altura, pero Karen ganará la carrera de los cien metros.

—¡Estás loco! —dijo Caoba—. ¿Te apuestas algo? Yo apuesto a favor de Puck y te concedo dos puntos contra uno.

—¡No!

—¿Tres contra uno?

—No... No...

—¿Cinco contra uno, qué diablos?

—¡No quiero apostar, eso es todo!

Los demás muchachos se sentían muy intrigados. ¿Por qué rehusaría Alboroto apostar en las competiciones deportivas de las chicas? ¿Se había dado cuenta de algo, viendo a las chicas entrenarse? Finalmente, varios de los alumnos apostaron a favor de Karen, pero Puck seguía siendo la favorita entre la mayoría.

Un grupo de chiquillas, con visible nerviosismo, aguardaban las instrucciones del profesor Strandvold. Sus atuendos de entrenamiento estaban tirados en el suelo, junto a las zapatillas que servían para la prueba de velocidad. Alboroto se acercó con paso calmoso y dijo:

—Y bien, hijitas... ¿Ya estáis bien preparadas? Y tú, Puck, ¿estás nerviosa?

—Sólo lo estoy cuando tú estás cerca —respondió Puck—. ¿Por qué vienes por aquí? ¿Acaso este terreno es de tu propiedad personal?

Entonces comenzaron las primeras pruebas —saltos de longitud— y el resultado fue el previsto por la mayoría. Puck obtuvo la victoria sobrepasando en 15 centímetros el salto de Karen, y los aplausos estallaron.

Puck, Karen e Inger no tomaban parte en las pruebas eliminatorias de los saltos de altura. El señor Strandvold sabía de antemano que era una pérdida de tiempo. Entre las restantes, Lone era sin duda la mejor dotada, y cuando ésta hubo saltado el profesor anunció:

—Lone Jünchertt Petersen gana.

Cuando los fuertes aplausos se calmaron, el instructor prosiguió:

—Ahora levantaremos la barra cinco centímetros, y Bente, Inger y Karen tomarán parte en la competición.

La emoción aumentó entre los espectadores. ¿Cuántas chiquillas conseguirían saltar aquella altura? Sí, naturalmente, Puck y Karen... —el otoño pasado habían batido con cinco centímetros el record establecido—, pero ¿y las demás?

Lone fracasó en los dos primeros intentos, pero consiguió saltar al tercero. La barra tembló por unos segundos, y finalmente cayó al suelo, mientras un «oh» desilusionado surgía de entre el público.

Y entonces Inger consiguió saltar la valla al segundo intento, pero Karen y Puck saltaron limpiamente al primero y ambas chiquillas fueron muy aplaudidas.

El señor Strandvold declaró:

—Ahora levantaremos la barra a la altura establecida como record el otoño pasado... por la alumna Bente Winther.

Un silencio absoluto reinó entre las asistencia. Incluso los muchachos más alborotadores parecieron retener el aliento.

Inger debía saltar en primer lugar, pero nadie creía que tuviera la menor oportunidad de conseguirlo, ya que había conseguido saltar la altura precedente con grandes apuros. Sin embargo, el milagro se produjo y los espectadores quedaron atónitos. ¡Inger había saltado al primer intento!

Durante los aplausos, Puck estrechó calurosamente la mano de su amiga:

—¡Formidable, verdaderamente formidable, Inger! ¡Qué bien lo has hecho!

Inger, que habitualmente estaba siempre tranquila, pareció muy emocionada; tartamudeó:

—Gracias, Puck... Pareces tan contenta como si hubieras sido tú misma la que hubieras conseguido saltar al primer intento...

—¡Estoy realmente tan contenta, Inger! —contestó Puck—. No esperaba que lo consiguieras...

Otras compañeras rodearon a Inger para felicitarla, en tanto Karen se preparaba para saltar. Reinaba el silencio. ¿Lo conseguiría aquel año?

El anterior había fracasado en los tres intentos, pero quizás había hecho progresos desde entonces, como Inger...

Karen tomó impulso. Consiguió saltar, pero en el descenso rozó la barra con la punta de los dedos. Durante una angustiosa fracción de segundo, la barra tembló... pero no se cayó.

Los aplausos habían cesado apenas, cuando Puck ya saltaba a su vez, en el más perfecto de los estilos.

Y entonces llegó el más emocionante de los momentos. ¿Conseguiría alguna de las participantes establecer un nuevo record?

Inger hizo caer la barra tres veces, mientras Karen estuvo a punto de triunfar al tercer intento.

Y le llegó el turno a Puck. El silencio era tan absoluto que se hubiera oído volar una mosca.

Alboroto murmuró al oído de Flemming con voz apenas imperceptible:

—Creo que lo conseguiré. ¿Apuestas algo?

—¿Qué?

—Un helado...

—De acuerdo...

Puck concentró toda su energía en el salto y salió disparada. Su tensa silueta parecía volar a través del aire, por lo menos a unos dos centímetros por encima de la barra.

Una verdadera tempestad de aplausos estalló de todas partes y el señor Strandvold se vio obligado a aguardar un buen rato para poder anunciar:

—El record actual de las chicas ha sido batido por Bente Winther en cinco centímetros. El record anterior le pertenecía también. Ahora aumentaremos la altura otros cinco centímetros. ¿Quieres intentarlo, Bente?

Con respiración cansada, pero sonriente, Puck le interrumpió:

—No, no. De ninguna manera, señor... Debo guardar fuerzas

para la carrera de los 100 metros...

El señor Strandvold se sintió visiblemente decepcionado por la negativa de Puck, pero no podía obligarle a saltar. Sus compañeras la rodearon con tanto entusiasmo que estuvieron a punto de ahogarla. Navio exclamó con pasión:

—¡Qué bien los estamos haciendo las del «Trébol de Cuatro Hojas»!... Es decir, exceptuándome a mí...

También los espectadores estaban entusiasmados. El director Frank se volvió hacia el ingeniero Winther:

—Su hijita es de un temple muy especial... No me extrañaría que ganara también la carrera de los 100 metros.

—¡Tampoco yo, la verdad! —reconoció el señor Winther—. Espero que estos triunfos deportivos no se le suban a la cabeza, sin embargo...

Inger consiguió saltar al segundo intento.

Deportista él también, y habiendo obtenido varios trofeos, conocía la embriaguez de la victoria, y había visto a más de un campeón perder la cabeza y darse aires de «vedette». Pero Bente era una chiquilla sana de cuerpo y espíritu y un cierto triunfo en el terreno deportivo no le haría ningún mal. ¿Conseguiría Puck también el tercer triunfo del día?

Alboroto había guardado el producto de sus muchas apuestas. El ganador exigía siempre una garantía y hacía firmar recibos que decían poco más o menos: «Debo un helado... Debo dos helados...». Después, cuando hubiera ocasión, el pago de las deudas se haría efectivo. Y esta costumbre, ya tradicional en el pensionado de Egeborg, resultaba muy productiva para el pastelero Bose. Además, también las alumnas apostaban entre sí y con los muchachos...

Entregando su recibo de deudas a Alboroto, Caoba dijo con un poco de amargura:

—¡Toma! Y dime ¿sigues sin querer apostar para la carrera de los 100 metros?

—No...

—¿Consideras que Karen ganará?

—Sí. Es una idea un poco loca que me ha venido...

Alboroto contempló de reojo a las participantes que se estaban colocando las zapatillas de carrera; después dijo en un tono decidido:

—¡Hoy no apuesto más, definitivamente!

Veinticinco alumnas se habían inscrito para la carrera de los 100 metros. Debían partir de cinco en cinco, y la ganadora de cada grupo tendría derecho a la carrera final, tan emocionante. Para mantener la expectación entre el público, el señor Strandvold había repartido a las concursantes favoritas entre los cinco grupos.

Lone ganó la primera carrera, Karen la segunda, Else la tercera...

Si el ingeniero se inquietaba por aquel motivo, no era sin causa. Deportiva, le tocó el turno a Puck, la gran favorita. De su grupo formaba también parte Inger, pero nadie suponía que pudiera poner en peligro la victoria de Puck. Las demás eran Joan, Karen-Margrethe y Elsebeth...

—¡Preparadas! —ordenó el profesor.

Las cinco muchachitas doblaron las rodillas y colocaron sus pies izquierdos en los agujeros de salida. Apoyaron las palmas de las manos en el suelo y miraron fijamente hacia adelante. Debían salir corriendo al oír la palabra «tres».

El señor Strandvold levantó la voz:

—Una..., dos..., ¡tres!

Las participantes salieron disparadas como flechas. Parecían volar sobre la pista ante el entusiasmo frenético de los espectadores.

A cincuenta metros de la meta, Inger llevaba un metro de ventaja a Puck y Joan... ¿Qué estaba ocurriendo, pues?

Sí, algo raro... Joan conseguía dar alcance a Inger, en tanto que Puck... permanecía varios metros atrás.

—¡Puck, Puck! —gritaban los partidarios de la chiquilla.



Inger llegó a la meta unos instantes antes que Joan, pero con varios metros de ventaja a Puck.

Hubo muchos aplausos, pero los gritos de sorpresa dominaban. ¡Aquél era un resultado totalmente inesperado! Puck derrotada por varios metros, por Inger y por Joan...

Alboroto se volvió riendo hacia sus compañeros.

—¿Qué? ¿No os lo había dicho yo?

Muchos de los alumnos, que habían apostado a favor de Puck, se sintieron encolerizados y empezaron a murmurar:

—Ha habido trampa... Sin duda Puck se ha dejado ganar...

—Es inadmisibile...

—Puck debería sentirse avergonzada...

Uno dijo:

—Sí, y Alboroto también.

La indignación parecía ser tan profunda y sincera, que Alboroto acabó por sentirse incómodo.

Trató de defenderse como pudo:

—Os doy palabra de honor de que no había nada convenido entre Puck y yo... ¡No iréis a pensar que la he estado sujetando con una cuerda durante la carrera!

Aunque a regañadientes, los chicos se conformaron con aquella explicación.

Alboroto era un chico tremendamente travieso, pero jamás daba su palabra de honor en falso.

Mientras se desarrollaban otras pruebas, Puck se acercó a

Alboroto y le dijo en un tono bastante brusco:

—Alboroto, debo hablarte.

—Sí, palomita... ¿Qué quieres?



Puck alargó la mano y le mostró un par de zapatillas ¿Ves algo de particular en este calzado?

Alboroto pareció examinarlos con gran interés y luego respondió:

—Así... Las puntas son, algo extrañas, sí... Se diría que alguien las ha doblado con unas pinzas.

—¿No habrás sido tú por casualidad ese alguien, Alboroto?

—Pues... He de confesar...

—Y ¿has colocado tú estas zapatillas en lugar de las mías, cuando has venido a curiosear por aquí?

Por alguna oscura razón, Alboroto se sentía tremendamente incómodo en aquellos instantes, a pesar de lo cual trató de sonreír ampliamente:

—Pues, sí... He sido yo. Estaba seguro de que no te darías cuenta del cambio... Ahora te devolveré tus zapatillas.

—¡Muchas gracias! —dijo la chiquilla irónicamente.

A continuación, y con los ojos brillantes de enojo, añadió:

—Si quieres saber mi opinión. Alboroto, la tuya ha sido una broma de muy mal gusto.

—Tal vez, pero...

—¡Calla! —le cortó Puck con impaciencia—. Sabías perfectamente que esas puntas retorcidas me costarían por lo menos cinco metros... Pero ¿acaso sabías si me interesaba mucho ganar esa carrera?

—Oh, Puck... Te estás burlando de mí...

Puck le miró fríamente.

—Puedes creerme... Se da el caso de que me daba absolutamente igual ganar esa carrera, Alboroto. Pero no por eso tu broma deja de ser de pésimo gusto. ¿Cuántas apuestas has ganado con mi derrota?

—Ni una sola.

—¿Cómo? —exclamó Puck, muy asombrada—. ¿No has apostado nada sobre mi derrota?

—No, te lo aseguro —declaró Alboroto, con voz solemne—. Hubiera podido ganar gran cantidad de apuestas... Ya que sabía de antemano que tú no podrías ganar con las zapatillas que te había dejado... Pero precisamente por eso tuve vergüenza de aceptar apuestas.

Puck se sintió entonces desarmada. Incluso sonrió.

—Me agrada oírte decir eso. Alboroto... Y por ese motivo no contaré a nadie tu broma. No obstante, que quede claro: me ha parecido de muy mal gusto.

—No... A decir verdad, pensándolo bien, yo tampoco la hallo de muy buen gusto... Sólo que tenía ganas de devolverte tu broma de la pimienta en la piel de vaca.

—Creí que este asunto había quedado resuelto con un perdón por ambas partes...

—Sí, lo sé... Pero de eso hacía ya más de diez días y...

Puck no pudo evitar una carcajada.

—Alboroto, eres el rey de los bandidos, pero resulta imposible estar enfadada contigo más de diez minutos seguidos. ¡Por lo tanto, te doy la absolución!

—¿Por cuánto tiempo?

—¡Por una docena de días!

—Para entonces ya habrán comenzado las vacaciones...

—Pues felicítate por ello, mi querido Alboroto, ya que así no tendrás problemas conmigo hasta el próximo curso.

—Gracias, Puck. Eres una chica «súper».

—Sí... Y tú un bandido «súper» también. ¿Cavador ha tomado parte en tu broma?

—No, esta vez he actuado solo.

—Pues mi estima por Cavador crece varios puntos —dijo Puck,

riendo—. ¿Quieres ahora devolverme mis zapatillas?

—Ahora mismo.

—En tal caso, asunto liquidado.

En aquel mismo instante, nuevos aplausos estallaron entre el público. Karen había ganado la carrera de los 100 metros, con sólo medio metro de ventaja sobre Inger y Lone.

Inmediatamente después del almuerzo, Alboroto y Cavador se encontraron en el banco del embarcadero. Las pruebas deportivas de los muchachos no darían comienzo hasta dentro de una hora y, como decía Cavador, era bueno relajarse un poco.

Alboroto no parecía hallarse de muy buen humor. Su distraída mirada vagabundeaba por el lago y únicamente respondía a las preguntas de su amigo con monosílabos. Cavador acabó por suspirar con descorazonamiento:

—Pero ¿qué te ocurre, chico? ¿Estás nervioso por las competiciones de esta tarde?

—No...

—¿Has perdido apuestas?

—Las he ganado todas.

—¡Hum! ¿Sigues torturándote con la idea de gastarle una broma a Puck?

—Ya se la he gastado —respondió Alboroto sombrío.

—¿Sí? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Cuando ella ha perdido la carrera de los 100 metros.

Alboroto explicó en breves palabras lo que había pasado y concluyó:

—Al principio, mi idea me pareció sensacional... Pero luego he comprendido que de nuevo habíamos fracasado rotundamente.

—¿Habíamos? —repitió Cavador, con ironía—. No, querido amigo. Puedes anotar este fracaso en tus cuentas particulares. Mejor te hubiera ido si hubieras querido escuchar mis consejos. Pero has querido arriesgarte solo, dejar aparte a tu viejo amigo...

—¡Bah! —murmuró Alboroto entre dientes—. ¡También a ti mi idea te hubiera parecido sensacional! ¿No es así?

Cavador titubeó un poco, pero acabó por admitir honradamente:

—A decir verdad, creo que sí. ¿Está Puck furiosa?

Alboroto hizo un triste gesto afirmativo con la cabeza.

—Nunca antes la había visto tan furiosa... Pero todo ha acabado bien. Me ha perdonado al saber que yo no había admitido apuestas sobre su derrota.

—Ah —exclamó Cavador, quien de pronto pareció comprender—. ¿Era por esto que no quisiste aceptar apuestas para la carrera de los 100 metros?

—Exactamente, querido Cavador, exactamente.

—¿Crees que debemos esperar una nueva declaración de guerra por parte del «Trébol de Cuatro Hojas»?

—No. Nos han concedido doce días de armisticio.

—¿Doce días? Para entonces, tú y yo estaremos ya en Inglaterra.

—Sí. ¡Muchísimo mejor! Pero tengo el siniestro presentimiento de que, en el próximo curso tendremos serios problemas.

Alboroto calló unos instantes, pensativo, y al cabo añadió:

—De todos modos, debo admitir que Puck es una chica extraordinaria, Cavador..., ya que si alguien me hubiera hecho a mí lo que yo le he hecho a ella, me hubiera enojado tantísimo que hubiera tardado siglos en perdonarle. ¿No crees que es la ocasión de prepararle una sorpresita?

Cavador abrió dos ojos como dos platos.

—¿Una sorpresita, Alboroto? Acabas de decirme que teníamos doce días de armisticio...

—¡Bobo! ¿No puedes pensar que existen también sorpresas agradables?

—¡Hum! Ni tú ni yo somos precisamente especialistas en sorpresas agradables —murmuró Cavador—. ¿No te estarás volviendo sentimental? Puck pensaría que estamos completamente chiflados si le diéramos una sorpresa agradable.

Durante algunos segundos, Cavador miró fijamente a su amigo. Después suspiró y movió la cabeza con aire desolado. ¿Qué demonios le estaba ocurriendo a su compañero de travesuras, siempre tan alegre y optimista? Se hubiera dicho que todos los males de la tierra habían caído sobre sus hombros... Seguramente estaba envejeciendo.

Cavador, de repente, se sintió del mejor humor. Lo que le ocurría a Alboroto, sin duda, era debido a que por primera vez había querido actuar sin su colaboración y ello le había llevado a un

total derrumbamiento.

IX



Las pruebas deportivas de los muchachos eran esperadas con tanta impaciencia como lo habían sido las de las chicas, pero los resultados todavía fueron más sensacionales. ¡El gran favorito, Alboroto, había sido derrotado en la prueba de salto de altura, en la de salto de longitud y en la carrera de los 100 metros! Sus compañeros intercambiaron impresiones y comentarios sin fin, pero Alboroto se limitó a declarar:

—Hoy no estaba en forma.

—¡Desde luego, no lo estabas! —dijo Einar—. He perdido una

fortuna apostando a tu favor. ¿Por qué te has deshinchado de tal modo, Alboroto?

Éste se encogió de hombros.

—Quizá los demás estaban mejor entrenados que yo.

—No... Tú eres quien mejor preparado estabas.

En el «Trébol de Cuatro Hojas» también se discutía sobre los fracasos de Alboroto. Navio observó:

—Se cree ya en vacaciones y no se toma la molestia de esforzarse...

Puck pensaba en que la explicación era, sin duda, muy diferente, pero sonrió sin decir nada.

Al día siguiente, cuando las chiquillas tuvieron que hacer el examen de historia natural, recibieron una gran sorpresa ya que, en lugar del censor, se encontraron con Ellen Brinck, que ya estaba restablecida.

La profesora les sonrió amablemente:

—Buenos días, amiguitas. Demostradme que hoy estáis tan fuertes en Historia como lo estuvisteis en Geografía el pasado invierno.

Navio y Karen se sintieron súbitamente más tranquilas. Habían temido mucho aquel examen..., pero teniendo a la señorita Brinck como examinadora las cosas no podían ir demasiado mal. ¡Había sido tan gentil y comprensiva durante aquel viaje que hicieron a Jylland!

Los resultados fueron mucho mejores de lo que ellas habían esperado.

Inger, naturalmente, obtuvo un 10 en todas las preguntas sobre la Revolución francesa, Puck consiguió un 8 hablando de Luis XIV, y Navio y Karen estuvieron tan bien hablando del Segundo imperio que obtuvieron un 7 cada una. Cuando titubeaban un poco, una sonrisa animosa de la señorita Brinck parecía infundirles conocimientos.

El profesor Frederiksen —o «Frederik»— era, desde luego muy popular entre los alumnos, pero la señorita Brinck, que le reemplazaría durante el viaje del profesor a los Estados Sudamericanos, llevaba camino de ser más popular todavía.

—Todos los exámenes nos han ido bien —comentó Inger—. Por

lo tanto podemos estar seguras de pasar a la clase siguiente.

—¡Tú eres el número uno en todo! —exclamó Puck.

—Lo que me ha valido ganar toda una serie de helados —dijo Karen— Inger es la honra y el orgullo del «Trébol de Cuatro Hojas»...

Puck miró a Karen, ya que le había parecido que su voz tenía un tono amargo. ¡Temía tanto que Karen se sintiera de nuevo melancólica por el hecho de tener que pasar las vacaciones en el pensionado! Si al menos consiguiera ella dar con una buena idea para resolver aquel problema... ¡Le gustaría tanto poder conseguir unas buenas vacaciones para Karen y Navio!

Pero ¿qué?

Súbitamente una idea cruzó por su mente. Se levantó bruscamente y salió del cuarto. Navio la siguió con la mirada:

—Me pregunto si no se habrá vuelto loca de repente...

—No, eso no puede ocurrir le nunca a Puck —respondió Inger, sonriendo.

—Entonces, ¿por qué se ha ido de un modo tan repentino?

—Seguramente nos lo explicará cuando regrese.

Inger no se equivocaba.

Diez minutos más tarde, Puck regresó a la habitación, radiante de alegría, y gritó:

—Escuchadme, amigas mías. Los primeros días de vacaciones los pasaré junto a mi padre en Sundkoebing, en casa del veterinario Moeller. Luego, papá y yo saldremos de viaje...

—Sí, ya nos lo habías dicho —observó Navio.

Puck prosiguió, sin embargo:

—Sí, pero hay algo que no sabéis. Karen y tú, Navio, podéis ir conmigo a casa de mi tío Anders Moeller. Tienen una habitación para huéspedes sobrante y la compartiréis durante diez días... ¡Y en este tiempo estaremos juntas!

—¡Formidablemente palpitante! —observó Navio.

Y el rostro un tanto sombrío de Karen pareció iluminarse.

—Maravilloso, Puck... ¡Qué amable eres al acordarte de nosotras dos!

—¡Bab! —exclamó Puck sonriendo—. Yo también me siento dichosa de esta solución... Veréis cómo nos divertimos. ¿Queda

convenido?

—¡Convenido!

—Gracias por la invitación —dijo Karen.

Inger se limitó a sonreír, pero su sonrisa revelaba la satisfacción de buena amiga.

Puck continuó, sonriendo:

—Sólo habrá un pequeño inconveniente, chicas. Tendremos a Alboroto y Cavador como vecinos por unos días.

—¿Cómo?

—Sí. Los dos bandidos debían embarcarse para Inglaterra por la línea de Esbjerg-Harwick..., pero van a hacerlo por Sundkoebing. Se trata de un barco que hará escala en Londres, y lo toman porque les resulta bastante más barato. Alboroto me ha dicho que se alojarán en el barco unos días antes de la partida.

—Bien, en tal caso —dijo Navio, tranquilizada—, los tendremos a cierta distancia. ¡Pobre Inglaterra, que tendrá a ese par de granujillas sobre su suelo durante varias semanas!

Si Alboroto y Cavador hubiesen escuchado aquella conversación, no por ello se hubieran sentido ofendidos. ¡Desde luego eran un par de bromistas incorregibles, pero al mismo tiempo eran muy buenos compañeros y todo el mundo les apreciaba en el pensionado!

Inger se levantó sonriente:

—¿No os apetece algo bueno, amigas mías?

—¡Qué pregunta ociosa! —respondió Navio riendo—. ¿Acaso guardas un pastel en el armario?

—No, pero puedo invitaros a un helado en la tienda de Bose.

—Excelente idea —aprobó Karen, que parecía haber recobrado su buen humor desde que había recibido la invitación de Puck—. Vamos. Pero podemos estar seguras de hallar allí muchas caras conocidas.

Karen no se equivocaba. La pastelería de Oesterby era un auténtico hormiguero, enteramente compuesto por alumnos de Egeborg, que estaban pagándose las apuestas. El gordo pastelero estaba alegre y jovial como siempre e incluso su gruñona esposa hacía un esfuerzo para esbozar una sonrisa de vez en cuando.

Gritos de alegría acogieron a las jovencitas del «Trébol de Cuatro Hojas», y a pesar de la numerosa concurrencia consiguieron

hallar sitio. Sin embargo, Navio y Karen se vieron obligadas a compartir una misma silla, pero todo se arregló con el mejor humor.

La conversación era animada entre el alumnado. El tema candente era saber quién sería suspendido. El año precedente mucho de los alumnos habían tenido que repetir el curso y ahora muchos temblaban. Alboroto y Cavador en particular.

—No aprobaremos —decía Cavador—. Pero será una tremenda injusticia...

—¡Sí, lo será, ya que hemos trabajado como burros!

—Por lo menos... las dos últimas semanas —admitió Alboroto. Cavador añadió:

—¡Lo que representa un esfuerzo mucho mayor que el del año pasado, en que sólo trabajamos una semana, y a pesar de todo el director nos felicitó!

—¡Hum! —gruñó Alboroto, y pidió otro helado—. Quisiera sentirme tan optimista como tú, amigo mío.

—Lo estarás mañana cuando sepamos los resultados. ¿Quieres apostar algo?

—Los dos helados más grandes de Londres... No, no... ¡Los más grandes de toda Inglaterra!

—¡Bien! —exclamó Alboroto—. Por una vez espero que ganes la apuesta.

Todo el mundo pasó una hora muy feliz en la pastelería de Bose, pero se acercaba la hora de la comida en Egeborg, y tuvieron que levantarse y despedirse del gordo pastelero. El rostro de su esposa, nuevamente avinagrado, preguntó:

—¿Ya han pagado todos, Thaddaeus?

Bose hizo un signo de adiós a los últimos clientes y respondió distraído:

—Claro que sí, Elvira... Y además, aun cuando se me hubiera pasado un helado, no nos moriríamos por eso...

—¡Eres un mal comerciante, Thaddaeus!

—Si, lo sé —dijo el hombre—. Me lo has repetido bastantes veces...



Mientras toda la banda regresaba al pensionado en bicicleta, Alboroto, que pedaleaba junto a Puck, le preguntó con voz un tanto temblorosa:

—Puck... Hem... ¿Estás todavía enojada conmigo?

—¿Enfadada? —exclamó ella—. ¿Por qué iba a estar enfadada?

—Ejem... Pues por lo de las zapatillas con las puntas retorcidas...

—¡No digas bobadas! Sigo pensando en que pudiste buscar una broma más ingeniosa, pero en modo alguno podría estar enfadada contigo, Alboroto.

—¡Gracias!... Es muy amable de tu parte, Puck. ¡Si por lo menos pudiera hacer algo por ti en compensación!

—Puedes...

—¿Cómo?

Puck le miró con ironía:

—Me harás un gran favor si no te vuelves sentimental, querido Alboroto... ¡Eso no te va!

El siguiente día era el más importante del pensionado de Egeborg. No sólo porque era la víspera de las vacaciones, sino porque en la fiesta de adiós se darían las notas. En dos palabras, era el día que los alumnos más esperaban y temían.

En la fiestecita organizada en el gran comedor, donde la señora Frank y sus ayudantes habían preparado té, café y pastelillos, el director estaba sentado en medio de todo su personal y los alumnos en las largas mesas, aguardando impacientes. Los pasteles apenas

tenían nada que ver aquel día con la impaciencia de los alumnos, se trataba más bien de las calificaciones escolares.

El gordo Svend, presidente del consejo de alumnos, se levantó para pronunciar un discursito:

—Señoras y caballeros, grandes y pequeños, en estos momentos en que todos nos disponemos a partir esparcidos a los cuatro vientos, me permito, en nombre de todos mis compañeros, agradecer al director y profesores el año escolar que acaba de transcurrir. ¡Debe de ser una ardua tarea gobernar por tanto tiempo a una pandilla como nosotros! En especial a algunos más bien, digamos, «alborotadores»...

Echó una furtiva mirada hacia Alboroto y Cavadador, y añadió:

—No estoy pensando en nadie en particular...

—¡Bravo! —aplaudió Alboroto.

—¡Bien! —gritó al mismo tiempo Cavadador.

Los auditores rieron y tuvo que pasar un buen rato antes de que Svend pudiera proseguir:

—Me felicito entusiásticamente de que por una vez Alboroto y Cavadador estén de acuerdo conmigo y, por tratarse de una ocasión excepcional, no les pondré ninguna multa por haberme interrumpido. Cuando volvamos a reunimos, pasado el verano, estaremos todos tan llenos de energía que estaremos dispuestos a enfrentarnos de nuevo con nuestro cuadro de profesores, el cual, para decirlo todo, también habrá acumulado energías de modo que las fuerzas estarán equilibradas...

—¡Puedes contar con ello! —aseguró el director, riendo.

—Eso me tranquiliza, señor director. Así esperaremos el próximo curso con gran confianza...

Svend miró a sus compañeros y concluyó:

—Queridos amigos, sería un bruto si prolongara más mi discurso. Sé que tembláis de impaciencia por conocer las notas, así que paso la palabra a nuestro director.

El señor Frank se levantó, con una gran hoja de papel en la mano. Sonrió a sus alumnos y dijo:

—Yo tengo exactamente la misma impresión que Svend: no quiero haceros esperar más... Dejadme, pues, decir brevemente que todos los alumnos han aprobado el curso y pasan a clase siguiente...

Un grito de alegría cubrió las palabras del director. Cavadore saltó en su asiento y agitó alocadamente los brazos.

—¡Hurra! ¡He ganado el helado más grande de toda Inglaterra! Alboroto le tiró de la chaqueta:

—Siéntate, idiota... ¡Si tú lo has ganado, yo lo he perdido!

Cuando la calma se hizo de nuevo, el señor Frank pudo seguir:

—Es la primera vez que tal cosa sucede en este colegio, y es también la primera vez que una alumna ha obtenido un 10 en todas las asignaturas.

La alegría entonces alcanzó proporciones fantásticas y de todos lados surgieron gritos de entusiasmo:

—Bravo, Inger...

—¡Fantástico, Inger!

—Inger, felicitaciones...

El director levantó la mano, sonriente, para ordenar silencio. Después dijo:

—Me place que todos hayáis adivinado el nombre de la feliz alumna... Inger, ven...

Inger se levantó, vacilante, y se acercó a la mesa del director, el cual le estrechó la mano y le dijo:

—¡Mis felicitaciones, Inger! Puedes sentirte orgullosa de ti misma, como todos lo estamos de ti. Permíteme ofrecerte un obsequio...

El director le tendió una gran caja y prosiguió:

—Es un servicio de té, para cuatro personas, Inger, ya que sabemos que a las del «Trébol de Cuatro Hojas» os gusta compartir las alegrías.

Los compañeros aplaudieron con frenesí cuando Inger se volvió, con su gran caja bajo el brazo. Navio le murmuró:

—¡Oh, qué buen té beberemos el próximo curso!

—Felicitaciones, Inger —dijo dulcemente Karen apretándole un brazo.

—Lo mismo digo —murmuró Puck—. ¡Eres una chica fabulosamente fabulosa!

Inger se sentía incapaz de responder. Las lágrimas amenazaban con llenarle los ojos, y sólo pensaba en la alegría de sus padres al conocer aquellas notas.

Svend, Lone y Erika tuvieron también premios, ya que los tres habían obtenido un 9 en todos los exámenes. El director leyó las notas de los demás alumnos y finalmente declaró:

—¡Ya sólo me quedan dos nombres en la lista!

—¡Alboroto y Cavador! —gritaron de todas partes—. ¡Un hurra por ellos!

Alboroto se levantó e inclinó profundamente:

—Gracias por el honor que me hacéis, queridos amigos..., es «casi» demasiado...

—Soy de la misma opinión, Hugo —dijo el director con una sonrisa—. Henrik y tú habéis pasado con justeza entre grandes escollos. ¿Me prometéis trabajar de lo lindo el próximo curso?

—No le decepcionaré, señor director —respondió gravemente Alboroto.

—Gracias, amigo mío.

—Ejem... He querido decir que no le decepcionaré prometiéndole algo que tal vez no pueda cumplir —añadió Alboroto.

La señora Frank sonriendo se volvió hacia el profesor de gimnasia.

—Ah, este chico es desesperante...

—En mi opinión —respondió Strandvold—, es el más brillante de todos los alumnos que hemos tenido,

—¡No se puede uno ganar la vida siendo sólo bueno en esquí y carreras, señor Strandvold!

—Claro que sí, señora Frank, siendo profesor de gimnasia...

Ella rió de buena gana...

—Bendito sea Dios... En tal caso tiene aún esperanzas.

El señor Frank, entonces, dirigió unas palabras particulares a los alumnos que ya iban a abandonar la escuela definitivamente:

—Al proseguir el camino de la vida, jóvenes amigos, no olvidéis que todos, aquí, hemos tratado de daros un buen comienzo. Tal vez en algunos momentos os ha parecido que los profesores éramos demasiado severos, pero era sólo por sentido de la responsabilidad, a fin de que adquirierais el máximo de conocimientos y estuvierais bien armados para esa vida donde cada vez se compite más duramente.

Y concluyó sonriente:

—Y ahora, nada más. ¡Al ataque con los pasteles!

Una tempestad de aplausos acogió aquellas palabras, pero al cabo de algunos segundos sólo se oía el tintineo de las cucharillas en la porcelana.

El sábado por la tarde, todos se preparaban para irse. Muchos padres habían acudido en coche a recoger a sus hijos, otros alumnos se iban en tren. Los más deportivos entre los chicos se disponían a regresar a sus casas en bicicleta. Por todas partes se estaban deseando buen viaje. Sólo algunos pocos alumnos permanecían tristes: eran aquellos que pasarían el verano en el pensionado.

Las chiquillas del «Trébol de Cuatro Hojas» se despidieron de Alboroto y Cavador, los cuales se disponían a tomar el tren para Sundkoebing. Alboroto rió ampliamente:

—Nuestro barco no sale hasta dentro de unos días, pequeñas, así que tal vez volvamos a vernos...

—Oh, no —gimió Puck, con una cómica mueca—. Durante las vacaciones sólo queremos ver gentes agradables.

—Sí —apoyó Navio con energía—. Evitadnos la vista de los dos seres más bobalicones...

—Es un deseo recíproco, pequeña Navio —dijo Alboroto—. Pero el destino tiene cosas extrañas...

Cuando los dos muchachos se hubieron alejado, Inger dijo sonriendo:

—Tengo una sorpresa para vosotras, chicas... En el «Trébol de Cuatro Hojas» nos espera el té de la despedida.

—¡Excelente idea!



Pocos minutos después las cuatro amigas se hallaban instaladas ante la mesita con el té servido por Inger. La señora Frank les había prestado un fogoncito de alcohol y un mantel floreado, e Inger había hecho traer de la pastelería de Bose los mejores pastelillos.

—¡Eso te habrá costado una fortuna, Inger! —dijo Puck—. Es demasiado...

Inger sonrió.

—No pases cuidado. En mi casa, a causa de mis notas en los exámenes, me aguarda sin duda una buena recompensa en dinero.

—Te lo mereces...

—Gracias, Puck —respondió Inger, dulcemente—. Todas me habéis ayudado a obtener ese resultado...

—¿Nosotras?

Inger afirmó con la cabeza.

—Sí, gracias al buen ambiente que reina ahora en el «Trébol de Cuatro Hojas», una puede concentrarse bien y trabajar mejor.

—¡Hum! —dijo Navio—. A mí las mismas condiciones no me han hecho obtener muy buenos resultados...

—Será mejor que bebamos el té —dijo Puck alegremente.

Y las cuatro amigas pasaron una agradable hora alrededor del lindo regalo obtenido por Inger.

El ingeniero Winther llegó en el gran coche del veterinario Moeller para recoger a las jovencitas. Inger tomaría el tren en Oesterby, dirección opuesta, pero para acompañar a sus amigas, prefirió ir a tomarlo a Sundkoebing... y recorrer dos veces el mismo

trayecto.

Las cuatro amiguitas charlaban alegremente.

Se prometieron enviarse postales y se dijeron que las vacaciones no eran tan largas, después de todo.

—Sé que pasaré unas vacaciones muy tranquilas en Asserbo, con mis padres —dijo Inger—, pero no sé si deseáros las a vosotras algo más «palpitantes»...

—¡Hum! —comentó Navio—. Alboroto...

—... Y Cavador —continuó Karen.

Puck rió alegremente:

—¡Callaos! Los dos bandidos sólo permanecerán unos días por aquí y no tendrán tiempo de hacer muchas diabluras.

Navio sacudió la cabeza con descorazonamiento:

—Cuando se trata de diabluras, poco tiempo les basta a ese par...

—Pues yo pienso —dijo Puck— que el barco les parecerá tan interesante que no pensarán en otra cosa.

¡Pero Puck se equivocaba de cabo a rabo!



Puck y sus amigas fueron cordialmente recibidas por el veterinario. Y las muchachitas invitadas, Navío y Karen, dieron gritos de alegría al ver la linda habitación que tía Henny, como Puck llamaba a la esposa del veterinario, les había preparado. Desde la ventana se veía el puerto, y anclado en él un barco mercante que era, sin duda, el que llevaría a Inglaterra a Cavador y Alboroto.

Puck, que se había acercado a la ventana, dijo:

—Estaba pensando en Alboroto y Cavador, y creo que vamos a echar de menos a ese par de bandidos, después de todo.

—Yo no —declaró Navio, dejando la maleta sobre la cama, y luego empezó a deshacerla. Pero, de pronto, gritó de horror—: ¡Ah, ay... Socorro...!

Asustada, se dejó caer en la silla más próxima.

Casi al mismo tiempo, Karen y Puck gritaron también, ya que acababan de descubrir lo que había surgido inesperadamente de la maleta de Navio: ¡una ratita blanca!

—Socorro... —gritaron ahora las tres a coro—: Socorro, socorro...

La ratita desapareció bajo el armario, pero las chiquillas no se atrevieron a dar un paso. Resonaron pisadas en la escalera y apareció el veterinario Moeller en el umbral. Miró a las tres chiquillas con aire asombrado y exclamó:



—Dios mío, ¿habéis perdido la cabeza, hijitas?

—¡Una rata! —gritó Navio con voz aguda—. Una auténtica rata viva...

—¿Qué?

Karen señaló con el dedo:

—Cuidado, señor... Debajo del armario...

Completamente desorientado al principio, el veterinario acabó por comprender y rió:

—Ah, pequeñas mías, ni que se tratara de un tigre... Pero es raro... Creí que no había ratas en casa...

—Es una rata blanca, tío Anders —dijo Puck temblorosa.

—¿Una rata blanca? —repitió el veterinario—. ¡No digas tonterías! Jamás ha habido ratas blancas en esta casa.

—Pues hay una bajo el armario y ha salido de la maleta de Navio.

—Sí, las tres la hemos visto. Tal vez haya más aún...

El veterinario se arrodilló riendo y, ante el asombro de rilas,

alargó el brazo. Un segundo después, sacó la mano con la ratita prisionera en ella.

—Aquí está el monstruo —dijo levantándose—. Acercaos a verla.

—¡No! ¡Qué horror! —gritaron las chiquillas a coro.

—Preferiría saltar por la ventana —dijo Karen.

—Yo también —añadió Navio.

—¿No quisieras llevártela, tío Anders? —suplicó Puck.

—Está bien, conozco a un muchacho, Jesper, el hijo de mi vecino, que colecciona ratas blancas —dijo el veterinario—, y se sentirá feliz de hospedar una más.

Cerró la puerta tras él, pero pasaron aún varios minutos antes de que las chiquillas osaran bajar de las camas donde se habían subido.

—¿Cómo habrá podido meterse ese terrible animal en mi maleta? —preguntó Navio.

Puck estaba recuperando la calma y contestó:

—Es fácil de suponer, Navio. ¿No recuerdas cuando hallamos una en el «Trébol de Cuatro Hojas»?

Navio asintió con la cabeza.

—Pues bien —concluyó Puck—. Quienes nos pusieron aquélla nos han puesto ésta.

Navio apretó los dientes.

—¡Alboroto ha hecho de las tuyas una vez más! ¿No? Me las pagará caras...

Karen no se atrevía a abrir su maleta.

—Me pregunto si no, habrá también ratas en las otras maletas... Deberíamos mirarlas. ¿No quisieras hacerlo tú, Puck?

Puck no pareció muy entusiasmada ante la idea. Y, cuando, temblorosa, se acercó a la maleta de Karen, ésta saltó de nuevo sobre la cama para contemplar los acontecimientos desde un sitio seguro. Puck la abrió y retiró las prendas con gestos vivos.

—No hay nada en esta maleta...

Abrieron también la tercera y al fin se tranquilizaron. Pero, al volver a poner en orden las cosas, Navio topó con un papel entre dos vestidos. Leyó el contenido y gritó colérica:

—¡Son un par de caraduras infernales!

—¿Qué te ocurre ahora, Navio? —preguntó Puck.

—Mira tú misma —respondió Navio, tendiéndole el papel. Puck se puso a leer y poco a poco una gran sonrisa entreabrió sus labios:

*Para gastar una broma a una mujer
basta siempre con una ratita.*

*¡Más que el tigre más terrible,
la rata asusta a grandes y chicas!*

*Confiamos en que asustará también
a Puck, Karen y Navio,
haciéndolas estremecer.*

Un saludo cordial de

Alboroto y Cavador

Riendo alegremente, Puck pasó el papel a Karen.

—¡Ah, son en verdad insoportables...! Cuando el mar nos separe, podremos respirar tranquilas.

Cuando un poco más tarde las tres amiguitas bajaron al salón, debieron soportar las bromas a propósito de la ratita que tanto las había asustado. El señor Moeller dio un golpecito amistoso al hombro de Puck.

—Pequeña mía, tú que tan valiente eres para otras cosas, no deberías permitir que te asustase de tal modo un animalito tan inofensivo... Ja, ja, ja...

—Basta ya, Anders —dijo la señora Moeller—. ¿No deberías mostrarles la barca de motor antes de la cena?

—Sí. Vamos, jovencitas.

—¿De qué barca hablas, tío Anders? —preguntó Puck—. ¿Has comprado una?

—No, pero pienso hacerlo..., si el vendedor y yo llegamos a un acuerdo. El barco pertenece a un comerciante de Kiel, que vendrá dentro de un par de días. Me pide cinco mil marcos, más de los que yo quiero dar, pero mientras tanto podemos permitirnos el lujo de pasear en ella... como prueba.

—No sabía que te gustaran las barcas, tío Anders —dijo Puck.
El veterinario rió.

—Verás, hijita... Al hacerse uno mayor, se vuelve perezoso... Para la tierra tengo coche y para el mar... un barco de motor es más cómodo que esquíes acuáticos.

¡Sería maravilloso, pensó entonces Puck, poder convencer a su padre y al tío Anders de hacer un pequeño viaje en barca con Karen y Navio! Ah, si el vendedor alemán se pusiera razonable en cuanto al precio...

Charlando, el pequeño grupo llegó al puerto.

En relación con la superficie, el puerto de Sundkoebing era imponente. Había grandes navíos, buques de menor importancia e incluso grandes barcas de pesca, y otras de placer. Al norte se proyectaba en el mar una larga mole de piedra, a cuyo extremo se erguía un faro, constituyendo la línea de demarcación entre la agitada vida del muelle y la plácida de la pequeña ciudad.

El barco de motor estaba amarrado al faro y, viéndolo Navio gritó de entusiasmo:

—Oh, oh... Es un verdadero transatlántico...

El veterinario rió:

—Hijita, nadie diría que eres hija de un capitán de navío. De todos modos, confieso que es un buen barquito. Y bastante grande: caben en él doce literas... y, de ser preciso, podría cruzarse el Atlántico a bordo. Subamos para verlo mejor.

Aquel barco impresionante tenía en efecto dos habitaciones con seis literas cada una y un saloncito con una mesa alrededor, en la cual podían sentarse doce personas. Por todas partes el sol se reflejaba en la madera de caoba y en los metales cromados. ¡Tenía incluso antena de T. V.! ¡Ah, las jovencitas estaban maravilladas!

Al día siguiente las tres amigas se encaminaron al establecimiento de baños. Querían nadar un poco y hacía un tiempo espléndido. Puck y Karen eran excelentes nadadoras, y Navio no les iba a la

zaga. Cuando se hubieron alejado bastante de la playa, y sus tres cabecitas eran sólo puntos en el mar, se dejó oír una voz alegre:

—¡Vaya, amigas mías, qué sorpresa!

—¡Oh, no! —gimió Navio con desesperación—. Ahí están esos granujas...

En efecto. Alboroto y Cavador se acercaron nadando en *crawl*. Alboroto rió, encantado.

—¿Qué? ¿Habéis recibido una sorpresita de vuestros viejos compañeros?

Puck respondió sonriente:

—¡Tenéis una gran falta de imaginación! Ya habíais usado ratas en otra ocasión, según recuerdo.

—Es algo que siempre surte efecto —declaró Alboroto, encantado—. Las chicas y las ratas no hacen buenas migas.

Puck señaló el barco anclado que tío Anders quería comprar.

—¿Ves aquel buque allá?

—Sí.

—Bien, pues te apuesto a que una de nosotras, por lo menos, conseguirá llegar allí antes que Cavador o tú.

Alboroto, preguntó:

—¿Qué apostamos?

—Los cinco helados más grandes de Sundkoebing.

—¿Estás de acuerdo, Cavador? Incluso deberíamos darles unos cuantos metros de ventaja...

—Sí, veinte metros —propuso Cavador—. Podéis comenzar, chicas.



Y las tres amigas salieron nadando con todas sus fuerzas, pero el trayecto hasta el barco en cuestión era largo y pronto Navio quedó rezagada. Puck dio una ojeada atrás y dijo:

—Los chicos todavía no han salido. ¡Tan seguros están de ganar! Deberíamos darles una lección, Karen.

—De acuerdo.

Las chiquillas se esforzaron cuanto pudieron, pero no tardaron en ver pasar a su lado, raudo como una flecha a Alboroto, que se tomó aún el tiempo de hacerles un signo de adiós.

—¡Cielos! —gritó Puck.

Tampoco tardó Cavadador en adelantarlas.

—¡Qué remedio! —suspiró Karen—. No siempre se gana.

Unos instantes más tarde, Alboroto llegó al barco. Se agarró a una amarra y empezó a trepar. Apenas había conseguido llegar a cubierta, cuando debió de ocurrir algo imprevisto ya que dio un gran grito y, en un peligroso salto, volvió a caer al mar. Detrás de él, un hombre vestido de negro pareció darse a la fuga.

—¡Qué bandido, qué cobarde...!

—Pero ¿de qué hablas? —preguntó Puck.

—Subamos a bordo y os lo contaré.

Subió él en primer lugar, seguido por Cavadador, y ambos ayudaron luego a las chicas a hacer lo propio.

Cuando los cinco estuvieron en cubierta, Alboroto explicó:

—Acababa de poner el pie aquí, cuando la puerta de aquella

cabina se abrió bruscamente, y salió un hombre que me dio un puñetazo en el pecho, haciéndome caer. Y, en realidad, eso es todo...

—¿Estás seguro de que el hombre ha salido de la cabina? —preguntó Puck.

—Completamente. ¿No ves la puerta que ha quedado abierta?

Puck examinó la puerta que no tenía ninguna señal de haber sido forzada y dijo:

—Pues no lo comprendo. Nosotras estuvimos aquí ayer con tío Anders y sé perfectamente que las puertas de las cabinas estaban cerradas con llave.

—Déjame mirar —dijo Alboroto.

Se inclinó y estuvo observando cuidadosamente la cerradura. Luego exclamó:

—Misterioso... Muy misterioso... Eso ha sido abierto con llave. ¿Quién tiene las llaves de este barco, Puck?

Puck titubeó un poco:

—Tío Anders, naturalmente... y quizás los pescadores que según mi tío, fueron a buscarlo a Kiel.

—Si era uno de los pescadores, ¿por qué habría de empujarme al agua? —inquirió Alboroto.

—Lo ignoro —confesó Puck—. Además el hombre iba vestido con elegancia, no tenía aspecto de pescador...

—¿Podrías reconocerle?

—Tal vez... Era pequeño y gordo, con cabellos negros... No me he fijado bien, ya que estaba preocupada por ti.

—Muy amable de tu parte, Puck —dijo Alboroto—. Examinemos el interior de la cabina.

Pero tampoco allí descubrieron nada insólito. Alboroto abrió la pequeña puerta que daba a la sala de máquinas e hizo un signo de descorazonamiento:

—Supongo que quería robar algo, pero ¿qué? Aquí sólo hay motores...

Quiso abrir las puertas de las otras cabinas, pero estaban cerradas con llave. Suspiró:

—Será mejor que volvamos al establecimiento de baños, amigos

—Y mirando a Puck precisó:— Y tú, damita, no olvides que me

debes cinco enormes helados. ¿O prefieres darme el dinero ahora mismo?

Puck fingió darle un bofetón:

—Grandísimo bobo... ¿Cómo quieres que lleve dinero encima ahora? Podemos encontrarnos a las cuatro en la pastelería de la Gran Plaza.

—De acuerdo. ¿Quieres apostar algo más por el regreso a la playa?

—No, gracias. Reconocemos de buen grado que tú y Cavador nos ganáis en natación.

—Nademos juntos —pidió Navio—. Me siento cansada y no me agradaría volver sola.

Alboroto le dio un golpecito amistoso en un hombro.

—Mi pequeña Navio... Tu buen amigo permanecerá a tu lado. ¡Y piensa que a mi lado podrías atravesar tranquila hasta el Canal de La Mancha! ¿Vamos?

—O. K.

Puck contó al veterinario Moeller el incidente y éste no supo que decir. Pero, después del almuerzo, decidió llegarse hasta el barco para volver a cerrar con llave la cabina abierta, que era la del piloto. Y no volvió a pensar más en el asunto.

Por el contrario, Puck no pudo dejar de pensar en ello, incluso pasando una hora agradable en compañía de los dos muchachos en la pastelería, estuvo distraída, ausente. No podía apartar de su mente al hombre misterioso.

Alboroto y Cavador se mostraron generosos y, cuando Puck hubo pagado su ronda de helados, invitaron a otra ronda, con una naranjada además. Navio aceptó y dijo:

—Nos lo debéis por el susto de la rata... A propósito, ¿todavía os quedan ratas?

—Ni una sola —confesó Alboroto—. El año que viene no criaremos ratas blancas...

—Entonces ¿qué?

—Lagartos.

—¿Ouée?

—El lagarto es el animal más simpático de la familia de los cocodrilos... Lo triste es que no cabe ninguno en la maleta de Navio. Pero su piel es muy estimada para bolsos y zapatos.

—¿Ya tenéis permiso del director para ello? —preguntó Puck riendo.

—Sí, está de acuerdo —dijo Alboroto, riendo—. ¡Incluso hemos pensado en regalar un ejemplar a la señora Frank, a fin de que pueda hacer caldo con él! Seguramente nuestros lagartos animarán un poco la vida del pensionado.

—No creo que sea necesario —comentó Karen—. Con Cavador y tú ya estamos todos bastante animados. ¡Sois peores que lagartos!

—Gracias por el cumplido —contestó Alboroto inclinándose—. ¿Me atreveré a invitar a otra ronda de helados a estas gentiles damitas?

—Sí, gracias, ¡archibandido!

XI



Aquella noche, mientras el veterinario Moeller jugaba con unos amigos una partida de cartas, Puck reunió a sus amigas en consejo de guerra. No podía apartar de sus pensamientos al hombre del barco. Así que dijo:

—Estoy segura de que, al entrar en la cabina, tenía un propósito bien definido y tengo el presentimiento de que repetirá su visita, sólo que ahora lo hará de noche... ¡Y sería muy divertido que pudiéramos sorprenderle!

—¡Hum! —exclamó Navio.

—No me atrae la idea —dijo Karen—. No me apetece deambular por la oscuridad.

Pero era difícil disuadir a Puck, quien usó tan buenos argumentos para convencer a sus amigas como el siguiente:

—Nada puede pasarnos por dar una vuelta de inspección al barco. Además tía Henny ha dicho que no nos acostáramos hasta que tuviéramos sueño... Tío Anders jugará a las cartas por lo menos hasta las doce o la una... Bastará, pues, con que estemos de regreso para entonces. Si no hemos descubierto nada, lo dejaré correr... Pero un paseo rápido nos sentará bien.

—Hum —repitió de nuevo Navio.

Karen suspiró:

—Bien, juguemos a los detectives una vez más... Pero yo hubiera preferido cualquier otra cosa...

Fuera, la noche era destemplada. Karen miró al cielo pensativa:

—Sólo nos faltaría que lloviera y nos dejara como ratas mojadas.

—No hables de ratas —protestó Navio—. Por favor, Karen.

Cuando llegaron al puerto era ya noche cerrada y en los muelles la iluminación era escasa. Con pasos silenciosos, avanzaron por el puerto desierto.

—¡Ay, qué siniestro es todo esto! —exclamó Navio—. ¿No sería mejor que regresáramos a casa?

—Tonterías, Navio —dijo Puck—. ¡Procura sólo no caerte al agua!

Habían llegado ya cerca del barco de motor cuando Puck se detuvo súbitamente y agarró a sus dos amigas del brazo:

—¡Silencio! ¿Habéis visto?

—¿Qué?

—Una sombra que se movía detrás de la cabina posterior,

—Entonces, ¿qué hacemos?

Puck reflexionó y luego preguntó muy bajito:

—¿Tenéis miedo?

—Pues... un poco —confesó Navio—. Preferiría encontrar otra rata en mi maleta... o lagartos en la sopa. ¿No sería mejor alejarnos?

—¿Tú qué piensas, Karen?

—Preferiría estar en cama..., pero tú decides. Además puesto

que ya estamos aquí...

Puck reflexionó unos instantes, y de nuevo taladró la oscuridad, inspeccionando la cubierta del barco. La calma parecía reinar ahora por doquier.

Se volvió hacia sus amigas:

—Bien —decidió—. Correremos el riesgo. Si algo nos sucediera, nos pondremos las tres a gritar a la vez con todas nuestras fuerzas. Nada asusta más a los bandidos que las chicas que gritan.

—¿Quién irá a la cabeza? —murmuró Navio.

—Yo... Pero a la hora de gritar, ¡todas juntas!

—De acuerdo.

Puck quería avanzar ya cuando Navio la tomó del brazo.

—Puck, ¿no sería mejor ir en busca de Alboroto y Cavador y pedirles ayuda?

—No tenemos tiempo. Vamos.

Y las tres muchachitas se acercaron furtivamente al barco. Puck trepó en primer lugar, con el corazón saltándole en el pecho, seguida por las otras dos, y se deslizó a lo largo de la cubierta hasta llegar cerca de la cabina posterior...

Allí permaneció inmóvil, con una mano sobre el pecho, tratando de calmar sus latidos. ¿Trataría el hombre de atacarlas?

No se oía absolutamente nada. ¿Acaso se habría equivocado? Dio unos pasos más y bruscamente se detuvo, inmovilizada por el pánico. Una cabeza aparecía de detrás de la cabina y una voz decía:

—Miau... miau...

Puck estaba tan asustada que no pudo gritar, pero Karen y Navio lo hicieron a coro y con todas sus fuerzas.

—¡Basta, basta, hermanitas! —dijo una alegre voz.

Y Alboroto surgió junto a ellas.

—Oh, ¡qué miedo he pasado! —suspiró Puck—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—¿Y vosotras?

—Ah, de nuevo ese par de bandidos —exclamó Navio—. ¿Por qué no os vais de una vez a Inglaterra?

—Nos iremos pasado mañana —dijo Alboroto.

Puck se enfrentó a los dos muchachos:

—Bien, dadnos una explicación, cabezas de chorlito. ¿Qué

hacéis aquí a estas horas?

—Sin duda lo mismo que vosotras —respondió Alboroto—. Hemos pensado que tal vez el hombre misterioso repetiría su visita de noche. Ahora que somos cinco, podríamos hacer causa común y, si vuelve, caerá en una trampa.

—Probemos —dijo Puck—. Pero nosotras debemos irnos dentro de una hora poco más o menos...

—Tampoco nosotros pensamos pasarnos toda la noche haciendo de detectives.

Poco después los cinco compañeros estaban ocultos en un extremo del muelle, detrás de un muro rocoso. El lugar era incómodo y frío. El tiempo parecía haberse detenido.

Cuando el reloj de la iglesia dio las once, todavía no había pasado nada.

—¡Ah! —suspiró Navio—. Feliz quien está en la cama.

—Dentro de veinte minutos estarás tú también, te lo prometo —dijo Puck—. Si para entonces no ha sucedido nada. ¡Además, a ti te gustan las cosas «formidablemente palpitantes»! ¿No?

—Ya no, Puck, ya no... Te lo aseguro.

Karen se apiadó de su amiga y le acarició los rubios cabellos.

—Silencio... —recomendó Alboroto entonces.

Los cinco amigos prestaron oído atento y, aunque nada se veía, escucharon pasos furtivos.

—Hay más de una persona —murmuró Puck.

—Sí, al menos son dos —respondió Cavadór—. Se acercan...

—¿Qué debemos hacer?

—Esperar...

En aquel instante los pasos se detuvieron. Alboroto se volvió a Puck y murmuró:

—Sin duda no se atreven a avanzar más. ¿Qué te parece si les seguimos para ver quiénes son?

—Excelente idea —respondió ella—. Pero aguardemos para ver cuál es su intención. Si dan media vuelta, les seguiremos.

—Un momento. Si hay que correr tras ellos, es tarea de Cavadór y mía.

—¿Por qué?

—Por dos razones. Una, que no queremos exponeros a vosotras,

y otra, que yo te debo una recompensa por... un par de zapatillas de punta retorcida.

—¿Todavía te acuerdas de eso? —exclamó Puck, sonriendo—. Yo ya lo he olvidado.

—Mira, dan media vuelta —dijo Alboroto—. Vamos, Cavador, persigámosles...

—De acuerdo —dijo éste.

Y tan de prisa se levantó que resbaló sobre una piedra y, dando un grito, fue a caer al agua.



Alboroto titubeó un segundo, pero acabó por echar a correr detrás de los hombres, mientras su compañero, gruñendo, surgía del agua oscura, completamente empapado.

A pesar de la gravedad de la situación, Puck no pudo evitar reírse.

—¿Dónde está Alboroto?

—Persiguiendo bandidos.

Puck no pudo decir más, ya que Cavador salió disparado, entre ruidosos chapoteos de sus zapatos, para tratar de alcanzar a su amigo.

—Vamos, chicas —dijo entonces Puck—. Sigamos a los muchachos.

Y también ellas salieron corriendo. Pero los dos muchachos llevaban una buena ventaja y, cuando llegaron al final del muelle, se quedaron indecisas. En alguna parte próxima se oían gritos y pasos precipitados, pero resultaba imposible localizarlos.

Después se hizo el silencio y, algo más tarde. Cavador surgió de

la oscuridad.

Sus vestidos estaban aún chorreantes y echaba desesperadas miradas a su alrededor.

—¿Dónde está Alboroto? ¿No era él quien gritaba?

—Sí, él y otros —respondió Puck—. Pero no sé dónde están. Será mejor esperar aquí.

—Es que mucho me temo —aventuró Cavadador— que Alboroto necesita una pequeña ayuda...

—Digamos más bien una gran ayuda, querido amigo —sonó entonces la voz de Alboroto ligeramente desolada.

Llegaba vacilante y se secó el sudor con el dorso de la mano.

Puck le preguntó, inquieta:

—¿Qué tienes, Alboroto? ¿Estás herido...?

Alboroto hizo una mueca.

—Nada grave, bebé. Sólo un ojo a la funerala.

—Dios mío... ¿Y cómo ha sido?

—Muy sencillo, mi pequeña Puck. He sido más rápido que los bandidos, había dos; pero cuando he llegado junto a ellos se han vuelto hacia mí y me han derribado. Por desdicha, uno de los puñetazos me ha dado en un ojo... Así que me presentaré lucido en Londres...

—¡Oh, pobre Alboroto...!

—Sí, pero también el bandido ha recibido lo suyo —rió el muchacho—, ya que he tenido el tiempo suficiente de propinarle un puntapié en su parte posterior que le ha hecho gritar como un cerdo degollado.

—¡Bravo! —gritó alegremente Navio.

—¿No les perseguimos? —preguntó Cavadador, que tiritaba.

Alboroto le miró con descorazonamiento:

—¿Adónde? Sundkoebing no es una gran ciudad, pero resultaría difícil dar con ellos ahora... Además, con un ojo así ya tengo bastante por una noche.

—¿Qué hacemos entonces?

—Ir a acostarnos. —Y volviéndose hacia Puck le dijo—: Ahora mi deuda está saldada. Ese ojo vale por las zapatillas.

—Totalmente de acuerdo. Alboroto. Os espero mañana en casa de mis tíos y decidiremos qué hacer.

—*Yes, darling* —dijo Alboroto, que ya se sentía inglés—. Hacia las diez. Buenas noches, nenitas.

Cuando los muchachos hubieron desaparecido, Navio, llena de curiosidad, preguntó:

—Puck, ¿qué es eso de las zapatillas de puntas retorcidas?

—Es un secretito entre él y yo. ¡Vayamos a dormir ahora!

Puck no quiso molestar a los jugadores de cartas, así que no contó nada de lo sucedido hasta el día siguiente al desayunar. El ingeniero Winther miró a su hijita muy enojado:

—Escucha, Bente, me disgusta mucho que te mezcles en asuntos tan peligrosos...

Ella le pidió perdón y acabó diciendo:

—¡Bah, no pienses más en ello, papá! Después de todo no soy yo quien tiene un ojo a la funerala...

El veterinario comentó:

—Ese Alboroto es de miedo. Siempre anda metido en dificultades. Pero ¿qué se ocultará en todo este asunto? He de pensar que se trata de algo grave. Pero ¿qué?

El ingeniero repuso:

—Es de suponer que esos hombres tengan un motivo especial para entrar en el cuarto de los motores. Tal vez fuera mejor avisar a la policía.

—Sí, quizá —dijo el veterinario—. Por ahora me contentaré con hacer poner un cerrojo en la cabina y ya interrogaremos a Alboroto cuando venga...

Se levantó y salió... La señora Moeller, hasta entonces silenciosa, dijo inquieta:

—Es un asunto inquietante, hijitas... y pudo haber acabado mal para vosotras.

—No lo repetiremos —dijo Puck—. Pero no fue tan terrible como suponéis...

Cuando Alboroto y Cavador llegaron a las diez, tuvieron que contar lo que sabían, que no era mucho. Alboroto era de la opinión

de que el hombre que le había dado el puñetazo era el mismo que le empujó por la mañana. El veterinario llamó a la policía y el joven inspector Holm pareció interesarse por el cuarto de motores del barco.

—No hay que preocuparse por eso ahora, ya que he ordenado colocar un cerrojo nuevo.

—De todos modos —comentó el inspector— me gustaría encontrar al hombre... O a los hombres.

Mientras estaban hablando, recibieron una llamada telefónica de Heinrich Muller, el propietario del barco de motor, que citaba a Moeller en Fjordby para aquella misma tarde.

El veterinario estuvo de acuerdo pero precisó:

—De todos modos le digo de antemano que no aceptaré el precio de los cinco mil marcos suplementarios.

Cuando colgó el aparato, el veterinario reía:

—Ese alemán es difícil de convencer... Jovencitos, ¿queréis ir conmigo a Fjordby esta tarde a las cuatro?

Las chicas estuvieron de acuerdo, pero Alboroto dijo:

—¿Estaremos de regreso hoy mismo, señor?

—Desde luego.

—Es que nuestro barco parte mañana al amanecer..., y sería triste que se fuera sin nosotros.

—Sería una suerte para Inglaterra —comentó Navio, irónica.



Finalmente quedó decidido que el señor Moeller, el padre de Puck y los cinco jovencitos se hallarían en el barco a las cuatro de la tarde.

El inspector Holm estaba muy pensativo, de regreso a la comisaría, de modo que entró en el despacho de su jefe a contarle

todo lo sucedido.

—¿De qué se trata, Holm?

—Señor —dijo éste—. ¿Se acuerda de la comunicación recibida por parte de la policía alemana referente a un fabricante de barcos llamado Muller? Pues bien...

Y a continuación le refirió toda la historia. Su jefe también quedó pensativo. La policía alemana sospechaba que Muller trataba de pasar una fortuna en joyas fraudulentamente, pero carecía de pruebas, y ofrecía una recompensa de cinco mil marcos al que le diera alguna pista.

—Teniendo en cuenta todo esto —dijo el comisario en jefe—, creo que sería conveniente echarle una ojeada al tal Muller.

—¿Hay que poner al veterinario al corriente?

—No, esperemos, Holm. De momento es mejor ser discretos. Usted irá a Fjordby en auto esta tarde y tratará de averiguar lo que pueda. Tal vez el azar nos ayude.

El joven policía salió del despacho radiante. Un sexto sentido le advertía que aquella tarde sucederían cosas interesantes.

XII



Mientras Moeller y Winther permanecían en la cabina del piloto, Puck y sus compañeros se deleitaban contemplando la bella costa. El cielo era azul y el sol cálido. El veterinario asomó la cabeza y les gritó:

—Si tenéis apetito, hallaréis cosas buenas en la cabina de atrás. ¡Así que podéis empezar!

—¡Bravo! —gritó Navio—. Es formidablemente palpitante.

—Pasemos al ataque —dijo Alboroto—. Me pregunto si es mi ojo morado lo que me da el apetito que siento.

Los cinco amigos, riendo, desaparecieron en el interior de la cabina indicada y se sentaron alrededor de la mesa de caoba, donde saborearon limonadas, *biscottes* y frutas.

Karen miró a través del ojo de buey y suspiró:

—Si tuviéramos un barco así, podríamos pasarnos las vacaciones rodeando la costa de Dinamarca.

—Sí, sería maravilloso —dijo Puck—. Lo he pensado muchas veces.

—¡Bajad de las nubes, hijitas! —comentó Alboroto—. ¡Jamás reuniremos suficiente dinero!

Cuando el barco se acercó a Fjordby, los cinco amigos subieron de nuevo a cubierta.

El veterinario maniobró para entrar en el puerto, donde había varios yates anclados.

Apenas detenidos, un señor saltó a cubierta y les saludó en alemán. Puck se quedó de una pieza, ya que se trataba del hombre bajo y gordo que había empujado a Alboroto.

Durante unos segundos fue incapaz de decir palabra, pero mientras el alemán saludaba a todos, echó una mirada de reojo a Alboroto. ¿Le había reconocido él también? Aparentemente, no.

Puck se quedó perpleja. ¿Estaría equivocada? ¿Qué debía hacer?

Decidió esperar los acontecimientos. El alemán no sospechaba nada, de modo que no trataría de huir.

Puck no entendía gran cosa del alemán, pero pudo comprender algo de la conversación sostenida por los mayores. El veterinario quería discutir allí mismo el asunto del precio del barco, pero el alemán muy amablemente quiso ir a su hotel a tomar un café y una copa. Y servirían pasteles a los muchachos.

El señor Moeller quiso ir a cerrar las cabinas con llave, pero el alemán le aseguró que aquello no era necesario en pleno día, y todos se alejaron hacia el muelle.

Puck se las arregló para quedarse rezagada con Alboroto. ¿No podría éste reconocer al hombre que le había pegado en un ojo? Sí, pero quizás no se trataba del mismo que le había empujado en el barco, a pesar de las sospechas en contra que tenía el muchacho.

En el restaurante del hotel «Rivage», el veterinario quiso instalarse cerca de una ventana, pero el alemán prefirió el fondo de

la sala. Cuando el camarero les hubo servido, el veterinario y el alemán empezaron a hablar de precios. Se trataba de la diferencia de los cinco mil marcos que les separaba y ninguno de los dos quería ceder. Puck se aburría y hubiera querido hallarse en el puerto. En cambio, sus compañeros parecían encantados con los pasteles reunidos.

De pronto, Heinrich Muller consultó su reloj y murmuró:

—Deberán disculparme unos minutos. Tengo otro cliente esperándome. Hasta ahora mismo. Vuelvo en seguida.

Salió precipitadamente, mientras el ingeniero y el veterinario, un tanto perplejos, empezaron a hablar del asunto de la compra del barco. Puck se levantó y como distraídamente se acercó a la ventana.

¡Por poco se desmaya! El alemán, a toda velocidad, corría hacia el barco.

¡Ahora estaba Puck segura de no equivocarse!

Sin reflexionar más, olvidando prevenir a su padre, salió disparada como una flecha hasta el muelle. Nadie notó su ausencia. Y pudo ver cómo el alemán subía a bordo y desaparecía en el interior de la cabina del piloto.

Silenciosa como un gato, entró también en el barco y se metió en la cabina. La puerta que daba al cuarto de los motores, como había supuesto, estaba abierta, y se oía a alguien moverse abajo. Apenas se acercó un poco cuando el hombre dio media vuelta, la vio, y gritó de sorpresa. Quiso subir, pero Puck reaccionó rápidamente y cerró la puerta, dejándole dentro. Encerrado, el alemán profería insultos y amenazas y golpeaba el panel.



Puck se inquietó un poco, temiendo que acabara por derribar la puerta. Y una idea luminosa vino en su ayuda. Colocó su espalda contra la puerta y apoyó los pies, con todas sus fuerzas, contra uno de los peldaños de la escalerilla. Y empezó a gritar a pleno pulmón:

—¡Socorroooo!... ¡Socorroooo!

En aquel momento, una sombra apareció en la puerta de la cabina y Puck pudo respirar aliviada, ya que se trataba del inspector Holm.

—Hola —dijo con un cordial sonrisa—. Algo muy astuto, desde luego...

—¿Qué es muy astuto? —preguntó Puck, que seguía sosteniendo la puerta con su espalda.

—Haber capturado a Muller de esta forma.

—¿Cómo sabía usted que...?

—La policía lo sabe todo —respondió él riendo—. Pero tú no te quedas atrás, hijita. Ahora apártate para que podamos echar una ojeada a nuestro hombre.

Puck empezó:

—Quisiera saber.

—Las explicaciones vendrán luego. Vamos, apártate, amiguita.

Puck obedeció. Holm abrió la puerta y Muller salió con mirada asesina. Lanzó toda suerte de improperios, pero el policía permaneció imperturbable. Al cabo, el policía pareció querer calmarle:

—Todo el mundo puede cometer una broma pesada, y ese ha

sido el caso de esta chiquilla sin duda...

—¿Con qué derecho me encierra con llave en mi propio barco?

—Si se considera usted ofendido, puede presentar una denuncia en la comisaría...

Holm miró de reojo a la chiquilla, que no comprendió por qué Muller no era detenido allí mismo. El alemán pareció reflexionar y luego decidió subir a cubierta, seguido por Holm y Puck. Entonces, Holm puso una mano sobre un hombro del alemán y le anunció que estaba arrestado.

—¿Arrestado? ¿Por qué?

Holm le mostró sus credenciales de policía y le dijo:

—Por haber atacado a un muchacho en Sundkoebing ayer noche. Vamos, acérquese, Jensen...

Un hombre uniformado, que había permanecido aparte, se acercó por detrás del grupo.

Holm dijo al alemán:

—Le presento a un agente del servicio de aduanas danés. Muller se sobresaltó. Instintivamente se metió una mano en un bolsillo, pero el policía fue más rápido y pudo dominarle sin grandes esfuerzos.



Debajo de la americana llevaba escondida una saquita.

—Mire lo que contiene, Jensen.

El aduanero abrió el saco y sonrió de oreja a oreja.

—Sí, no nos hemos equivocado, Holm... Mire...

El saco estaba lleno de objetos de oro y brillantes.

—¡Un buen golpe! —comentó Holm, y volviéndose hacia la chiquilla le dijo—: Vamos a llevar a ese individuo a la comisaría. Será mejor que tú regreses al hotel con los demás. Dile al veterinario que yo iré dentro de unos momentos.

—Sí, pero ¿cómo sabía usted...?

El policía la interrumpió sonriendo:

—Te lo contaré luego... Y también tú tendrás cosas que contarme.

Le dio un cachecito amistoso.

—¡Y sin duda recibirás una recompensa de cinco mil marcos!

—¿Cinco mil marcos? —murmuró Puck, atónita—. ¿Por qué?

—También eso te lo contaré luego. Hasta pronto.

Puck se sentía turbada, pero se puso a correr hacia el hotel «Rivage», pero en un extremo del muelle se encontró con Alboroto.

—¿Dónde diablos...? ¿Y qué es todo ese extraño cortejo que va detrás de ti?

El «cortejo» eran Holm, Jensen y Muller, a quien arrastraban casi a la fuerza.

Puck dijo sonriendo:

—Pues nada... la policía ha detenido al bandido... que te puso el ojo morado...

No pudo decir más, porque en aquel momento se escuchó un grito, y vieron al alemán pasar corriendo por su lado.

—¡Socorro, se escapa! —gritó Puck.

Alboroto reaccionó con una rapidez digna de encomio y le propinó un puntapié de tal suerte que le hizo caer de cara contra el muelle. Dos segundos más tarde Holm y el aduanero le colocaban las esposas.

—Gracias, muchacho —dijo Holm, agitado todavía.

—Oh, de nada —contestó Alboroto—. ¿Qué no haría uno por vengarse de su ojo morado?

Aquel asunto, naturalmente, causó sensación a los que aguardaban en el hotel. Puck pudo dar, sin embargo, pocas explicaciones, pero poco después llegó el inspector y el veterinario le preguntó:

—¿Puedo saber qué significan tantas idas y venidas?

El policía se sentó y comenzó su relato:

—La policía alemana comunicó a la danesa que el fabricante

Muller trataría, probablemente, de pasar joyas fraudulentamente. El plan de Muller era astuto. Colocó las joyas en el cuarto de los motores del barco antes de que los dos pescadores fueran a buscarlo a Kiel. Como fuera que debía ir a Sundkoebing a negociar con usted, esperaba poder sacarlas allí. Y casi lo consiguió, de no haber sido sorprendido por Hugo que trepó a bordo inesperadamente. Ayudado por un cómplice, de nuevo intentó recuperarlo por la noche, pero tampoco pudo... Así que entonces le llamó a usted citándole aquí...

—¿Por qué?

—No quería volver a encontrarse con esos jovencitos que podían reconocerle.

—Ah, naturalmente...

—Mi jefe me ha enviado para seguirle los pasos de cerca, y cuando estaba junto al barco de motor he oído los gritos de auxilio de Bente, que había encerrado a nuestro hombre en el cuarto de máquinas. ¡Y eso es todo!

—Pero —preguntó por tercera vez Puck—. ¿Por qué no quiso usted detenerle abajo, y esperó a estar en cubierta?

—Te lo explicaré —dijo Holm sonriente—. Como el barco lleva aún bandera alemana, era preciso sorprenderle con las joyas en la mano en presencia de un aduanero. Y ahora dime tú: ¿por qué le has seguido hasta sorprenderle en el cuarto de motores?

—Es bien sencillo —explicó Puck—. Al ver a Muller le reconocí en seguida como al hombre que había empujado a Alboroto haciéndole caer al mar. Pero quise estar segura y lo he sabido al ver que, con la excusa de acudir a una cita, abandonaba su conversación con tío Anders... ¡y se dirigía corriendo al barco! Así que le he seguido... y ya sabe lo demás.

—¡Bravo, Bente! Te has ganado bien la recompensa de cinco mil marcos ofrecida por la captura de ese individuo.

Ante tan colosal noticia, Puck pareció aturdida:

—Pero... Si yo no sabía nada de las joyas escondidas... Yo creía simplemente que se trataba de un robo...

Se entabló entonces una buena discusión, que el veterinario cortó diciendo tajante:

—Escuchadme, amigos. Nadie más que yo quisiera ver a Bente

convertida en una rica heredera a fuerza de ganar recompensas, pero creo que, si hay una justicia en este mundo, Bente esta vez debe compartirla con usted, Holm.

—Estoy de acuerdo —dijo Winther.

—Es lo menos que usted se merece, señor Holm —aseguró más tranquila Puck.

Y todos los demás estuvieron de acuerdo. Al final Moeller acabó de convencerle con el siguiente argumento:

—Esa cantidad siempre es bien recibida por una joven pareja, Holm, y usted acaba de casarse, ¿no es eso? Así que está decidido: ¡No se hable más del asunto!

—En tal caso, muchísimas gracias.

—No hay de qué... Y en cuanto al barco; ¿qué será de él ahora? Yo tenía intención de comprarlo pero el precio me parecía caro. No obstante, he tomado una decisión: Si es posible, lo compro.

—Bien —dijo Holm—, el asunto estará ahora en manos de la policía alemana y nada puedo asegurar, pero presentaré su solicitud. Deposite usted la suma indicada en manos de las autoridades.

Durante la comida, el veterinario se volvió hacia Puck y dijo alegremente:

—

—Oye, hijita. Tu padre y yo hemos pensado que tu parte de la recompensa podría servir para pagar la diferencia en el precio del barco, de modo que tú serás también propietaria suya. ¿Qué te parece?

—¡Magnífico, tío Anders! —exclamó la muchacha—. ¿Y podré pilotarlo?

—A condición de que tu padre y yo estemos cerca. Y otra cosa...

—No —interrumpió Winther—, deja que eso se lo diga yo a mi hijita. Ahora que eres copropietaria del barco, podrás decidir sobre qué prefieres hacer en estas seis semanas de vacaciones.

—Oh, papá... ¿Quieres decir que puedo decidir..., «decidir enteramente»?

—Desde luego.

Puck permaneció muda de emoción un rato, al cabo del cual dijo mirando a sus amigas:

—Y bien, chicas, ¿qué os parece la idea de pasar vuestras vacaciones conmigo en el barco?

—¿Qué quieres insinuar con eso? —preguntó Navio, aturdida. Puck rió de todo corazón.

—Quiero decir que, si papá y tío Anders no ven inconveniente en ello, daremos la vuelta a la costa danesa este verano.

—Ah, Puck —murmuró Karen, a punto de desmayarse—. ¡Demasiado hermoso para ser cierto!

—Entonces, ¡está decidido!

Dicho lo cual se precipitó en brazos de su padre, del veterinario y de su esposa sucesivamente.

Navio también desbordaba alegría.

—Debo escribírselo inmediatamente a mi papaíto —dijo—. ¡Estará orgulloso de tener una hija «marina»! Ah, eso sí que es formidablemente palpitante.

Aquella noche Puck no conseguía dormirse. También Navio y Karen parecían padecer insomnio. La puerta del cuarto de Puck se abrió sin ruido y una voz murmuró en la oscuridad:

—¿Duermes, Puck?

—No, Karen. ¿Qué ocurre?

—Nada. Sólo quería decirte una vez más «gracias» antes de dormirme.

Después la puerta se volvió a cerrar suavemente.

Al día siguiente las chiquillas se levantaron temprano. Habían prometido a Alboroto y Cavador ir a decirles adiós, cuando su barco partiese.

Al llegar al puerto, el barco mercante estaba ya aparejando. El pequeño remolcador que le sacaría del puerto estaba preparado también. Los cinco compañeros, sin embargo, dispusieron de tiempo para charlar un poco. Los dos muchachos estaban muy contentos de saber que ellas permanecerían juntas durante las vacaciones, ya que por muy bromistas que fueran eran excelentes personitas.

Navio tuvo ocasión de saludar al capitán del buque, un hombre

pelirrojo que le dijo:

—Los muchachos me han hablado de ti. Así que puedo decirte que conozco a tu padre.

—¿De veras?

—El año pasado nos encontramos en Río de Janeiro. ¡Nos encontramos con frecuencia, nosotros, los marinos!

—¿A dónde va usted ahora, capitán?

—Primero a Londres, luego a Casablanca y más tarde a Melbourne...

—Bien —exclamó de pronto Navio excitada—. Dé recuerdos a papá, si lo encuentra por esos mares.

El comandante se despidió de las chiquillas, que le desearon buen viaje. Después llegó el momento de despedirse de Alboroto y Cavador y bajar al muelle, desde donde estuvieron agitando sus pañuelos en honor de los muchachos, que se alejaban, saludando acodados a la baranda.

—¡Alboroto! —gritó Navio—. Ya nos dirás después de las vacaciones si tu ojo morado les gustó a los ingleses.

—De acuerdo, Navio —respondió él—. Ya te traeremos algún lagarto...

—¡Buen viaje! —gritaron a coro las tres chiquillas—. Os echaremos de menos.

—No digáis semejante cosa. ¡Podrías lamentarlo el próximo curso!

Las muchachitas siguieron corriendo hasta el final del muelle. El gran barco pasó frente a ellas y pudieron decirle el último adiós. La distancia, entonces, fue ya demasiado grande para hablar, y los muchachos, a su vez, sacaron sus pañuelos y durante largo tiempo estuvieron agitándolos.

—¡Harán un lindo viaje! —dijo Karen.

Navio gritó:

—Sí, y nosotras también...

Con una gran sonrisa, Puck abrazó a sus dos amigas:

—Venid, vamos a ver qué tal está hoy nuestro barquito. ¡Deberemos tal vez ponerle una puerta nueva al cuarto de los motores, ya que el alemán furioso la medio destrozó a puñetazos!

Y las tres jovencitas, avanzando por el muelle, pensaron que sus

verdaderas vacaciones sólo estaban comenzando.

∞